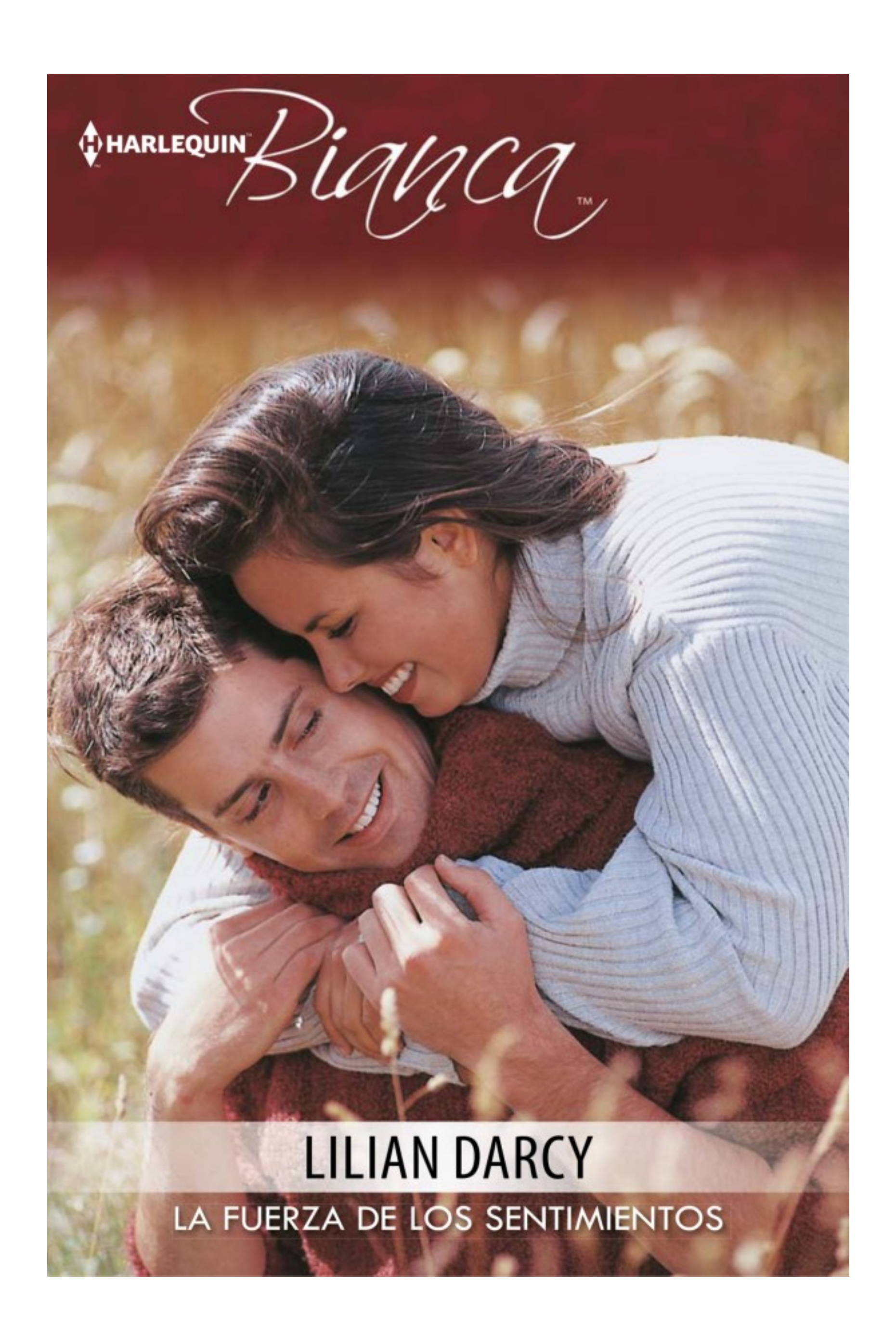

HARLEQUIN
Bianca
LILIAN DARCY
LA FUERZA DE LOS SENTIMIENTOS

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La fuerza de los sentimientos, n.º 5473 - diciembre 2016
Título original: Midwife and Mother
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8806-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

No puede ser una coincidencia –dijo Erin Gray, en parte para sí misma y en parte para el residente de tercer año que acababa de entrar en la habitación número dos de la maternidad del hospital Black Mountain.

–No, claro que no lo es, pero no podemos hablar de ello en este momento –fue la forzada respuesta del residente.

–No, evidentemente, no –replicó ella mientras salía corriendo de la sala de partos empujando la cuna de plexiglás sobre ruedas.

¡Gracias a Dios por ese recado! Le temblaban las piernas, el corazón se le salía del pecho, se notaba mayor de los veintiocho años que tenía y sentía mucho calor, como si alguien la hubiera empujado debajo de un foco con mucho voltaje.

Dejó la cuna en el pasillo y agarró otra incubadora mucho más avanzada para llevarla a la sala de partos mientras intentaba contener todo el cúmulo de sensaciones.

Se agarraba a la incubadora como si su vida dependiera de ella, no la del bebé, y se preguntaba si podría detenerse unos segundos antes de volver a entrar. Tenía que hacerlo. Alec estaba dentro. Alec Rostrevor, residente de guardia en su hospital; a las once menos cuarto de la noche del lunes cuando se le suponía en Londres, al otro lado del mundo y casado con la maravillosa Kate. ¿Qué había pasado?

A través de la puerta de la sala de partos pudo oír las quejas de la mujer que estaba de parto.

–¡No puedo entenderlo! Es espantoso. Odio a esa enfermera.

No se refería a Erin, sino a la irresponsable Tricia Gallant.

Tricia había terminado su turno cuarenta y cinco minutos antes y había asegurado a la mujer que no podía conseguir un anestesista que le pusiera la epidural.

–¡La odio! ¡Quería la epidural!

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Sandra Taylor había dilatado completamente y estaba en situación de empezar a

empujar. Tenía el pelo oscuro pegado a la cara y un gesto de dolor en los ojos y la boca. Además, se estaban presentando posibles complicaciones. Había roto aguas unos minutos antes y el líquido amniótico no había salido casi transparente como corresponde a un parto sin problemas en la fecha prevista, sino turbio y de un color marrón verdoso.

Erin había comprobado el ritmo cardíaco del feto y había notado que bajaba considerablemente después de cada contracción y no se recuperaba hasta los cien latidos por minutos, como es normal.

Las contracciones eran incesantes. Sandra aspiraba grandes bocanadas de óxido nitroso para intentar calmar el dolor, pero no hacía mucho efecto. Solo había conseguido soltarle la lengua. Durante los diez segundos entre contracciones gritaba exactamente lo que sentía.

–¡Odio a esa enfermera!

A Erin le habría gustado hacer lo mismo.

«¡Te odio, Alec Rostrevor!»

Cuando salió de la sala unos minutos antes para pedir más ayuda, no podía imaginarse, ni remotamente, que iba a tener ese encuentro con el pasado. La cara firme y dolorida de Alec le había dicho que para él no había sido una sorpresa, pero que el destino le había jugado una mala pasada. No había duda de que él estaba en Canberra por ella. Sin embargo, tampoco habría preparado de esa manera el primer encuentro después de dos años.

Tenía que entrar. Tenía que afrontar la inconcebible evidencia de su presencia en un momento en el que no podían ni hablar del asunto y concentrarse en llevar a buen término el inminente nacimiento.

El esfuerzo por controlarse le recordó a Erin las horas de agonía disimulada que tuvo que soportar en la boda de Alec, donde acompañó a Simon, el hermano mayor de Alec, durante la fiesta.

Metió la incubadora móvil y la dejó donde había estado la cuna de plexiglás. Captó la mirada de preocupación de Ian Taylor y le sonrió para tranquilizarlo, pero sin mucho éxito. Él sabía que pasaba algo. Su mujer no; estaba demasiado absorta por el dolor y absorbiendo el gas mientras las contracciones alcanzaban su punto máximo.

Los ojos azules de Alec se dirigieron hacia los de Erin, se

encontraron un instante y volvieron a separarse. Erin se sorprendió de no escuchar una colisión. O unos timbales. O una orquesta sinfónica con la sección de percusión en pleno. Durante la boda, él también disimuló los sentimientos. Ella nunca consiguió saber qué pensó ese día, ni que sintió. Había representado perfectamente su papel; dijo claramente los juramentos e hizo las bromas de rigor durante el discurso.

–Esta vez intenta empujar –apremió él a la paciente.

Tenía la cabeza a la altura de las rodillas de ella y trabajaba con las manos para ayudar al dilatado cuello del útero.

–No puedo.

–Sí puedes.

Ian Taylor tomó las manos de su mujer y repitió las palabras de Alec. Erin pensó que Sandra podría soltar una ristra de blasfemias a su marido, pero no lo hizo. En cambio, apretó la mano de su marido y asintió levemente con la cabeza. Cuando llegó la contracción, dio una profunda bocanada de gas y empujó con toda su fuerza.

Sorprendió a Erin y a Alec con su decisión y efectividad. Al terminar la contracción, la cabeza del bebé ya era perceptible.

–Ya habías hecho esto, ¿verdad Sandra? –dijo Alec con un tono cariñoso y respetuoso que surtía efecto en el noventa y siete por ciento de los casos.

–Sí –gruñó ella–, tres veces, pero en Estados Unidos, ¡donde te ponen la epidural si la pides!

Alec soltó una breve risotada.

–Muy bien, Sandra, otra vez y estará fuera –dijo él–. No desperdicies fuerza criticando al personal. Estamos curtidos y no servirá de nada.

Ella reunió fuerzas y volvió a empujar mientras su marido esbozó una débil sonrisa ante el sentido del humor autocrítico del médico. Ian estaba nervioso, pero no se lo demostraba a su mujer y hacía todo lo posible por animarla.

Sandra había estrujado, arañado y retorcido la mano de su marido durante dos horas hasta hacerla sangrar, pero él ni siquiera se había dado cuenta.

Era uno de esos maridos maravillosos a los que Erin adoraba. A veces se quedaban perdidos en medio de la excitación posterior al parto y nadie recordaba que para ellos también era una situación

muy difícil. Ella habría deseado decirle que no se preocupara por el Humidicrib, que sólo era una medida de precaución, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo sin asustar a Sandra también.

Después de unos empujones apareció la cabeza y un poco después la cara, azul y resbaladiza. Tenía el cordón umbilical alrededor del cuello y Alec lo soltó con mucho cuidado. Al mismo tiempo murmuró algo incomprensible que seguramente no tenía ningún sentido, pero que por algún motivo resultaba muy tranquilizador y sabio, como siempre.

Erin limpió la cara del bebé. Se sentía abrumada por la proximidad de Alec y anhelaba tocarlo pese a todo lo que sentía. Su calidez y olor eran muy conocidos y tan embriagadores y maravillosos como habían sido siempre. Le resultaba especial el movimiento de la camisa sobre la piel, la inclinación de la barbilla cuando se concentraba, la forma de pasar la lengua por el interior de la mejilla y la caída del pelo sobre la nuca. Recordaba con toda claridad lo que sintió cuando la acarició allí, aunque solo lo hubiese hecho una vez inolvidable.

–Muy bien, perfecto –dijo él–. Gracias.

Ella se apartó con la respiración entrecortada y sintiendo un alivio momentáneo.

Alec intentó girar el bebé para pasar los hombros por la parte más estrecha de la pelvis. Erin esperó el maravilloso momento en el que el bebé termina de salir y se desliza como una medusa consistente, pero no sucedió así.

Estaba atascado.

Sandra se preparaba para volver a dar uno de sus empujones de campeonato mientras luchaba contra la desagradabilísima sensación de tener un bebé atascado a medio camino.

–Aguanta, Sandra, ¿puedes? –dijo Alec con tranquilidad.

Pasó la mano por detrás del cuello del bebé para realizar la maniobra correcta. Estaba concentrado y con los ojos entrecerrados.

–Ahora, con todo tu fuerza.

Ella empujó y él empezó a tirar. Erin contuvo la respiración e Ian sujetó los hombros de su mujer. Él tenía los ojos cerrados y la cara congestionada como si fuese quien estaba haciendo el esfuerzo.

De repente, antes de que la situación fuese preocupante, Alec consiguió liberar los hombros y el niño, porque era un niño, salió

como el corcho de una botella de champaña. Alec soltó el aire que había estado conteniendo y consiguió agarrar al bebé antes de que se cayera de la mesa.

–¡Vaya! Lo he pillado por los pelos. Es un niño. Enhorabuena, Sandra, lo has hecho muy bien.

–Sí, sabíamos que era un niño –dijo ella con la voz quebrada–. Otro niño maravilloso. Por fin está fuera y ha terminado todo.

Ella suspiró aliviada y se tumbó con los ojos cerrados. Quedó derrotada, agotada y exultante. Mientras, el bebé estaba más azul de lo normal y demasiado silencioso. Erin empezó a darle un masaje cuando notó que Alec se acercaba dispuesto a intervenir. En ese momento, el recién nacido rompió en un profundo llanto y la piel empezó a tornarse rosa.

Erin lo dejó en brazos de su madre, que lo acunó con los ojos cerrados, de forma que no se dio cuenta de la máscara de oxigeno que le puso Erin durante un minuto o dos, hasta que el color mejoró considerablemente.

Era un niño muy grande, a simple vista pesaría más de cuatro kilos.

–¿Ya tiene nombre? –preguntó Alec mientras sacaba el cordón umbilical–. Empuja un poco más, sin fuerza pero constantemente. Está saliendo la placenta.

–Se llama William –contestó ella mientras obedecía las órdenes.

–¡Ah, William! Como mi hijo.

Nadie se dio cuenta por su gesto que él sabía que estaba lanzando una bomba de mano hacia Erin.

Era su hijo y de Kate.

Tampoco era tan raro que tuviera un hijo. Según las estadísticas, las parejas, sobre todo las casadas, seguían teniendo hijos.

Las personas casadas tenían hijos y, a veces, se divorciaban. ¿Estaba divorciado Alec? ¿Estaba Kate con él? Seguro que no. Aunque era difícil imaginarse a Alec sin Kate, la fabulosa y segura de sí misma mujer de treinta y dos años.

Al margen, Erin no podía imaginarse a su hijo.

Todo le dio vueltas y durante un buen rato no pudo respirar. Era demasiado. Demasiadas emociones para una noche cualquiera.

–Ya sale –dijo Alec.

–Sí, lo noto.

Sandra Taylor sangraba una sangre más espesa de lo normal.

–Tranquila. Volveremos a meter el útero en la cavidad pélvica, que es donde debe estar.

Unos minutos después, todo parecía controlado otra vez. Alec administró un analgésico local a Sandra y le dio unos puntos. Deseó buena suerte a los señores Taylor y les dijo que tenían un hijo sano y precioso.

–Al final no hemos necesitado la cuna Rolls Royce –dijo señalando hacia la incubadora.

William estaba en brazos de su madre.

Luego, desapareció después de otra mirada muda y atormentadora; esos ojos azules claros como el cielo australiano en verano…

Dado que Erin tenía mucho trabajo todavía con la madre y su recién nacido, no pudo ir detrás de él para pedirle una explicación y decirle que ese noviembre de hacía dos años en Inglaterra podría haberse levantado en la iglesia y poner objeciones a su matrimonio.

Quizá era lo que debía haber hecho, pensó mientras ayudaba a Sandra. Para ver la reacción de Alec. Por lo menos habría sabido…

–He cambiado de idea –dijo animadamente Melusine Rostrevor en un ruidoso pub de Londres–. Me gustas como cuñada.

–A mí me parece bien –corroboró Erin tranquilamente.

No se tomaba la idea muy en serio. La verdad era que estaban algo achispadas después de un cóctel con el estómago vacío. No era nada muy grave cuando estabas soltera, con un buen trabajo y tenías veinticuatro años.

La esperaban dos semanas de vacaciones. Dos semanas lejos del hospital donde ella y Mel trabajaban y dos semanas lejos del verano de Londres, que para una australiana apenas merecía ese nombre.

Melusine, a quien todo el mundo menos sus padres llamaba Mel, se iba con su familia mientras Erin iba a pasar una semana en París antes de encontrarse con Mel en Tunbridge Wells.

–Voy a liarte con mi hermano –dijo Mel muy convencida mientras volvía a levantar la copa–. Simon necesita a alguien como tú. Si no, a los cuarenta estará insoportable.

–Estupendo –accedió Erin.

–En serio, es muy amable.
–Perfecto. Me encantaría ser tu cuñada.
–De verdad…
–De verdad, si no dejas de intentar convencerme, voy a pensar que le pasa algo, Mel.
Las dos llevaban tres meses compartiendo piso y se llevaban de maravilla. El piso era de Mel y Erin creía que alquilaba la habitación libre más por la compañía que por la necesidad económica. Igual que pensaba que su trabajo como enfermera no era algo vocacional sino algo que podría contar en el futuro como una experiencia apasionante. Los Rostrevor, como Erin había sabido rápidamente, estaban muy bien situados. Era una familia muy antigua con tradiciones férreas, según le había explicado Mel unas semanas antes.
–El hijo mayor entra en el ejército. El segundo se dedica a los negocios y nos mantiene a cuerpo de rey gracias a sus consejos sobre inversiones. Los hijos siguientes, si los hay, eligen una de las posibilidades anteriores y las hijas no cuentan en absoluto. Se nota en los nombres, ¿no? Alec y Simon son nombres formales y sensatos, mientras que Melusine es frívolo y extravagante. Lo cual es una ventaja, que las hijas no cuenten, porque si no, sinceramente, menuda presión…
A esas alturas, Erin no estaba muy convencida de lo de la presión. Simon, el mayor, estaba, efectivamente, en el ejercito y le iba tan bien que seguramente estaría muy contento. El segundo, Alec, no se dedicaba a los negocios, sino que era un médico recién licenciado que iba a hacer las prácticas en el mismo hospital donde trabajaban Erin y Mel; Erin de comadrona y Mel en el quirófano. ¿A eso lo llamaba presión?
Mel cantaba las alabanzas de Alec constantemente y aseguraba a Erin que estaría encantada de trabajar con él. Sin embargo, había decepcionado a su hermana con la cuñada que había elegido para ella. A Mel no le gustaba nada Kate Gilchrist, la novia de su hermano.
–Pero, claro, ella es fabulosa y repugnantemente adecuada. Los hombres son idiotas, es lo único que puedo decir –solía ser el ácido comentario de Mel.
Erin fue a París con otra amiga australiana y luego fue a la casa

de los Rostrevor a pasar una semana con Mel.

El primer día, Erin conoció a Simon. Le gustó, pero no sintió ni el más remoto flechazo de ningún tipo. Dos días después, conoció a Alec.

De inmediato se sintió profunda y secretamente enamorada bajo el delicado cielo del verano inglés. Le gustaba todo de él: su risa casi infantil y contagiosa; sus opiniones reflexivas y prudentes; sus destellos de genialidad en la pista de tenis; su fondo de hastío infinito.

Quizá lo que más la enamoró fue su cuerpo. Era el recipiente que contenía su alma, el instrumento en el que se tocaba la música de su personalidad.

Adoraba su figura esbelta y ligeramente musculosa y su color claramente inglés: la piel pálida que se tostaba con un tono dorado, los ojos como el reflejo del sol en un lago cristalino, el brillo del pelo que era como las vetas en una madera noble. Adoraba la discreta carnosidad de sus labios y la rectitud de su nariz.

También adoraba su masculina elegancia mezclada con momentos de cierta torpeza. Como la vez que jugando al tenis subió a la red para golpear una pelota con un movimiento gimnástico y acabó sentado en el suelo con la raqueta entre las piernas. Kate estaba presente y le gritó que no hiciera el payaso. Ella no se movió del otro extremo de la pista y él se limitó a sonreír de medio lado.

En realidad, si lo pensaba… probablemente ese hubiera sido el momento en el que todo se cristalizó en el corazón de Erin. Ella estaba en la cabaña de madera que había junto a la pista de tenis. Debía estar sirviendo té de un termo, pero estaba distraída por el juego y por otras cosas. Como intentar no mirar demasiado a Alec. O a Kate. Se preguntaba por qué se sentía tan incómoda con esa mujer, cuando era el encanto y la amabilidad personificados.

Vio cómo Alec corría hacia la red, cómo saltaba, cómo chocaba contra la red y oyó el golpe de los huesos contra el suelo. El corazón le dio un vuelco y derramó el agua caliente sobre sus zapatos. Dejó el termo con un pequeño golpe y casi salió corriendo hacia él, pero comprendió que esa no era su misión.

Lo habría ayudado a levantarse y habría rodeado con sus manos ese adorable cuerpo masculino firme y compacto.

Mientras, Kate puso los ojos en blanco encantadoramente y se

preparó para el punto siguiente.

Erin volvió a tomar el termo y ofreció té a Simon mientras el corazón se le hundía como un ascensor sin frenos en un rascacielos de Nueva York.

«Estoy enamorada de él».

Sí, sin duda, ese fue el momento.

A partir de entonces la idea de ser la cuñada de Mel dejó de ser un juego entre las dos y se convirtió en algo que le recordaba demasiado la dolorosa situación de *La Sirenita*, el cuento de Hans Christian Andersen.

Mel, que no sabía nada, seguía invitando a Erin a la casa familiar para arrojarla en brazos de Simon. Erin no se atrevía a confesar por qué no estaba interesada en Simon, lo que hacía que Mel pensara que sí lo estaba. Erin, además, no quería arriesgarse a perder la amistad de Mel si rechazaba las invitaciones, por lo que seguía yendo.

Resistió unas navidades nevadas en las que amigos y familiares de los Rostrevor pasaban horas sentados frente al fuego charlando en grupos de tres o cuatro y, de vez en cuando, de dos. También salieron cubiertos por sombreros y grandes abrigos a dar largos paseos por los campos nevados. Ese año, Kate no fue y Erin se sentía torturada por la ilusión de tener a Alec para ella sola.

Él no hizo ni dijo nada que Kate hubiera podido censurar, pero consiguió un ramo de hojas de eucalipto del invernadero de un amigo.

–Pensé que a lo mejor añorabas tu hogar –le dijo al ofrecérselo.

También evitó que quedara como una estúpida al quitarle amablemente el sombrero fucsia y amarillo que se había puesto en la comida y que todo el mundo se había quitado hacía una hora.

Las navidades siguientes él no fue, lo cual resultó ser mucho peor.

–Está con la familia de Kate –le informó Mel como quien no quiere la cosa–, pero espera pasar una tarde por aquí.

Erin pasó los tres días en ascuas, pero él no apareció.

Mientras, en Londres, una vez terminadas las prácticas, Alec pasó al servicio de Ginecología y seguía apareciendo por el turno de Erin para ayudar en partos. Erin enseguida empezó a sentirse como si caminara sobre cuchillos cuando estaba en presencia de Alec,

sobre todo si también estaba Kate.

Hasta casi el final…

–Déjalo para después de la ducha, Sandra –propuso Erin a la paciente.

–Tienes razón –asintió Sandra–. Quizá con la ducha me tranquilice un poco.

Su marido estaba encantado con William en brazos. El niño había pesado cuatro kilos y trescientos gramos y había superado todas las pruebas. Estaba perfectamente arropado, como les gusta estar a los bebés, y muy despierto.

Sandra, que todavía se movía torpemente, se duchó y se puso un camisón precioso. Luego se sentó en una silla de ruedas con el bebé y Erin los llevó a la habitación con Ian detrás. A partir de ese momento, otra enfermera se hizo cargo y Erin volvió a la sala de partos.

Alec la esperaba en el cuarto de enfermeras.

–Tengo que ordenar la sala –dijo ella sin saber muy bien si se lo decía a sí misma o a Leigh Ryan, otra enfermera que estaba descansando.

–Tengo que hacerte un par de preguntas mientras la ordenas –dijo Alec para que Leigh se enterara.

Se levantó con esa mezcla de elegancia y brusquedad que Erin había adorado siempre y la siguió.

Cerró la puerta de la sala de partos.

–No voy a hablar de eso en este momento –dijo ella a la defensiva–. Por lo menos, déjalo hasta mañana. Tengo trabajo.

–No –replicó él–. ¡No!

Él no estaba tan cerca como podría haberlo estado, pero ella percibía claramente la presencia de su esbelto cuerpo. Tenía la cabeza metida entre los hombros, las mandíbulas apretadas y se movía con inquietud. La atracción física le producía estragos en la respiración.

–¿Y dejarlo toda la noche en el aire? –continuó él–. No podría soportarlo. Sin saber si…

–¿Sin saber? –susurró ella secamente mientras avanzaba un paso–. Cómo te atreves a hablar de no saber cuando me dejaste…

–¡Tú te fuiste del país! –replicó él.

–¡Las horas previas a la boda fueron insoportables!

–Había prometido a Kate…

–En cuanto a los días siguientes…

–Cuando Kate y yo volvimos de la luna de miel tú ya te habías ido. Mel me dijo que habíais discutido y que te habías ido sin más. Estaba dolida.

–Lo… lo sé. No podía soportar la idea de estar en contacto con ella y escuchar noticias tuyas como si fuera una charla sin importancia.

–Desapareciste de improviso.

–¿Esperabas que me quedara para escuchar cómo me decías que después de todo querías a Kate?

–No es lo que pasó. Podría haberte dicho que…

–Entonces, ¿qué pasó? –concluyó ella. Era como un punto final para las frases inconclusas cargadas de reproches.

Él dio unos pasos y se giró. Echó la cabeza hacia atrás con impotencia y se revolvió el pelo oscuro. Era del tipo de hombres a los que les resultaba más fácil tragarse las emociones o burlarse de ellas que ponerlas encima de la mesa como le estaba exigiendo Erin.

Sin embargo, ella tenía que darle un margen de confianza por intentarlo, por tomárselo en serio. Su rostro había adoptado una expresión firme y decidida y los ojos dejaban claro que no iba a permitir que se mantuviera en sus trece. A pesar de la tensión que transmitía, una vocecilla traicionera en la cabeza de Erin le decía que estaba absolutamente magnífico en ese estado. Despeinado, las manos crispadas en los costados, la camisa remangada que permitía ver los musculosos antebrazos.

–Pensaba que lo habrías supuesto –dijo él lentamente. De repente se hizo un silencio abrumador–. Kate estaba embarazada.

Erin no sabía cuántas veces había revivido ese mágico día de noviembre de dos años y medio antes cuando él le dijo, por fin, lo que sentía.

Habían salido juntos del hospital de madrugada, después de una noche complicada y con mucho trabajo.

–Te llevo a casa –le dijo él.

Ella aceptó porque intentaba comportarse con normalidad. Como se habría comportado si él fuera un amigo que era hermano de Mel.

No era mucho mayor que ella. Solo le llevaba tres años, tenía veintinueve en aquel momento, y como no había empezado Medicina directamente al terminar el colegio, seguía al principio de su carrera profesional. No era alguien que en otras circunstancias le habría parecido intimidante, ya que ella tenía tres hermanos mayores.

Él propuso, bastante inexpresivamente, que podía ir a algún sitio a tomar café y cruasanes y ella aceptó porque creía que ya estaba acostumbrada a esa sensación de vivir en vilo. Llevaba haciéndolo más de dos años y solo faltaban tres días para la boda entre Alec y Kate, que se había pospuesto tantas veces y que tantos problemas había tenido.

–Tengo que decirte que ha ocurrido algo bastante complicado y extraño, Erin.

No dio muchos rodeos para abordar la cuestión. Estaban esperando a que les sirvieran lo que habían pedido. Hablaba con dificultad, como una olla de presión que suelta vapor por una válvula floja.

–¿De verdad? –dijo ella jocosamente mientras observaba los dedos de Alec que jugueteaban con el azucarero.

–Sí. He comprendido que estoy completamente enamorado de ti.

¿Quién ha hablado de los inhibidores del apetito? No pudo probar bocado y apenas pudo dar dos sorbos de café. Hizo la súbita confesión con expresión de sufrimiento, como si no se atreviera a esperar que ella podía corresponder a sus sentimientos y como si le hubiera costado un esfuerzo inmenso llegar a ese punto.

¿Había contestado ella algo ligeramente coherente? No podía recordarlo. Quizá se hubiera limitado a mirarlo. Solo sabía que repentinamente estaban besándose a través de la mesa con las manos entrelazadas. Las bocas ardientes e insaciables se devoraban y las palabras salían a borbotones.

–Yo nunca… Pensaba… Y Kate… –dijo ella.

–Lo he sabido siempre –dijo él con voz lastimera–. En mi corazón. Ahora me doy cuenta. Sin embargo, no en mi cabeza –se sujetó la cabeza entre las manos. Tenía los ojos entrecerrados–. Lo

he comprendido hace unos dos días. Tenía… no sé… miedo.

–¿Tú, Alec? –preguntó ella con voz ronca–. ¿Miedo? Pensaba que no sabías lo que era tener miedo.

–No, no es eso –concedió él–. Bloqueado. Temeroso de decepcionar a mis padres otra vez. Ya te lo conté, ¿no?

–Sí, las navidades anteriores. Frente al fuego, mientras todo el mundo dormía después de comer el pavo.

Ella recordaba la escena con toda claridad. Él miraba fijamente el fuego mientras le contaba la historia de su vida de forma errática. Ella comprendió a lo que se refería Mel cuando hablaba de presión. Había ido a un conocido colegio privado donde no tuvo un temperamento los suficientemente temerario como para ser muy apreciado. Pasó un año dedicado a negocios que no le interesaban lo más mínimo y que lo sometían a una tensión e infelicidad que hicieron que se rebelara contra la idea de ser un financiero, lo cual supuso que el señor y la señora Rostrevor le retiraran la palabra durante más de un año. Estuvo seis meses intentando ser actor en series de televisión, pero tuvo que dejarlo: «No tenía gracia, desgraciadamente». Intentó la ebanistería: «Demasiado serrín, en el suelo, no en mi cabeza». Ella notó que hasta ese momento no había sido capaz de bromear sobre esos asuntos y que incluso al cabo del tiempo, los chistes eran un poco forzados.

De repente sintió la vocación por la Medicina como un destello y no se lo pensó dos veces. Le entusiasmó. Se reconcilió ligeramente con sus padres e intentó complacerlos con inversiones en Bolsa. A la avanzada edad de veintidós años había perdido unas setenta mil libras que había heredado de su abuelo.

–Sinceramente, no podía importarme menos. No era nada si se comparaba con la pérdida de un paciente, lo que ocurrió en circunstancias trágicas por esas fechas.

Sus padres no aprobaron la elección de su carrera hasta que decidió especializarse en Ginecología; entonces consideraron que podía alcanzar cierta categoría. También por esas fechas había anunciado su boda con Kate Gilchrist, a quien sus padres adoraban. Casi todo el mundo lo hacía. Era encantadora con todos, procedía de una familia excelente, estaba a punto de conseguir una triunfal carrera como actriz y era muy, muy hermosa.

–¡Dios mío!, era un idiota –dijo Alec mientras besaba las manos

de Erin a través de la mesa–. Primero fue aquel verano, más tarde en navidades y luego constantemente. No dejaba de pensar que eras esa amiga de Mel llegada de las colonias tan deliciosa, con una sonrisa bellísima y unos ojos radiantes.

–¿De las colonias? Británico arrogante.

–Tienes razón. Lo era, pero me he dado cuenta.

Hubo más besos y más risas. Él cambió la expresión y se tranquilizó en solo diez minutos. Le brillaban los ojos y su sonrisa era increíble. Ella todavía recordaba cómo se sintió arrastrada por su estado de ánimo hasta casi embriagarla con su felicidad.

–¿Qué demonios vamos a hacer?

Todavía la atormentaba la confianza de la pregunta. El uso del plural. La certeza que tenía de que *podían* hacer algo. La forma tan delicada y posesiva conque acarició la mano de Alec mientras hablaba.

–Mañana se lo diré a Kate –dijo él–. Mañana vuelve de la película que ha estado rodando. ¡Maldita sea! Le tenía que haber dicho hace tres semanas que algo iba mal, pero cuando compró esos billetes de primera para encontrarnos en Roma… –sacudió la cabeza–. Debería haberme fiado; de mi intuición, quiero decir. Pero no podía dejar de pensar que a lo mejor todo era como una de esas series en las que actuaba.

–Tenías diecinueve años en ese momento. Hace más de diez años.

–Ya, pero hablo de la misma sensación de pánico. Te arrastra. ¿Crees en ello? Sabes lo que rechazas. Sabes que algo no funciona en tu vida, pero no tienes claro el juicio. No sabes si la alternativa que has encontrado está alejándose; la roca a la que te ha llevado la marea de tus sentimientos. No confiaba en lo que mi corazón empezaba a decirme de ti, así que me fui a Roma, disfruté con Kate y me engañé diciéndome que habíamos pasado un buen rato.

–¿Crees en tu intuición ahora?

–Sí. Claro que sí –una sonrisa arrebatadora–. Completamente.

Fueron al piso de Erin. Mel estaba trabajando. Se dijeron de todo el uno al otro, hicieron planes disparatados y casi se acuestan. Aunque no lo hicieron, gracias a Dios. Compartían un mismo sentido del honor sobre ese asunto y sintieron dolor verdadero cuando tuvieron que frenar el arrebato de anhelo que estaba a

punto de ser imparable.

Ella todavía recordaba cómo él acarició sus pechos a través del fino encaje del sujetador antes de que ella le apartara las manos con un lamento. Recordaba cómo ella había le había puesto las manos en la nuca y lo había atraído hacia sí para que le diera un último… un penúltimo… un antepenúltimo beso en su hambrienta y temblorosa boca.

Él tuvo que ponerse la mano en la boca y dar un paso atrás y ella se derrumbó en el sofá con un cojín sobre el pecho para que no notara la excitación en los pezones. Todavía sentía la tela fría y sedosa sobre la estremecida piel.

–No lo haremos hasta que se lo diga –dijo él a través de la mano que todavía le tapaba la boca–. Hasta que deshaga la boda –bajó la mano y la miró con unos ojos y unas mejillas ardientes–. Por favor, no le digas nada a Mel, ni a Simon; ¡a nadie!

–Desde luego que no.

–Debo hacerlo yo –suspiró profundamente–. No puedo consentir que te odien y seremos Kate y yo quienes decidamos cómo hacerlo. Es lo justo. A lo mejor prefiere decir que ha sido una decisión suya.

Ella esperó pacientemente. Sobre ascuas. Luego llegó el sudor frío, el terror y la necesidad de tener fe ciega. Era viernes y todavía no sabía nada de él. Mel estaba nerviosísima por los vestidos y los ramos de flores que tendrían que llevar como madrinas. El viernes por la noche tomaron el tren y, una vez más, Erin esperó bajo el techo de los padres de Alec, prisionera tras los barrotes de la rigidez.

Nada.

No vio a Alec. Él llegaría el sábado por la mañana después de haber trabajado el día anterior hasta tarde. Cuando él llegó, Mel y Erin ya estaban en casa de los padres de Kate ayudándola a vestirse con Sarah, la hermana menor de Kate, y Anna, una amiga, que serían las otras madrinas.

Erin no aceptó la realidad hasta que llegó la hora de salir hacia la pintoresca capilla. Él no hablaría con Kate, que iba radiante con un vestido de seda color crema y estaba muy hermosa con su cabellera rojiza y los ojos color chocolate. Él no cancelaría la boda. Él seguiría adelante y cualquiera que viera a la nerviosa y espléndida novia de treinta años no se preguntaría por qué.

Erin se sentí como una advenediza de las colonias joven y vulgar que ni siquiera tenía el rastro de una sonrisa maravillosa o unos ojos chispeantes. Se sentía furiosa, ridícula y herida en lo más profundo. ¿La había utilizado Alec? ¿Había intentado una última correría antes de sentirse encadenado y en el último momento sintió remordimientos? ¿Se había inventado toda esa historia del amor recién descubierto?

Por lo menos, Mel no se había dado cuenta y el «pomposo e incapaz de comunicarse con una mujer» de Simon tampoco. Los civilizados e imperturbables padres de Alec no se habían dado cuenta. Nadie se había dado cuenta.

Alec no dijo nada. Hasta ese momento.

–Kate me dijo lo del bebé ese jueves, dos días antes de la boda –le explicó Alec.

Alec separó con el pie el cubo para la ropa sucia. Erin agarró las sábanas y las tiró dentro. Los dos intentaban fingir que hacían algo útil.

–Y tú seguiste adelante.

–Estaba aturdido y ella también. Debió de ocurrir durante esos días en Roma, en los que… detesté hacer el amor con ella, si quieres que te diga la verdad. Ella solo quería que la gente se diera cuenta de que por fin era una actriz. Ella no quería un hijo. Me había dicho que quizá no lo quisiera nunca. Estaba espantada. No paraba de decir que quería terminar con todo.

–De cancelar… –empezó a decir ella hasta que comprendió que él no se refería a eso.

–No, no de cancelar la boda. Solo de terminar con el embarazo –se tapó los ojos–. Yo no podía comprenderlo. Ella aseguraba que me amaba. Yo no podía pensarlo siquiera. Permitirle…

–No tienes que explicarme esa parte –dijo Erin rápidamente–. Lo comprendo.

–¿De verdad? –él parecía aliviado, casi incrédulo.

–Pensamos lo mismo sobre esas cosas, ¿no? Una vez pasó una cosa parecida en el hospital y hablamos de ello.

Él asintió con la cabeza.

–Lo recuerdo. Fue en el ascensor. Solo necesitamos medio

minuto para tratar el asunto. Fue una de las primeras cosas que noté de ti: que tus prioridades eran humanas y sencillas –suspiró–. He descubierto que Kate se rige por… pasiones distintas.

–Cuéntamelo, Alec.

–Hablamos durante horas y horas y dábamos vueltas y más vueltas a lo mismo. Al final accedió a seguir con el embarazo si yo seguía con la boda y me comprometía a hacer todo lo que fuera necesario para que el bebé no se interpusiera en su carrera de actriz. Quise decírtelo, pero temía que si hablaba contigo no sería capaz de casarme. Kate me hizo prometerle que no diría nada del embarazo hasta que volviéramos del Caribe. Ella no quería que nada estropeara su imagen perfecta, la boda perfecta a los ojos de los demás.

–Verdaderamente, fue perfecta. Incluso hizo buen tiempo. ¡En noviembre! Yo os miraba; tú con tu traje gris impecable y ella tan hermosa…

–¿Hermosa? Sí, pero no como tú. Ella no resplandece como tú…

Erin no le hizo caso.

–Hasta la capilla, gótica o lo que fuera, reflejaba la luz dorada del otoño. El banco que los Gilchrist tienen reservado desde no sé qué batalla contra los normandos… Era dolorosamente evidente que yo no encajaba en la escena. Ni si quiera me miraste –recordó–. Me besaste en la mejilla.

Casi podía notar el contacto frío y seco de los labios de Alec y el somero roce de las manos sobre sus brazos cubiertos de seda color albaricoque.

–Tenía que besarte –dijo él–. Era lo que se esperaba que hiciera.

–Pero no me miraste.

–No podía.

–Parecía una locura que yo hubiera pensado por un segundo que podríamos haber tenido una vida en común.

–Estoy aquí, ¿no?

Ella se cubrió la cara con las manos.

–No me hagas esto.

–Hacer, ¿qué?

–Decirlo de esa manera. Como si de repente, después de más de dos años, todo siguiera igual; como si fuera el día que tomamos café. No es así de sencillo. Tienes que darte cuenta. Tengo trabajo.

Están llegando dos pacientes. Vete a dormir un rato.

–Y hablaremos por la mañana.

–Si crees que hay algo más que hablar.

–Créeme, Erin Gray, ¡hay mucho más que hablar!

Le brillaron los ojos azules y profundos. Tenía una expresión de decisión absoluta que solo le había visto cuando trabajaba y una confianza rebosante que solo había visto una vez antes: el día que le dijo que la amaba.

Ella no respondió, pero sabía perfectamente que el asunto no había terminado ahí. ¿Cómo iba a terminar si lo había deseado, necesitado y amado durante más de cuatro años?

Capítulo 2

Erin dejó el hospital por la mañana.

El edificio olía a desayuno y por los pasillos se oía el sonido de los carritos y los cubiertos. El estacionamiento de los médicos empezaba a llenarse y una furgoneta de reparto circulaba a una velocidad excesiva por una de las vías de acceso.

La luz de marzo era más intensa y teñía de dorado a los eucaliptos y las acacias que rodeaban el hospital Black Mountain. Cuando el sol ascendiera del todo, sería un día cálido y agradable, pero por el momento era fresco y cortante, uno de esos días brillantes y claros de Canberra a los que estaba acostumbrada y tanto le gustaban.

Quería llegar a casa. Una casa con dos habitaciones y un pequeño jardín que había alquilado. Estaba a diez minutos en coche del hospital y a cinco andando a través de unas tranquilas calles residenciales de la de su hermano Gordon, quien vivía con su mujer Rachel y Archie, su hijo de dos años.

Erin se haría un desayuno caliente y abundante y se acostaría hasta las tres. Cuando se despertara, y solo entonces, pensaría en…

Alec. Se le disparó el pulso y sintió una profunda punzada en su interior.

Estaba apoyado en una señal de tráfico. Llevaba abierto el cuello de la camisa gris. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y el sol le bañaba el rostro y el cuello. Estaba absorto y distraído, completamente sereno, parecía como si estuviera rezando. Cuando oyó que se acercaban unos pasos, abrió los ojos, se puso rígido y comprobó quién era. Evidentemente, estaba esperándola.

Él sonrió y se formaron unas arrugas en torno a los ojos azules y brillantes.

–Este sol es una maravilla –dijo él–. Casi increíble.

El pelo, marrón oscuro, tenía unos reflejos dorados y rojizos.

–Lo sé –dijo Erin con una sequedad intencionada–. Ten cuidado, la piel se envejece rápidamente.

–Mejor. Las mujeres de parto siempre me acusan de ser demasiado joven.

Ella no se rio y se hizo un silencio.

Él no desistió.

–¿Vienes a tomar un café y unos cruasanes?

Lo dijo como si fuera una oferta normal, como si no significara nada, pero ella sabía que no era así y que los devolvía a una mañana mucho más oscura de dos años antes.

–No –respondió ella.

–Espero que la respuesta sea negociable.

Lo dijo sinceramente y en voz baja, pero con cierto tono burlón. Irradiaba un resplandor indefinible, como si hubiera alcanzado un estado que había estado persiguiendo toda su vida. Era eléctrico, lo llenaba de energía y la derramaba sobre Erin.

Pero en ella se convirtió en ira.

–¿Crees que voy a caer en tus manos como una manzana madura? ¡No Alec! No estoy madura. Estoy verde y ácida y no voy a caer.

Dijo la última palabra con un sollozo. Erin siguió su camino con un paso firme y rápido.

–Erin… Erin…

Él seguía intentando mantener el ritmo de ella. Erin aceleró hasta casi echar a correr, llegó a su pequeño coche rojo, lo abrió atropelladamente y se volvió para mirarlo. La puerta actuaba de barrera y ella apoyó el antebrazo en la parte superior.

Durante un momento interminable se miraron en medio de un tenso silencio mientras ella luchaba contra la atracción que sentían.

–¿No significa nada para ti que esté aquí? –dijo él bruscamente–. ¿No te indica nada? No estoy de visita, he venido a vivir y trabajar aquí. Por ti, Erin. Solo para demostrarte que Kate fue un error y tú la realidad.

Ella levantó la barbilla.

–Tengo mis dudas.

–Lo sé. Pregúntame esas dudas. Vamos a algún lado y hablemos.

–A mi casa. No voy a discutirlo en público.

–Perfecto.

–Cuando diga que te vayas, ¿te irás?

–Me iré –prometió él–. Cuando me lo pidas.

–¿Tienes aquí tu coche?

–Tengo todo aquí. Toda una vida. Lo digo en serio, Erin, no puedo explicarte cómo de en serio. Llevo casi dos semanas aquí.

Era una conspiración, con agentes encubiertos en dos hemisferios.

Erin se dio cuenta cuando llegó a su casa. Podía ver el Volvo verde de Alec en el retrovisor. Lo miró mientras giraba para entrar en el callejón, pero en ese momento no estaba pensando en Alec, pensaba en dos hermanas entrometidas: Caitlin, la suya, y Mel, la de Alec.

Tenían que estar implicadas. Seguramente también lo estuviera su cuñada Rachel, y en esos momentos, las tres quedaban borradas de su lista de felicitaciones navideñas.

Pero, ¿por qué?

¿Acaso no era todo lo que podía desear una mujer?

Un hombre maravilloso, inteligente y triunfador; un hombre que le alteraba el pulso, con el que se reía, que hacía que le doliera el cuerpo de anhelo por tocarlo había venido desde el otro extremo del mundo para estar con ella y declararle su amor. ¿Qué más podía pedir?

–Eso lo habría creído dos años antes –decidió Erin–. Nos habríamos acostado sin pensarlo y habría creído que mis problemas habían terminado, pero he crecido…

–Entra –le dijo Erin–. Estoy hambrienta. ¿Te importa si preparo un desayuno?

–El apetito del turno de noche… Me parece bien.

–Huevos, beicon, café y zumo.

–Si añades unas tostadas y algún tomate asado, soy todo tuyo. En cualquier caso, soy todo tuyo, Erin –dijo él delicadamente–. Todo tuyo.

Ella no hizo caso. Fue a su excéntricamente decorada habitación, pero muy ordenada, y se cambió el uniforme por unos pantalones de algodón verde oscuro y una camiseta color crema de manga larga. Volvió a la cocina, que era muy luminosa pero bastante pequeña, donde él estaba sentado a la diminuta mesa redonda. Estaba mirando el periódico del día anterior, aunque no podía

asegurar que estuviera leyéndolo.

Ella trajinaba de aquí para allá, cascando huevos, exprimiendo naranjas y cortando tomates. Él no se ofreció para ayudarla, lo cual agradeció.

No quería esa sensación de deliciosa vida doméstica. El hombre moderno empezaba a dominar ese truco. Ablandaba el corazón de la mujer haciendo una tortilla con las mangas remangadas y una sonrisa perezosa.

Vida doméstica… se acordó del hijo de Alec.

–¿Dónde está William? –preguntó ella repentinamente mientras vigilaba el beicon.

–En casa –respondió él.

–¿Con Kate? ¿En Londres?

–¿Con Kate? –repitió él atónito–. ¡No! ¡Por favor, Erin! Él no está con Kate. Ella no lo quería. Está conmigo.

Erin se dio la vuelta.

–¿Lo ves? ¡Por eso no es tan sencillo! –exclamó ella con rabia.

Luego rompió a llorar.

Naturalmente, los huevos se echaron a perder. Consiguieron salvar el beicon, pero eso fue más tarde.

Alec fue donde estaba ella y la tomó entre los brazos. Ella quiso rechazarlo, pero era muy difícil. Había deseado ese momento durante demasiado tiempo. El aroma de él, su cuerpo. Le temblaban los hombros y apoyó el rostro mojado por las lágrimas en la camisa gris de Alec, escuchó los leves y tranquilizadores sonidos de su respiración y notó el beso en la cabeza.

Él la acurrucó contra el pecho, la consoló con su fuerza y no dijo nada coherente, tan solo la dejó llorar hasta que ella se calmó. O creyó que se había calmado, porque intentó hablar, pero solo pudo emitir unos sonidos incomprensibles e incontrolables.

–Espera –dijo él para tranquilizarla–. Espera, Erin.

Él la besó ligera, zalameramente; rozó los labios de ella con los suyos intentando transmitirle cariño y delicadeza. Ella notó cierto frescor por la respiración de él y un vago sabor a zumo de naranja, pero contuvo el deseo de corresponder al beso, de dejarse arrastrar y separar los labios. Él la acariciaba como si se deleitara con cada centímetro de su cuerpo, que estaba en llamas. Ella notaba que en su interior crecía la necesidad física.

–No tenemos prisa –dijo él.

Eso llamó la atención de ella y, después de un instante, consiguió controlarse.

–¿No? ¿No tienes que volver a casa con él?

–Me gustaría, para tomar algo antes de la clase de prácticas que tengo que dar a las dos.

–Clase de prácticas. ¿Tienes que dar unas prácticas? –lo dijo como una acusación. Como si eso formara parte de las maquinaciones de Caitlin y Mel–. El segundo día de trabajo, ¿y ya tienes que dar unas prácticas?

–Sí. Verás, estoy sustituyendo a un médico que ha tenido que irse una semana antes de lo previsto –explicó pacientemente Alec.

Cerró las manos sobre los muslos de Erin. Tenían las piernas pegadas como los troncos de dos árboles que hubieran crecido juntos.

–Por eso nos encontramos de esa forma anoche antes de haber podido telefonearte, como había pensado. He tenido que entrar a fondo. No pienses que quería que nos encontráramos como caído del cielo. ¡Claro que no! Quería instalar a William y solucionar las cosas más básicas antes de llamarte.

Ella asintió con la cabeza y se olvidó de todo eso.

–Quiero hablar de William.

–Tiene una niñera que lo cuida cuando estoy de guardia –dijo Alec con la misma paciencia y tranquilidad que antes–. La conseguí mediante una agencia y parece muy buena. Lo lleva a un grupo recreativo dos veces a la semana y hace platos muy saludables que le gustan mucho. Está contenta de tener un horario flexible y no le importa cambiar los planes sin aviso previo.

–¿Te parece buena?

–Lo es. Suelo ponerme nervioso con algunas cosas relativas a la paternidad. Cuidar solo de un hijo no me resulta fácil.

–¿Lo es para alguien?

–Tengo que afianzar mi carrera, pero un niño tiene muchas necesidades. Intento convencerme de que es normal replantearme varias veces a la semana las decisiones que tomo sobre William.

–A pesar de todo dejaste Inglaterra donde tenías todo el apoyo –lo desafió ella.

–¡Ja! ¿Apoyo? En estos momentos nadie me habla en Inglaterra.

Ni mis padres, ni Kate, desde luego. Todos me culpan del divorcio.

–Y tú, naturalmente, lo consientes –adivinó ella–. En realidad, seguramente lo fomentes.

Él se encogió de hombros.

–Tienen razón al culparme, ¿no?

–¿Lo hace Kate? ¿No se culpa a sí misma?

–Kate se siente muy digna sobre todo el asunto. En ocasiones, analítica. Hace alarde de emociones muy convincentes ante los demás. Culpa a muchos factores, pero sobre todo a William.

–Claro, a un niño de un año.

Él rio sin ganas.

–No hace falta que te explique ahora por qué nos divorciamos, ¿verdad?

Ella no respondió. No quería descubrirse al reconocer el grado de coincidencia que tenían sobre ciertas cosas. Tampoco quería confesar abiertamente lo que sentía hacia Kate porque era algo complicado y un tanto oscuro y posiblemente… probablemente… improcedente.

–En cualquier caso –continuó–, Simon está en el extranjero con una misión de paz de la ONU. Mel es la única que tiene una ligera idea de lo que pasó entre Kate y yo.

–Claro, Mel –dijo ella sombríamente–. Ahí quería yo llegar. Se ha entrometido, ¿verdad?

–No. La verdad es que Mel solo ha sido un instrumento después de los hechos. Tú nunca le diste tu dirección, ¿recuerdas? La verdadera artífice ha sido Caitlin, tu hermana.

–¡Lo sabía! Se puso en contacto contigo.

–Con Mel. La llamó al piso.

–Mel…

–Ya había adivinado casi todo y luego me sonsacó el resto.

–Lo hace de maravilla.

–No te lo sonsacó a ti. No tenía ni idea de cómo te sentías hasta que dejaste el país.

–Porque yo sabía lo hábil que era y estaba en guardia.

–Por cierto, te ha perdonado por la pelea que tuvisteis. Ella y Caitlin me convencieron de que no me pusiera en contacto contigo. Insistían en que esperara.

–Entonces… Caitlin sabe lo de William.

–Sí. Mel pensó que era… mmm… procedente.

–¡Fantástico! ¡Es maravilloso…! –puso en blanco los irritados ojos y se puso a llorar otra vez mientras se agarraba de las mangas de la camisa de Alec.

–No hagas que te vuelva a besar, Erin –dijo él con un tono de leve amenaza mientras la abrazaba con más fuerza–. Sería fácil hacerlo y dejarme llevar, pero no lo hagas.

Ella lo notaba plenamente contra sí. Los muslos, el estómago, el pecho, los brazos… Todo él cálido y duro, conocido y nuevo a la vez. Hacía que se derritiera de los pies a la cabeza.

–¿No? Es lo que quieres, ¿no? Entonces, ¿por qué no? –preguntó ella sin saber ya lo que decía.

Cerró los ojos y lo besó en los labios.

–Maldita sea, porque quiero que todo sea lo más justo y recto posible. He venido con William. Te ofrezco mi vida y he quemado mis naves. Me siento… maravillosamente.

Ella podía verlo, notarlo, para ser más exactos, sentirlo en la energía que irradiaba.

–Arregla las cosas conmigo, como dijo Caitlin que harías si te demostraba que iba en serio –continuó él.

–¿Qué sabe Caitlin de todo esto? –replicó ella a la vez que se ponía rígida y lo apartaba empujándolo con las manos en el pecho.

Él la soltó y ella dio un paso atrás y retiró los huevos del fuego antes de que se organizara un incendio. Se quedó con la sartén en la mano.

–Entonces… ¿todo ha sido un error? No me quieres. He venido hasta aquí. Te quiero y te necesito. Lo he hecho durante más de dos años. Y tú me rechazas.

–¡No! ¡Claro que te quiero! –respondió ella con impotencia. Entre sollozos y risas–. Claro que te quiero, Alec Rostrevor.

Dejó la sartén en el fregadero en medio de una humareda de vapor.

–¡Muy bien! –continuó ella con furia–. Has conseguido que lo dijera.

Se puso las manos en las caderas y lo miró fijamente. Él seguía tenso. Parecía asombrado, los ojos como ascuas azules, los labios ligeramente separados, cauteloso y expectante.

Espléndido, de alguna forma se le habían abierto dos botones de

la camisa y el pelo era una maraña color caoba.

–Estarás contento, ¿no? Todavía te quiero. Tanto como siempre o, probablemente, más. Aunque no te haya visto durante dos años; aunque la última vez que te vi fuese en tu boda; aunque no haya conocido a tu hijo; aunque hasta anoche pensara que no volvería a verte jamás. Pero si crees que con eso se soluciona todo, estás equivocado. ¡Completamente equivocado! Te lo dice muy claramente alguien de las colonias.

–Contento de haber aclarado las cosas –dijo Alec con cierta impotencia.

–¿Aclarado…?

Quería gritarle que no se había resuelto nada, pero no le salían las palabras porque él tenía razón en el fondo. Se habían aclarado las cosas. Se amaban. Era como una tabla a la que agarrarse en medio de una tormenta de cuestiones muy complicadas. Por ejemplo, William y Kate.

–De acuerdo, no se han aclarado del todo, pero… –Alec separó las manos sin terminar la frase.

Se sentó a la mesa con cuidado, como si temiera que Erin hubiera puesto chinchetas en la silla. Ella estaba sorprendida de que él siguiera allí. Le había dado más de un motivo para largarse lleno de furia, pero recordó que era un hombre que no abandonaba las cosas a la ligera. Aunque tuviera motivos.

Quizá debiera tomar ella la iniciativa y ponerlo de patitas en la calle.

En ese momento, él sonrió y le tiró por tierra sus intenciones.

–¿Puedo… desayunar ya?

–Si puedes esperar a que vuelva a intentarlo… –replicó ella.

–A lo mejor es preferible que esta vez lo intente yo.

Erin decidió que también podía rendirse definitivamente.

–Claro –Erin agitó las manos–. Adelante. Ponte un delantal. Remángate. Agarra la espumadera como si estuvieras en un combate de esgrima. Impresióname con tus habilidades culinarias y empezaremos de cero.

–He pensado que lo mejor sería algo de turismo –le dijo Erin a Alec por teléfono.

–Nada de museos y monumentos. No con un niño de diecinueve meses –respondió él tajantemente.

–No, claro –ella estaba nerviosa y sabía que se le notaba en la voz.

Era viernes por la noche, cuatro días después de su primer encuentro. Él la había llamado todos los días para charlar un rato y se habían cruzado un par de veces en el hospital, pero muy brevemente. Apenas lo suficiente como para conseguir que lo anhelara durante el resto del día.

Los dos se lo estaban tomando con mucha precaución. Después de la intensidad de las primeras horas juntos, había llegado la calma. Erin sabía que era una calma engañosa. Ella había reconocido que lo amaba. En realidad, se lo había dicho a gritos. Había sido más una acusación que una declaración. Ella no había necesitado que él se lo dijera. Si un hombre recorría medio mundo con su hijo para estar con ella, tendría que ser tonta para dudar de su amor.

Sin embargo, a veces, el amor solo es el principio. Ella lo sabía. Lo había visto. Tenía el ejemplo de su hermana Caitlin y su marido Angus que se aferraban a su matrimonio como si fuese la barra de seguridad de una montaña rusa para superar la angustia de la incierta fertilidad de Caitlin.

Dos años antes, Caitlin había perdido un ovario y una trompa de Falopio por una infección que contrajo de su novio anterior. Hacía un par de meses había conseguido quedarse embarazada y lo anunció a todo el mundo llena de emoción, pero una semana después perdió al bebé por unos de esos abortos prematuros inexplicables que hay que aceptar con resignación. En esos momentos, Angus y ella intentaban tranquilizarse y volvían a intentarlo. Aunque ya no hablaban ni de los temores ni de las esperanzas. Todavía parecían tener una relación sólida a pesar de lo que estaban pasando. En realidad, más sólida que cuando se casaron.

Sin embargo, no todas las parejas lo conseguían. Algunos matrimonios se partían en dos cuando se encontraban con un problema, como un bote de madera al chocar contra una roca oculta en el mar.

Alec y ella no eran las únicas personas que tenían que pasar por

situaciones complicadas. Lo más importante era William, a quien quería conocer en las mejores circunstancias y lo antes posible. Al acecho, en el otro extremo del mundo, pero viva y presente, estaba la hermosa, satisfecha de sí misma y obstinada Kate.

–Me refería al río Paddy y a la reserva natural de Tidbinbilla –aclaró Erin–. Conozco un sitio donde William puede chapotear en el agua y pensaba que a lo mejor ya era suficientemente mayor como para que le interesaran los koalas y los canguros, y a ti de paso. Podíamos llevar salchichas y chuletas de cordero y hacer una barbacoa australiana en las parrillas públicas.

–Perdona –dijo él–. Debería haber supuesto que no propondrías ir a un museo con un chiquillo en un día de otoño tan bonito.

«No me compares con Kate», estuvo a punto de decir, pero se lo pensó mejor. En realidad, él no había mencionado a Kate. Quizá la comparación fuese fruto de su imaginación y él no estuviese pensando en su ex mujer en absoluto.

¿Estaría celosa de Kate?

Sí. ¡Ya estaba celosa! Quizá lo hubiera estado siempre y era muy humano estarlo, pero no quería que Alec lo notara.

–Llevaremos mi coche. Ya tiene instalada la silla del niño –propuso Alec.

–Ya que tú proporcionas el transporte, yo llevaré la comida –replicó ella alegremente.

Charlaron unos minutos más y colgaron siendo conscientes de que el día siguiente iba a ser una prueba muy importante.

Ella no pudo dormir.

Bueno, algo debió dormir, porque tuvo tiempo de tener una pesadilla en la que dejaba al niño solo dentro de su coche en la estación de trenes de Sevenoaks mientras ella se iba a una especie de Londres onírico a pasar el día. Más tarde, con el tren en marcha, comprendió que era una locura dejar al niño solo en la estación, pero no podía detener el tren para volver antes de que lo secuestraran.

Se despertó jadeando y empapada de sudor, convencida de que era un presagio de su capacidad como madrastra y se quedó desvelada el resto de la noche dándole vueltas al asunto.

Por la mañana, pudo verlo todo con un poco más de perspectiva, pero seguía sin estar satisfecha de lo que reflejaba el espejo.

Rubia. Una australiana frívola de melena rubia hasta los hombros que se rizaba con la humedad, aunque en un día como ese caía hermosamente ondulado. Miembros largos y morenos. Una frente alta y bronceada; algunas pecas en la nariz; unos labios que nunca le habían gustado. Eran anchos, suaves, simétricos y delicadamente rosas, pero un poco inexpresivos. Sus amigas se reían cuando decía eso, pero ella estaba convencida.

Sin embargo, la sonrisa no estaba mal. Alec le había dicho que era una de las primeras cosas en las que se fijó. Su maravillosa y deslumbrante sonrisa y sus chispeantes ojos. Volvió a mirarse en el espejo. Espantosa, estaba tan nerviosa que parecía una concursante en un programa de televisión.

¿Y si la miraba y se echaba a llorar?

No Alec, claro, sino William. Si no le gustaba, sería grave.

Se encontró vistiéndose para William en vez de hacerlo para Alec. ¡Para qué iba vestirse para ella misma! Había pasado a un tercer lugar. A un cuarto si se contaba a la elegante y primorosa Kate. Se vistió para William con unos pantalones hasta la pantorrilla de colores brillantes, una blusa naranja de algodón y un enorme sombrero de paja. También se puso unas sandalias abiertas para poder meterse en el rio, aunque cambió de idea al pensar que en Tidbinbilla podía haber serpientes.

Desayunó un yogur y salió corriendo al supermercado para comprar la comida. Estuvo preparada muy, muy pronto.

Alec entró en el callejón cuando Erin comprobaba el reloj por duodécima vez y entró en la sala justo a tiempo para ver a un hombre vestido con ropa vaquera que desataba a William de su silla en el asiento trasero del coche.

Al verlo sintió una punzada en el estómago. Habría querido ir de puntillas hasta ponerse detrás de él, decirle algo provocativo y esperar a que se volviera para abrazarlo. En cambio, se quedó donde estaba.

–¡Hola! –dijo él un minuto después al llegar a la puerta–. No quería presentaros en el coche y hemos venido hasta aquí.

–Hola, William –dijo ella con voz ronca.

El niño la miró serio desde la seguridad de los brazos de su padre. Era un angelito, casi rubio, de tez muy blanca y con ojos marrones, que llevaba unos pantalones de pana azul marino y un

jersey de cuello alto del mismo color.
–Saluda a Erin, William –lo animó Alec inclinando la cabeza.
El gesto resaltó la longitud del cuello.
–«Hoooa» –dijo William.
–¿Puedo tomarte en brazos, William?
–¿Estás segura? –intervino Alec.
–Claro. Tengo sobrinos y sobrinas. No voy a dejarlo caer –sonó más segura de lo que realmente estaba.
Alec sonrió con un gesto torcido, como si su escepticismo lo hubiera avergonzado.
Le entregó el niño y se separó para mirarlos con las manos en las caderas y los codos separados. William seguía sin sonreír, pero tampoco lloraba y eso era bastante. De repente, mientras la miraba fijamente a la cara, alargó los deditos de la mano y los metió solemnemente en la boca de Erin.
Ella se echó a reír y lo mismo hicieron Alec y William. Los niños eran muy poco complicados para los afectos y tenían unos recuerdos muy escasos, afortunadamente. Además, no sabía que esperaba reemplazar a Kate en la vida de Alec.
Pronto olvidaría completamente a Kate y habría sido muy doloroso si ella se hubiese preocupado por el niño. Al parecer, no lo había hecho, lo cual daba muchas posibilidades a Erin. No sería su madre, pero sí a quien más quisiera.
Ella le quitó suavemente la mano de la boca y lo dejó en el suelo. Alec parecía muy complacido por el momento que habían pasado Erin y su hijo. Los dos miraron a William, que iba hacia la mesa de la cocina para examinar un rompecabezas de madera.
–¿Puedo llevar algo al coche? –se ofreció Alec.
–Sí, hay un par de cajas en la cocina.
–Muy bien –asintió con la cabeza y permaneció con los labios pegados.
No la había besado y ella tampoco quería que lo hiciera. Hasta el momento habían sido muy circunspectos en ese aspecto, muy cautos. A Erin le gustaba que fuese así. Aunque no resultase fácil. En ese momento, habría podido cerrar los ojos y habría previsto el preciso instante en el que él entraba en la habitación simplemente por el hormigueo que sintió en la piel y por la forma en que todos su sentidos se aguzaron.

En algún momento se produciría la colisión, pero ella tenía suficiente sentido común como para saber que los dos debían contenerse hasta que se hubieran dicho más cosas. Lo que menos deseaba era que la pasión sexual… el anhelo… el amor ardiente… le nublara el juicio.

O el de él.

Salieron al cabo de un rato, cuando consiguieron que William dejara el juego entre gritos y patadas. A Erin le parecía una reacción perfectamente normal. En realidad, no sabía que lo esperaban cosas mejores que un rompecabezas.

En el coche, Erin quería hacer algunas preguntas mientras indicaba el camino a Alec. No sabía muy bien cómo plantearlas, pero Alec le facilitó las cosas.

Él apartó la mirada de la carretera lo suficiente como para lanzarle una mirada apasionada que le abrasó las entrañas y la hizo tartamudear.

–Vamos, es un momento tan bueno como cualquier otro, ¿no? ¿No quieres que te hable del divorcio?

–Antes, háblame del nacimiento –ella se giró y lo miró.

–El divorcio fue antes que el nacimiento –dijo él–. O por lo menos ya estábamos separados.

–¡Oh, Alec!

–¿Cómo iba a haber funcionado? Era imposible… –se pasó los dedos por el pelo–. Era un desastre desde el principio, desde que supo que estaba embarazada, y lo habría sido aunque tú no hubieses existido…

–¿Sabe lo mío? –preguntó ella algo nerviosa.

–Lo sabe, pero solo desde que decidí venir aquí.

–Muy bien –dijo ella prudentemente.

–En cuanto surgió el problema del hijo resultó imposible pasar por alto las diferencias entre nosotros. La forma en que cada uno veía la vida. Las prioridades. Ella sentía que la había chantajeado para que no abortara.

–¿Chantajeado…?

–Moralmente. Seguramente, tenía razón.

–¡Tú tenías razón!

–Ella decía que me amaba, pero que había querido que los dos afianzásemos nuestras carreras profesionales antes de atarnos con

responsabilidades, objetivos a largo plazo y pañales. Ella quería viajar y tenía la vista puesta en algunos papeles de películas después de su éxito en el teatro. Tuvimos algunas peleas terribles. Yo no podía entender que dijera que me quería mientras me reprochaba fríamente no… no haber ido tranquilamente a deshacerme de mi hijo –se paró de repente y lo miró–. Gracias a Dios no puede entendernos.

–Además, está dormido.

–Perfecto.

Erin miró al niño durante unos instantes. Tenía la mejilla regordeta clavada en el hombro. Los labios eran como una cereza y las pestañas largas y espesas como las de su padre. Su sobrino Archie era un niño muy guapo, pero ese era increíble.

–En cualquier caso… –Alec suspiró, volvió a pasarse los dedos por el pelo y se rascó el cuello, que empezaba a estar bronceado por el sol australiano–. Durante el embarazo, ella no se cuidó como yo quería que lo hiciera y eso causó mas conflictos.

Erin supuso que era una forma delicada de decirlo.

–Ella decía que era su cuerpo y que yo no tenía nada que opinar, que fumaría menos, pero que no era necesario dejarlo completamente. ¿Era exagerado lo que yo pedía? Tengo una opinión profesional y personal, pero no hizo caso de ninguna de las dos. Se marchó… nos separamos… en abril. Él nació en agosto. Pesó muy poco. Yo no estaba presente. Lo vi a los dos días de nacer –se hizo un silencio–. Luego vino la disputa por la custodia.

–Claro.

–Primero lo quiso y más tarde no. No podía dormir. Lo quería la mitad del tiempo. No estaba hecha para la maternidad y me dijo que me hiciese cargo ya que era mi culpa. Luego lo quiso los fines de semana, pero le complicaba la existencia. Decidió que me lo quedara los fines de semana y yo pagaba la mitad de la niñera durante la semana. Yo seguía y seguía, un paso adelante y otro atrás, pero, por lo menos, conseguimos evitar los tribunales. Pasó casi un año hasta que me concedió la custodia plena. Hasta entonces no podía ni siquiera pensar en ti.

–Lo entiendo.

–Pero lo hacía –continuó él tranquilamente–. Todo el tiempo.

–Yo también –lo dijo con una voz débil y suave.

Él detuvo el coche en un ensanchamiento del arcén con un frenazo que hizo que las ruedas se deslizaran sobre la gravilla. Lanzó un juramento en voz baja; era el desahogo por dos años de impotencia e incertidumbre. Luego la besó.

Esta vez no fue algo indeciso, cuidadoso o prudente.

La rodeó con los brazos, gimió y aplastó los labios contra los de ella. Ella sintió un escalofrío y rompió a llorar. Hasta ese momento no se había imaginado que podía besar a un hombre mientras lloraba a mares y aun así sentir como si cada punto de contacto entre las pieles abrasara.

–No llores, Erin –rogó él. Apoyó la frente en la de ella y le acarició la mejilla–. No llores, mi amor.

–Déjame –sollozó y le besó ansiosamente la cara, como si nunca fuera a tener suficiente–. He pasado dos años en los que no me he permitido llorar por ti. ¡Ahora no vas a estropearme ese placer!

Él se rio. Sus narices chocaron y los labios volvieron a encontrarse.

–No puedo creérmelo –siguió diciendo ella con la voz entrecortada y los hombros temblorosos–. Mi corazón había empezado a cicatrizar. Lo intentaba con todas mis fuerzas. En teoría debería salir con alguien. Con el hermano de una persona del trabajo. ¡Todas quieren encajarme a sus hermanos, Alec!

–A veces funciona –dijo él delicadamente.

–¡No funciona! Mel quería encajarme a Simon, no a ti.

–El principio es el mismo.

Ella lo desdeñó con un gesto.

–Se suponía que la cita era el fin de semana que viene, pero la he cancelado. Me imagino…

Ella lo miró. Sabía que los ojos le resplandecerían como las luces de un coche de policía en medio de unos párpados rojos e irritados por el llanto. No le importó. En la cara de él solo veía amor y felicidad; una franqueza y una dicha que no le había visto casi nunca, desde luego no cuando miraba a Kate.

–Al final he caído, ¿no?

Él lo entendió a la primera.

–Sí, mi maravillosa y apasionada manzana. Has caído, madura, dulce y espléndida en mi expectante mano. Si no lo hubieras hecho, no sé qué habría sido de mí. De verdad, no lo sé. No quiero ni

pensarlo ni hablar de ello ni…

Ni terminar una frase de forma coherente. La verdad era que tenía cosas más importantes que hacer con la boca. Pasaron diez minutos antes de que volvieran a ponerse en marcha y cuando lo hicieron tuvieron la sensación de que las ruedas no tocaban el suelo.

Capítulo 3

Primero pararon en una zona para excursionistas del río Paddy. La corriente discurría fresca y cristalina entre rocas y formaba un remanso poco profundo sobre una antigua plataforma de cemento.

William seguía dormido en el asiento trasero. Aparcaron el coche a la sombra y dejaron las puertas abiertas mientras ellos exploraban los alrededores. Había montones de moras maduras que colgaban de las zarzas. Recolectaron algunas y tuvieron que lavarse en el río las manos manchadas de morado.

–Dulces y jugosas –fue el veredicto de Alec–. Aunque con demasiadas semillas.

–¿No quieres algunas para hacer mermelada o tartas?

–Hoy tenemos mejores cosas que hacer.

Sonrió y Erin no pudo apartar la mirada mientras él se metía otra mora en la boca y se limpiaba con la lengua el labio inferior.

William se despertó desconcertado y estuvo llorando un rato. Tenía una marca roja en la mejilla. Alec lo tomó en brazos y habló con él hasta que volvió a sonreír. El sol caía sobre ellos y provocaba reflejos dorados en las cabezas de los dos.

Erin se preguntó cómo era posible que una mujer renunciara a un niño como ese. Sintió un repentino arrebato de animadversión profunda y sombría contra Kate que la asustó un poco.

–¿Puede meterse en el agua? ¿Es seguro? –preguntó Alec.

–¿Seguro?

–Sí, ya sabes, culebras o arañas de agua.

–¿Arañas de agua? –Erin se rio.

–En serio. Australia es famosa por…

–No hay peligro, Alec.

–Perfecto. Si tú lo dices… –sonrió torvamente, como si lo dudara.

–Te lo prometo. Estoy completamente segura –dijo ella con tono serio.

–De acuerdo. Aunque me parece que preferiría la posibilidad de

que hubiera tigres o hipopótamos –dijo en voz baja.

Erin se rio.

Le quitó expertamente los zapatos y los pantalones a William y lo llevó de la mano hasta la plataforma de cemento.

A William lo entusiasmaba el agua. Saltó y chapoteó jugando con los reflejos dorados que las hojas de eucalipto habían dejado en fondo de cemento.

Alec se había quitado también los zapatos y los calcetines y tenía los pantalones remangados hasta la rodilla dejando a la vista unas musculosas pantorrillas cubiertas con pelos oscuros. Tenía a William agarrado de la mano y se agachaba para sonreírle o señalarle algo.

Estuvieron unos veinte minutos en el agua mientras Erin estaba sentada en una roca cercana tomando el sol y observando la idílica escena. Le encantaba la forma del cuerpo de Alec cuando se inclinaba o se agachaba junto a su hijo y la seriedad con que escuchaba todo lo que William decía.

–«Abua», «palo», «abol».

–Eso es. Un palo flotando en el agua.

Al principio ella también había pensado meterse en el agua, pero al final no lo hizo y se conformó con las ocasionales sonrisas de Alec. Parecía un padre atento y preocupado, a pesar de lo que dijo en una ocasión sobre la dificultad de cuidar solo de William y las dudas que le producía.

Más adelante recordaría esa escena y percibiría algunos matices que no se notaban a primera vista, pero ese día… ese día era feliz.

Cuando William se cansó, volvieron a montarse en el coche y atravesaron bosques de pinos y eucaliptos hasta llegar a la reserva natural. Erin tuvo que prometer a Alec que los enormes emús de perversos ojos no eran agresivos ni venenosos. Aunque había que reconocer que eran muy molestos cuando intentaban llevarse las salchichas con verdadera impertinencia. Alec los espantó con un atizador y con un estilo que demostraba que había aprendido esgrima en el colegio.

–Muy bravucón –dijo Erin–. Acabarás siendo un perfecto australiano.

Las serpientes eran otra cosa. Erin intentó por todos los medios convencerlo de que la criatura oscura que se escabulló entre la

maleza estaba más asustada de ellos que lo que ellos deberían estarlo de ella, pero Alec era impermeable a ese razonamiento.

–¿Por qué los sabes? –dijo sombríamente–. A mí, desde luego, puede asustarme mucho, por William, claro.

–Bueno, pues por William podemos ir a dar un paseo por los riachuelos del bosque donde el ambiente es demasiado fresco para casi todas.

–¡Ah! Para casi todas…

Alec montó a William en una silla especial que se puso en la espalda.

–El sendero parece estrecho, ¿quieres ir delante? –dijo Alec.

–Para asustar a las serpientes, ¿no?

–¿Puedo fingir que es para disfrutar de tu maravilloso contoneo?

–Naturalmente.

–¡Menudo bombón!

Ella sonrió.

–¡Gracias!

Erin volvió a acordarse de Kate. ¿La había llamado alguna vez «bombón» con una mirada de admiración tan apasionada? Tuvo una sensación de victoria seguida de otra de abrumadora incertidumbre.

Erin pensó que ella y Kate eran completamente diferentes; que él creyó haber amado a Kate. ¿Por qué no iba a haberlo hecho? Mel le había contado que Kate había renunciado a varios hombres muy bien situados por Alec. Hicieron una pareja increíble. Se casaron. Tuvieron un hijo.

Un momento más tarde, Alec le dio un beso largo, cariñoso y burlón. Luego caminaron juntos agarrados de la mano, como si él no tuviera miedo de las serpientes. Ella estaba casi convencida de que le había tomado el pelo sobre su miedo. ¡No tenía ningún miedo!

No vieron ningún tipo de bicho mientras hablaban del matrimonio.

–¿Quieres casarte muy pronto? –dijo él.

Él no se lo había propuesto ni ella había aceptado. Comentó algo sobre que sería una buena idea y ella estuvo de acuerdo. Él dio algunos argumentos sólidos y bien estructurados, aunque ella no lo había discutido. La situación en el hospital. La reconciliación con sus padres. La estabilidad para William. Algo concreto y verdadero

después de tanto tiempo de incertidumbre y espera.

Todo resultaba tan evidente que pasaron de la hipótesis al cuándo y cómo.

–¿Cómo de pronto? –preguntó ella.

–¿Un mes? –propuso él–. ¿Podríamos organizarlo en un mes?

–Supongo que no quieres…

–Una boda por todo lo alto… –él se encogió de hombros y ella notó que por su rostro pasaba una sombra que no le gustó–. No, gracias. No quiero volver a pasar por todo eso.

Como había tantas cosas en juego, ella renunció a todas las ilusiones sobre la boda que ni siquiera se había dado cuenta que tenía y no volvió a pensar en el asunto. Naturalmente, él no quería una boda por todo lo alto después de la primera experiencia.

–Entonces, ¿en qué estás pensando?

–Bueno, por el momento, mi casa es alquilada, pero tiene un jardín muy agradable y podíamos celebrarla ahí. Comer y beber algo con algunas personas.

–¿Cuántas son «algunas personas»?

–Las que tú quieras.

–Entonces, será mejor alquilar algo porque mi familia es bastante extensa.

–Tendrás que hacerte un vestido.

–Imposible. No hay tiempo para hacerme uno a medida.

–¿No conoces a nadie que pueda hacértelo?

–No como yo quiero. ¿Quién vendría por tu parte?

–Mel, si tenemos suerte. Nadie más. A mis padres les costará un poco asimilarlo.

–Por decirlo suavemente… –dijo ella.

–Por decirlo suavemente –reconoció él–. Simon está en una misión, pero me pondré en contacto con él por si acaso. ¿Te acuerdas de Christopher?

–Tu amigo del colegio.

–Sí. Se lo preguntaré, pero está muy ocupado.

–Entonces, casi todos serán de mi parte.

–No me importa. En absoluto –sonó algo sincero.

–¿Y la luna de miel?

Silencio.

–¿Alec?

–Perdona, pero esas palabras me traen malos recuerdos. Habrá que posponerla. Acabo de empezar a trabajar y no puedo pedir unos días libres.

–El verano que viene, supongo –la voz iba perdiendo intensidad.

Él se detuvo en medio del sendero, debajo de un helecho gigante. Delante se podía oír el rumor del riachuelo que permanecía oculto a la vista. La sombra era fresca y húmeda y el ambiente estaba impregnado del olor a vegetación en crecimiento. Alec la miraba con el rostro moteado por manchas de luz y de sombras.

–¿Erin? –dijo él mientras levantaba la barbilla de ella con la mano.

Le acarició el mentón y ella sintió en escalofrío en la espalda.

–¿Mmm? –fue todo lo que pudo decir Erin.

–Esta vez no voy a equivocarme con las prioridades, ¿de acuerdo? –dijo él con delicadeza–. Todo es secundario. No es importante –se acercó más. La miraba fijamente con los ojos serios y las pupilas enormes por la oscuridad–. Lo importante es que lo hagamos y que podamos seguir juntos el resto de nuestra vida. ¿No crees?

–Sí, lo creo –contestó ella mientras intentaba que lo creyera el corazón como lo creía la cabeza–. Tienes razón.

–¿Realmente quieres que esperemos hasta el verano para que puedas hacerte un vestido lleno de volantes, nos impriman unas invitaciones con poemas sensibleros y podamos irnos dos semanas a Hawai? Además, ¿qué haría con William durante ese tiempo?

–Nos lo llevaríamos con nosotros, claro –dijo ella automáticamente–. Pero estoy de acuerdo, Alec. No hay por qué organizar ese lío ni esperar tanto.

Y menos por un vestido lleno de volantes o unos poemas espantosos.

–No podría esperar ni aunque lo intentara. No creo –la besó. Fue un leve roce de los labios con William mirándolos por encima del hombro–. Quiero recuperar el tiempo perdido.

¿Qué mujer podía discutir eso?

Tenían que atar algunos cabos más, pero al terminar el paseo todo estaba resuelto, se habían tomado todas las decisiones y se habían delimitado las prioridades y las tareas que había que hacer.

Después de la boda, Erin dejaría su casa y se mudaría a la de

Alec. Como todavía le quedaban tres meses de alquiler, podría trasladarse con tranquilidad, lo cual era una presión menos. No tendrían prisa para hacer la mudanza ni para vender todo lo que tuvieran por duplicado.

Ella se encargaría de su vestido, de las invitaciones y de las flores; él de encontrar un restaurante, de organizar el menú, del papeleo y de encontrar alguien que los casara. Llamaría a Mel, Simon y Christopher. También llamaría a sus padres y a Kate, aunque, seguramente, serían unas llamadas improductivas y algo desagradables.

Cuando volvieron al coche, Erin tenía la cabeza como un bombo y se sentía agotada, pero no era por el ejercicio.

Alec bajó a su hijo de la espalda y volvió a atarlo en la silla del coche.

–¿Todavía quedan los koalas y los canguros? –dijo él–. Tendremos que darnos prisa. Hace un día maravilloso, pero no quiero agotar a William.

Ella estuvo a punto de decirle que por qué no intentaba agotarla a ella, pero se limitó a asentir con la cabeza.

Él se quedó un instante junto a la puerta del conductor y luego rodeó el coche por la parte delantera para ir hasta donde estaba Erin. La abrazó delicadamente y permanecieron un rato completamente inmóviles. Ella podía oír el firme latido del corazón de Alec y oler la camisa, caliente por el sol. No quería moverse, ni siquiera quería respirar. Solo quería sentirlo, volver a descubrirlo. Estaba aferrada a las caderas de él como a una tabla de salvación y podía notar la excitación de Alec, que se correspondía con su propio anhelo, con su necesidad palpable.

–Alec, Alec… –era maravilloso poder decir libremente su nombre.

La besó en la cabeza y notó lo mismo que ella había notado en la camisa.

–El sol es increíble –dijo él–. Tienes el pelo caliente. Puedo oler el calor –sumergió la cara en la melena–. Nunca me había dado cuenta de que la luz de sol pudiera oler. Me gusta tu país.

Ella no respondió. No quería hablar. Habían hablado durante todo el paseo y solo quería un rato de tranquilidad. Él pareció comprenderlo.

–Perdóname por haber pasado por encima de ti –dijo él con calma después de un momento.
–No lo hiciste. De verdad, no lo hiciste.
–Pero la situación sí lo hizo.
–¿Fue así? ¿Fue la situación?
–Creo que sí. Algo así.
–Está bien… –asintió con la cabeza.
–¿Lo está? –insistió él–. ¿Está bien?
–Sí. Lo está –lo decía sinceramente–. Déjame que escuche los latidos de tu corazón.
–Todo el tiempo que quieras, cariño.
Pero William no estaba nada contento. Dio unos chillidos y empezó a llamar a su padre mientras intentaba soltarse de la silla.
–Vamos a ver los animales, William. ¡Canguros! –dijo Alec con entusiasmo.
William volvió a ponerse contento en cuanto el coche arrancó.
Pasaron una hora caminando por los enormes recintos de los canguros y los koalas. Vieron algunos koalas hembras con sus hijos encaramados a unos eucaliptos y se acercaron a una manada de canguros grises que tomaban el sol. A William y a Alec les encantó la experiencia y William volvió a dormirse durante el viaje de vuelta.
Erin se quedó en casa de Alec. Pidieron unas pizzas y bebieron un vaso de vino. William cenó unos huevos, fruta y una porción de pizza.
–Será mejor que lo acueste. Lleva un rato. ¿Quieres esperar? –dijo Alec a las ocho menos cuarto.
–Puedo recoger.
–No hace falta.
–O… ¿puedo contarle un cuento?
–Yo lo haré –dijo Alec–. Estamos intentando acostumbrarnos a la rutina.
Erin asintió con la cabeza. Parecían contentos el padre y el hijo. Parecían muy unidos. William estaba encantado de poder observar el mundo desde los brazos de su padre. Estaba somnoliento y con ganas de empezar esa rutina a la que se había referido Alec.
–«Buenas noches», William –dijo Erin.
–Di buenas noches, William –dijo Alec.

–«Benas oches» –William se despidió con la mano y los dos se marcharon.

Erin recogió la cocina mientras escuchaba los sonidos que llegaban de vez en cuando del dormitorio. Oyó el agua correr y a William cantar y gritar.

–Estate quieto, mocoso. Tardaremos el doble si empiezas a moverte como una sabandija –decía Alec.

Se cerró una puerta. Oyó unos murmullos y el interruptor de la luz al apagarse.

No la necesitaban. Incluso recogió la cocina en unos minutos. Después de todo, se recordó a sí misma, era el primer día.

Se casarían dentro de poco más de un mes. Treinta y cinco días, para ser exactos. Ella viviría en esa casa silenciosa de ladrillos marrones con tres dormitorios y moqueta. Tenía también un jardín soleado y garaje; unos visillos que dejaban entrar la luz y una chimenea.

Sería la mujer de Alec. Compartiría la cama con él. Compartiría a William y la rutina de acostarlo. Era maravilloso. Era lo que deseaba. Su vida sentimental había dado un giro tan rápido que estaba desconcertada, asombrada y feliz.

Pero no parecía real.

–¿No has conocido todavía a ese británico que acaba de llegar? –le preguntó Siobhan Dixon.

Erin y ella estaban en la sala de enfermeras un lunes por la noche poniendo al día el papeleo. Había dos mujeres a punto de parir y Leigh Ryan había llevado a otra a la sala de posparto.

–¿Alec Rostrevor? –dijo Erin–. Mmm…

–¡Es un nombre precioso! –suspiró Siobhan–. Parece muy simpático y seguro de sí mismo, aunque no se cree el amo del mundo como otros. Me pregunto si…

–Sí, lo conozco –logró decir Erin–. Es más, voy a casarme con él.

Siobhan se rio.

–Me encantan las chicas con ambiciones –siguió escribiendo en la ficha de un paciente.

–No… –Erin se ruborizó–. Quiero decir que voy a casarme con él. Lo conocí en Inglaterra. Estamos prometidos.

Siobhan se quedó boquiabierta y dejó caer el bolígrafo.

–Ah.

–Por eso ha venido.

–Quieres decir que te ha seguido para…

–Sí.

–¡Caray!

–No es para tanto. Quiero decir, sí lo es, pero…

–Perdona, no quería molestarte al decirte que era…

–No lo has hecho, pero…

–¿Puedo contárselo a las demás?

–Sí, claro.

–No querrás que vayan todas babeando como he hecho yo…

–No, claro. Verás, nos casamos dentro de cuatro semanas.

Se hizo un silencio. Erin podía notar cómo Siobhan hacía cálculos.

–No estoy embarazada. Lo que pasa es que no queríamos esperar más.

–Por los comentarios.

–Por muchas cosas. Ha estado casado y tiene un hijo. Será una boda íntima.

–¿Va a venir su familia? Están en Inglaterra, ¿no?

–Vendrá su hermana.

–¿Es simpática? –Siobhan recogió el bolígrafo.

–Sí. Es increíble. Éramos amigas antes de que yo conociera a Alec.

–¡Lo ves! La gente se enamora de los hermanos de los amigos. Ah… –se paró un instante para pensar–. ¿Por eso ponías tantos reparos a Callum?

–Mmm, sí. Verás en ese momento… no te preocupes –Erin se detuvo–. Ya he llamado a Callum para cancelar la cita. Gracias por…

–Te rompió el corazón, ¿verdad? –Siobhan tomó aire y dejó el bolígrafo otra vez–. Entonces comprendió lo que había perdido; que te amaba. Y vino hasta aquí para conquistarte y lo consiguió. Es…

–No es una locura, ¿vale? Sencillamente… sucedió. No del todo como tú has dicho. Tiene un hijo pequeño que necesita estabilidad. Hemos intentado hacer planes sensatos.

–Claro, claro. Desde luego. Creo que es una noticia estupenda,

Erin. En serio.

Erin lo sabía y se lo agradecía. Solo que habría preferido que durante el fin de semana no hubiese habido tanta gente que se había alegrado por la noticia a la vez que mostraban un asombro absoluto. Hasta su hermana Caitlin, que se había confabulado con Mel para llevar a cabo el plan, le confesó que no había esperado que todo terminara tan rápidamente.

–¿Por qué no? –le replicó Erin cuando se lo contó por teléfono la noche anterior–. Tú y Angus os disteis mucha prisa cuando descubriste la infidelidad de Scott.

–Ya, ya, pero… bueno da igual. Pensaba que tendríais que resolver muchas cosas antes, eso es todo. Le dije a Alec que se lo tomara con calma; que fuera prudente.

–Bueno… las cosas han ido de otra forma.

Ahora le tocaba a la encantadora Siobhan que le perdonaba al instante la faena que le había hecho a su hermano y que se comportaba como si todo fuese una película en la que Erin era la protagonista.

Durante los dos días siguientes, el resto del personal del hospital tuvo una reacción muy parecida.

Erin comprendió que tenían que ser ellos quienes comunicaran lo que había pasado en vez de dejar que fuese de boca en boca. Alec estuvo de acuerdo y empezó a contarlo a sus compañeros.

Se sorprendieron de la cantidad de gente que mostró un interés sincero. Enfermeros, ginecólogos con años de experiencia, camareras con acento europeo y aire de matronas, resultó que todos tenían una vena romántica, como vetas de oro en un trozo de cuarzo que salen a la luz al enterarse de la historia de los enamorados que se separan y se reúnen en el otro lado del mundo.

Nadie mencionó los temores no manifestados que anidaban en algún rincón de la consciencia de Erin y como ella misma no terminaba de comprenderlos, los pasó por alto; los archivó con la etiqueta de «demasiado complicados».

En el mundo médico, no se podían demorar las cosas cuando se presentaban. Las crisis sucedían cuando sucedían y había que tratarlas al instante.

El miércoles entró por Urgencias una mujer embarazada que había tenido un accidente. La llevaron a la sala de partos y se la

asignaron a Erin. Natalie Cross, de veintidós años, no se había cuidado durante el embarazo y era una consumidora de drogas por vía intravenosa. No tenía muy claro las fechas, pero insistía en que estaba embarazada de siete meses.

Erin no estaba muy convencida. Si la fecha fuese exacta, el cuello del útero debía estar más alto. Después de doce semanas se podía calcular con bastante precisión el tiempo de embarazo mediante ciertas mediciones.

Erin midió el pálido vientre de la paciente y concluyó que estaba embarazada de veintiún semanas.

Llamó al médico residente. Sabía que era Alec y que querría estar presente. Cuando entró, Erin notó por centésima vez la sensación de calor y de mareo que la desequilibraba aun cuando confirmaba todo lo que ella sentía. Su mundo funcionaba cuando él estaba dentro. No podía explicar ni cómo ni por qué, simplemente era así.

Se sonrieron el uno al otro y resplandecieron por el secreto. No les importó que la paciente pudiera ver ese momento tan inocente.

No lo hizo. Se acercaba una contracción y sufría un doloroso síndrome de abstinencia. No tenía ánimos para soportar más dolores, juraba, blasfemaba y se retorcía de dolor.

–¿Puedo hacer una llamada? Necesito que venga un amigo –dijo Natalie cuando pasó la contracción.

Alec y Erin sabían lo que estaba pensando. Un chute.

–¿No quieres un calmante primero? –preguntó amablemente Alec.

Sabía tan bien como Erin que no iba a dar resultados.

–¡Sí! ¡Cualquier cosa!

Erin preparó gas, aunque dudaba que fuese de mucha ayuda.

Alec se preguntó si tendría tiempo para una epidural. Era lo único que aliviaba realmente a las madres drogodependientes. Sin embargo, no había tiempo para ponerle una epidural. El bebé estaba a punto de nacer y la madre estaba fuera de control. Era incapaz de centrarse, de empujar y de dominar el dolor. Afortunadamente, el cuerpo hizo casi todo el trabajo por su cuenta. Ella no cesaba de emitir ruidos y de reclamar a gritos a su amigo entre las contracciones.

Desde el principio estuvo claro que el bebé no sobreviviría. Era

una niña diminuta y sin formar de unas veintitrés semanas. Un bebé sano cuya madre se hubiera alimentado bien durante el embarazo puede sobrevivir sin problemas de salud a largo plazo, pero ese caso era el opuesto.

Nació fláccida y sin reacciones y Neil Watson, el pediatra, no pudo hacer nada por ella. Alec intentó revivirla, pero son circunstancias en las que nadie quiere que el bebé sobreviva, ni la madre.

Cuando dijeron a Natalie que el bebé había sido demasiado pequeño y que no había podido sobrevivir, lo único que ella dijo fue que necesitaba ver a su amigo.

Erin llamó a la asistente social y sacó la cámara Polaroid que había en la unidad para sacar algunas fotos del bebé en brazos de la madre. Quizá sirviera de ayuda tener ese recuerdo.

Daba la sensación de que Natalie estaba demasiado ida como para enterarse. Parecía no escuchar a la asistente social ni darse cuenta de que Erin la estaba duchando. Había cauces para ayudarla, pero no atendió a lo que le decía la asistente social. Por lo menos se llevó las fotos.

Alec y Erin hicieron todos los trámites.

Después, Erin asistió a una madre primeriza que tuvo un parto bastante cómodo. Lo cual le vino muy bien.

También le vino muy bien ir a casa de Alec al salir del trabajo. Él no llegaría hasta cerca de las seis, pero habían acordado que iría a preparar la cena y a estar un rato con William y con Alison, la niñera. Alison se iría cuando Alec llegara. Pasarían un rato centrados en las necesidades de William.

Luego, Erin se quedaría a pasar la noche. Lo habían hablado el día anterior mientras comían en la cafetería del hospital.

–¿Quieres traerte mañana el cepillo de dientes?

Alec la había tomado de la mano a través de la mesa.

–¿El cepillo de dientes? –dijo ella.

–El cepillo de dientes es un paso bastante importante cuando dos personas van a casarse –replicó él con delicadeza.

–Lo es. Ya lo sé.

–¿De verdad? No quiero agobiarte.

–No me agobias –ella le acarició el dorso de la mano–. Me habría quedado la otra noche si me lo hubieras pedido.

–Quería pedírtelo, pero me mordí la lengua unas seis veces. Me parecía que ya te había apremiado bastante por un día.

–No, Alec. Tengo la sensación de que me va a gustar mucho el paso del cepillo de dientes.

–A mí también –la provocó con unos ojos cálidos y brillantes–. En realidad, me lo he imaginado. Los dos cepillos de dientes pegados el uno al otro en la oscuridad.

Ella se rio.

–No sigamos con la analogía porque la pasta de dientes no va conmigo.

–Tienes razón. Es un poco retorcido –sonrió y se inclinó hacia ella–. Pero sabes a lo que me refería.

–Desde luego.

De modo que había llevado el cepillo de dientes, una muda y algunas otras cosas que había dejado en una bolsa de viaje en el maletero del coche. También llevaba un libro de recetas de cocina y una lista de la compra.

Iba a hacer unos platos italianos. Una sopa de alubias y pasta que era deliciosa y bastante fácil de hacer y unos *fussili* con jamón, tomate y brécol. Si iban a pasar la noche celebrando que había llevado el cepillo de dientes, convenía hacerlo con el estómago satisfecho.

Era extraño estar en casa de Alec sin Alec y cambiarse de ropa en su dormitorio. Resaltaba la sensación de intimidad y de que la relación era verdadera. Alison estaba preparando la merienda para William cuando salió Erin con unos pantalones negros cortos y una camiseta rosa. William acababa de despertarse de la siesta y había juguetes por toda la sala.

A Erin le gustó Alison a primera vista. Tenía cincuenta y dos años y Erin se preguntó por qué Alec había manifestado cierta reticencia la primera vez que habló de ella. ¿No confiaría en su propio discernimiento? Era un padre y los padres suelen ser excesivamente protectores y cautos. Ella no estaba en esa situación.

Todavía.

Tenía una perspectiva suficiente como para ver la ternura con la que Alison trataba al niño, la calidez de su sonrisa y la paciencia con la que jugaba con él.

–¿Puedo salir a dar un paseo con él? –preguntó Erin a la mujer–.

¿Hay algún parque con juegos cerca?

–Hay unos columpios mas arriba, en un pequeño parque. A él le encantaría y yo podría ordenar un poco la casa. El doctor Rostrevor me paga por ser niñera y por ocuparme de la casa, pero este hombrecito me deja poco tiempo.

–Estoy segura de que Alec cree que eso es lo prioritario.

William estaba muy ocupado sacando los cazos y dejándolos en una mesita de madera. Luego le puso a cada uno la tapa que le correspondía con gestos de satisfacción.

–Va a ayudarla a cocinar –anunció Alison.

–¡Estupendo!

–Tardará el doble.

Se rieron y Erin le puso el gorro a William, lo sentó en la silla de paseo y salió en la dirección que le había indicado Alison. Él estaba encantado y pasaron una hora muy agradable. Erin lo columpió y luego dejó que se divirtiera a su aire por el pequeño parque. Recogió palos, analizó insectos y se escondió detrás de los árboles.

Erin podría haber hecho un gráfico con la evolución de sus sentimientos. Ya había pasado de la curiosidad con cautela que había sentido al principio.

El hijo de Alec. Pronto sería su hijastro. El hijo de su futuro marido.

Estaba estableciendo vínculos. Momentos en los que se le llenaba el corazón con sentimientos de cariño que apreciaba mucho. Se creaban recuerdos de William que Alec no compartía. Cuando llegara a casa podría contarle muchas cosas.

Sobre todo una. Estaban a punto de irse cuando William cruzó el camino de cemento que atravesaba el parque, se tropezó y se cayó. Se hizo unos arañazos en las palmas de las manos y en las rodillas y se le hinchó el labio.

Fue llorando hasta casa. Erin dobló la silla en forma de paraguas y lo llevó en brazos. Comprobó que también necesitaba un cambio de pañales.

Mientras caminaba, le besaba la cabeza para tranquilizarlo. ¡Tenía un pelo sedoso y precioso! También le susurró muchas cosas, pero no surtió efecto. Todavía era casi una desconocida y él no la quería.

Cuando llegaron a casa, le dolían los brazos y sentía un

remordimiento enorme. Alison debió de oír el llanto, toda la calle debió de hacerlo, porque estaba esperándolos en la puerta con cara de preocupación.

–¿Qué ha pasado? –Alison lo tomó en sus brazos y él empezó a llorar más fuerte todavía.

–Se ha caído en el camino de cemento. Lo siento.

Sonó como si ella hubiera roto la vajilla de otra persona o algo parecido. Una madre no se habría disculpado de esa manera.

–Suele pasar, querida –dijo Alison–. No se mantienen bien de pie y quieren correr. No será la primera vez.

–¿Alec se…?

Alison no la oyó. Se había llevado a William al cuarto de baño.

«Enfadará», iba a decir Erin. «¿Alec se enfadará?» Decidió que era una tontería pensar eso. ¿Pero lo haría? Seguía preocupada. Se sentía culpable de algo espantoso. ¿Cuándo conseguirían adaptarse a esas cosas?

En el cuarto de baño, Alison le limpiaba las manos a William y le enjugaba la sangre que tenía en la boca.

–Tiene flojos los dientes delanteros.

–¡Oh, no!

–Usted es enfermera. ¿Sabe lo que significa? ¿Deberíamos llevarlo al dentista o al hospital? Mire, tiene las encías amoratadas.

–No tengo ni idea. No soy enfermera de pediatría. Seguramente no pase nada, pero ¿Alec tiene dentista? ¿Podemos telefonearlo?

En ese momento oyeron que se abría la puerta. Alec había llegado pronto a casa; apenas eran las cinco. William seguía llorando y Alec se dirigió como un rayo al cuarto de baño.

–¿Qué pasa? –preguntó directamente.

Erin se lo explicó.

Erin, al darse cuenta de que no estaba enfadado sino preocupado por William y, en parte, por ella, se sintió tan aliviada que se puso más nerviosa que antes.

–Déjeme que le eche una ojeada, Alison –dijo Alec con tranquilidad–. Puede irse si quiere, ya nos ocuparemos nosotros.

–Muy bien, de acuerdo –Alison fue por su bolsa.

–William, hombrecito, déjame que te mire la boca.

Tenía la mirada clavada en su hijo. Luego miró a Erin.

–¿Lo has traído en brazos hasta casa?

–Eso es lo de menos –se le quebró la voz–. Me sentía… –no terminó la frase.

Le temblaban las piernas y tenía un nudo en la garganta. Podría haberse puesto a gritar como William, pero se contuvo.

–También hay que cambiarle los pañales, Alec, pero no nos ha dado tiempo.

Había dejado de llorar, pero tenía la respiración entrecortada y le temblaban los hombros. Dejó que Alec le levantara el labio superior y le tocara los dientes.

–Un poco flojos, ¿eh? –dijo él–. Ya lo he visto antes. En Urgencias, en Londres. Por el momento no se puede hacer nada. Si cambian de color, es posible que los nervios estén afectados; si no, se afianzarán dentro de una semana o así.

–También tiene rozaduras.

–¿Mañana vengo como todos los días, doctor Rostrevor?

Alec asintió con la cabeza.

–Gracias, Alison. Hasta mañana.

Erin le dijo adiós y William le despidió con la mano hasta que su padre la agarró para examinarla.

–Muy superficiales y las habéis limpiado muy bien. ¿Quieres que te ponga tiritas?

–«Tiitas».

–Eso es, muchas «tiitas» en los arañazos. Como verás conoce la palabra, así que no es la primera vez.

Alec dio un breve beso a Erin. La mitad de la boca rozó los labios de Erin y la otra mitad la mejilla. Luego sonrió con cierta tristeza y al comprobar la mezcla de alivio y duda que expresaba el rostro de Erin, volvió a besarla con más ternura.

–¿Quieres hacer algo? –miraba ardientemente la boca de Erin como si no pudiera resistir la tentación de volver a besarla.

–¡Sí, por favor!

–Empieza a cocinar. No he comido y me muero de hambre. Le cambiaré el pañal y estaremos preparados dentro de un par de minutos.

Fueron diez minutos y Erin tuvo tiempo de calmarse, de empezar a hacer la sopa y de perdonarse casi del todo.

Capítulo 4

Una música suave, una luz tenue, vino tinto en copas de cristal…

William estaba agotado de tanto llorar. Tomó un poco de sopa y se fue a la cama hacía una hora. Ellos habían cenado los platos que preparó Erin. Alec estaba muy gratamente impresionado. Se quedaron charlando en la mesa durante más de una hora. Se contaron recuerdos y experiencias que no habían tenido ocasión de comentar. Hasta ese momento, casi todo se había basado en la intuición. Era como si se hubieran dado cuenta de que se amaban antes de saber por qué; como si el corazón y los sentidos hubiesen echado a correr plenos de confianza y certidumbre.

Se hizo un silencio. Erin no quería más vino. Quería a Alec. A él debía de pasarle lo mismo.

–¿Dónde está tu cepillo de dientes? –preguntó él.

–En la bolsa.

–¿No debería estar en el cuarto de baño junto al mío?

–Pobre cepillo de dientes… ¿está solo?

–Su sitio está ahí, Erin.

Le besó la mano. Ella se levantó y él también. Dieron unos pasos indecisos y se encontraron el uno en brazos del otro besándose anhelantemente. Tenían las caderas pegadas, la respiración entrecortada y a Erin el corazón le latía lenta y sordamente.

–¿Cómo lo hacemos, Erin? –preguntó Alec con una voz muy débil mientras le besaba la oreja–. Quiero poner unos cimientos sólidos, que sea mágico.

–Lo será.

–¿Debo tomarte en brazos y llevarte al dormitorio?

Antes de que pudiera responder, la había levantado con un brazo debajo de los muslos mientras le pasaba la otra mano por el pecho. Ella se rio y escondió la cara en el cuello de Alec.

Él volvió a dejarla en el suelo cuando entraron en el bien ordenado y masculino dormitorio. Se quedaron en medio de la habitación en silencio y con ciertas dudas. Todo estaba tranquilo.

No había nada que pudiera distraerlos.

Él se inclinó para besarla. Recorrió todo el rostro de Erin con los labios y se detuvo en la boca para disfrutar de ella con la lengua mientras bajaba las manos hasta llegar a los pechos. Le pasó los dedos por los pezones y estos se endurecieron al instante.

Él se inclinó más, abrió la boca y se introdujo las ansiosas cimas a través de la tela. Primero una y después la otra, respirando sobre ellas para calentarlas. Luego jadeó y le levantó la camiseta. Le rodeó los pechos con las manos sobre el encaje del sujetador, pero no era suficiente. Para ninguno de los dos.

–Déjame… –empezó a decir ella.

–No, por favor. Déjame a mí.

Le pasó las manos por detrás y le soltó el cierre. La acarició mientras ella se quitaba el sujetador como podía.

–¿Cómo he podido esperar tanto? –él restregaba las manos sobre los pechos de ella, que se estremecía y se inclinaba hacia atrás.

–No lo sé –jadeó ella–. No sé cómo puedo seguir viva…

–Todavía no sabes lo que es estar viva, Erin Gray.

La ronca amenaza hizo que Erin sintiera una aguda punzada de deseo y que le quitara la camisa. Nunca lo había visto desnudo. Nunca había estado tan cerca de él. Una vez lo vio en traje de baño. Fue en la piscina cubierta de unos vecinos. El traje de baño, azul marino, se le pegaba a los muslos y las caderas y la visión la persiguió durante meses. El contacto de la piel bajo sus manos era mágica y casi dolorosa.

–¿Tienes frío?

–No.

Ella sabía por qué se lo había preguntado. Seguía acariciándole los pechos, que estaban firmes y duros.

–Entonces, no nos preocuparemos de las sábanas.

Pero pasó un buen rato hasta que llegaron a las sábanas. A Alec le gustaba mucho ese equilibrio entre la ansiedad apremiante y la sensualidad de tomárselo con calma y gozar de cada segundo. Sabía que Erin lo deseaba. No había duda; irradiaba deseo. El sudor le humedecía la separación entre los pechos y tenía los ojos tan abiertos y oscuros que podría haberse ahogado en ellos.

Había cierta pureza en ella, una franqueza radiante. Lo había notado desde el principio. No podía entender cómo había tardado

tanto en distinguir lo que lo atraía de ella y lo que significaba realmente su reacción.

Kate nunca había hecho el amor así.

Él se estremeció. Erin le estaba soltando el cinturón con dedos temblorosos aunque diestros. Parecía como si sollozara.

–Maldita sea, Alec –dijo mientras conseguía bajarle los pantalones–. Te deseo. Deseo esto.

–Lo sé –la voz le salió áspera.

Tomó aire y la atrajo hacia él. Estaba casi fuera de sí y también notaba la creciente necesidad de ella. Se aferraron el uno al otro sin atreverse a moverse, hasta que se arrastraron a la cama. Ella no tenía frío. Él tampoco. No necesitaban las sábanas. Fue maravilloso cuando por fin estuvieron juntos. Ella se tumbó con la cara tapada por el pelo y con un brazo sobre los ojos, como si se sintiera demasiado desnuda.

Lo rodeó con las piernas y él pensó que debía contenerse, pero no lo hizo. Erin se encontraba con él sobre la misma cumbre de energía ardiente, turbadora y arrebatadora y lo reclamaba con frases inconexas, que él entendía.

–Sí. Sí, mi amor –decía él.

Luego, ya no pudo decir nada más.

Erin le recostó la cabeza sobre los pechos. Estaba tumbado de lado con una pierna cruzada sobre ella. Le rellenaba los brazos como le había rellenado otra parte más íntima unos minutos antes.

Ella le dio un leve mordisco en el hombro, como un gatito o un niño sin dientes, y él se volvió ligeramente para besarle el mentón.

«Somos el uno del otro», pensó Erin. Él le pertenecía. La magia de ese momento era solo de ellos.

Había estado otras veces en esa misma situación, tumbada en una cama junto a un hombre. No muchas veces. Sin embargo, ninguna había tenido ni la mitad de esa comunión.

«Alec, mi cuerpo y el suyo. Dos cuerpos tan cercanos como pueden llegar a estar…»

Unos momentos más tarde, sin necesidad de decir nada, él se durmió y ella hizo lo mismo, profundamente satisfecha.

Después del sueño se despertaron lentamente. Parecía lo más natural encontrarse juntos debajo de las sábanas y el esponjoso edredón. Hicieron el amor de forma más cariñosa, más tranquila,

incluso más mágica. No volvieron a despertarse hasta el amanecer, cuando William gritó y Alec lo llevó a la cama.

–Ahora dormirá un poco más. ¿Te importa? Si te importa podemos romper la costumbre. Algunos libros sobre el cuidado de los hijos dicen que nunca debes meterlos en tu cama. ¡He decidido que odio los libros sobre el cuidado de los hijos! –sonrió–. En cambio, me encanta cuando se despierta sobre las siete, abre los ojos, sonríe y dice: «¡Papá!». Y luego, por algún motivo: «Nariz».

–Es maravilloso, Alec –dijo ella–. Es tan dulce y cariñoso…

Además, era demasiado pequeño como para hacer preguntas sobre la presencia de una mujer en la cama de su padre cubierta tan solo por un camisón. Como Alec se había puesto un pijama de franela rojo en algún momento de la noche, todo era de los más respetable, si bien no podía decir lo mismo de lo sucedido hacía un rato.

Erin temblaba de deseo al recordarlo y durante unos instantes deseó poder volver a los brazos de Alec. La cama estaba caliente por la pasión compartida, pero ella dejó a un lado sus necesidades físicas y gozó de la sensación, de la creencia, de la esperanza, de la posibilidad de ser una familia.

–¿Dónde está mi nariz, William?

Durante los días siguientes, se hizo más profunda la sensación de familia. Alguna ropa y otras pertenencias se unieron a los cepillos de dientes en casa de Alec. Alison mantuvo una discreción digna de elogio y no hubo ninguna fricción sobre ese punto.

Erin solo fue a su casa una de las cuatro noches. En teoría era para dormir algo, porque apenas dormía cuando estaba en casa de Alec. Hacían el amor, comían chocolate, charlaban un rato y volvían a hacer el amor hasta bien entrada la noche. Sin embargo, el sábado por la noche, en su cama, se sentía inquieta y dominada por sensaciones revividas. Habría sido más fácil dormir junto a Alec.

El domingo, Gordon, un hermano de Erin, y su mujer Rachel los invitaron a los tres a una barbacoa en su casa. También acudieron sus padres, que estaban en la casa de la playa, y acogieron a Alec y William con cariño y sin cumplidos.

William y Archie congeniaron perfectamente y solo tenían una diferencia de seis meses. También estaba Peter, otro hermano de Erin, y su mujer Lisa con sus hijos, que eran algo mayores.

Brillaba el sol, la comida estaba deliciosa y se intercambiaron muchas noticias familiares.

–Me parece que Caitlin está embarazada otra vez –informó la madre–. Ella y Angus vinieron el fin de semana pasado.

–Ninguno me ha dicho nada –comentó Rachel.

Angus era hermano de Rachel y hacía dos años hubo otro intento poco afortunado de intervención fraternal cuando intentó emparejarlo con Erin. La hermana equivocada. Recién llegada de Londres, tenía el corazón entregado a Alec. Angus tampoco mostró ningún interés desde el principio y acabó casándose con Caitlin.

–Bueno, en realidad, a mí tampoco me lo ha dicho –reconoció la madre–, pero parecía débil y Angus la trataba como si fuera de cristal.

–Todos lo haríamos si nos dejara –Rachel suspiró–. Espero que tengas razón. Entiendo perfectamente que no digan nada –bajó la voz–. Erin, tú te llevas un lote entero.

Las dos miraron al otro lado del jardín, donde Alec jugaba en los columpios con William. Ya se le habían curado las rozaduras, le había bajado la hinchazón del labio y los dientes tenían el color adecuado.

–¿Irá todo bien? –continuó Rachel.

–¿Para Caitlin? –preguntó Erin–. Ya sabes que no es muy quisquillosa.

–No me refiero a eso. Hablo de ti. Un hijo cambia la relación hasta cuando es propio. William será tu hijastro y tengo que reconocer que su ex mujer me produce mucha curiosidad. ¿Realmente la encantadora y sofisticada Kate no quiere nada con él?

–Al parecer, no. Está muy centrada en su carrera de actriz. Tiene una película o algo a la vista.

–¿O algo? ¿No sabes los detalles?

–No hablamos mucho de Kate.

–Ah…

–Tenemos mejores cosas de que hablar, Rachel.

–Me lo imagino, pero esa Kate me pone nerviosa.

–Es la madre de William. Está implicada en todo esto e intento con todas mis fuerzas no…

–Rachel está de tu lado, Erin –Gordon acercó la silla.

–Ya lo sé –dijo Erin a su cuñada mientras le ponía la mano en el brazo–. Te lo agradezco. Me imagino que estoy un poco a la defensiva.

–¿Los nervios previos a la boda?

–Algo así.

Fue la única nota discordante durante toda la velada. Se quedaron hasta bastante tarde vagueando en el porche rodeados de acacias y eucaliptos. William no echó la siesta. Estaba agotado y ella y Alec habían supuesto que se dormiría durante el viaje de vuelta, pero no lo hizo. Cantó con ellos, dijo algunas frases incomprensibles a los coches y tenía las mejillas bastante sonrosadas.

–Aunque le he puesto crema y un sombrero –dijo Alec.

–¿Tendrá fiebre? –sugirió Erin.

Cuando llegaron a casa, se confirmó esa posibilidad.

–Nada preocupante –concluyó Erin–. Le daré algo suave para bajarla.

William se quedó dormido al cabo de una hora, a las cinco, y durmió de un tirón hasta las siete de la mañana siguiente. Se despertó con varicela.

Eran tres ampollas rosas en la zona húmeda cercana a la ingle. Erin las vio cuando le cambió los pañales; una tarea que hacia con bastante destreza después de tres o cuatro intentos desde el miércoles.

–No es tu semana, ¿verdad pequeñajo?

Llamó a Alec, que estaba saliendo de la ducha.

–Ya no tiene fiebre –señaló él.

–No. La verdad es que parece muy contento.

–Suelen estarlo, a no ser que sea algo grave. Esperemos que no lo sea. Deben de haberle contagiado en el grupo recreativo.

–Tendrá marcas en la boda, aunque le demos baños de avena para aliviarle los picores.

–No te preocupes.

–Tengo el día libre. ¿Quieres que llame a Alison para que no venga y me ocupo yo de él?

Él la miró fijamente.

–¿Te gustaría? No quería… No sabía si tú…

No era el mejor escenario para una conversación tan importante. William estaba en su cambiador encima de la lavadora y se movía con impaciencia.

«¿Vais a vestirme o no?», parecía decir. «¿Qué es todo este jaleo? Yo no he notado ninguna ampolla».

–Si yo querría involucrarme tanto… –dijo Erin como final de la frase de Alec–. ¿Es lo que querías decir? Por favor, cuando pienses algo así, dímelo.

–¿Sí? –parecía dudarlo, como si le pareciera más varonil callarse las preocupaciones.

–No puedo trabajar a oscuras. Estoy involucrada, Alec. Para este niño soy lo más parecido a una madre que tiene a su alcance. Empezó con el asunto del cepillo de dientes y… y…

–Ya –dijo él delicadamente–. Fue mejor de lo que me esperaba. Hacer el amor tan maravillosamente y después despertarme y encontrarme con William y contigo…

–Y después de la boda, dentro de veintiséis días, se llega a un grado completamente nuevo –continuó ella–. Tú sigues intentando que yo lo asimile gradualmente, pero yo no puedo, ¿de acuerdo? Tengo que meterme hasta el fondo, como lo hice cuando me enamoré de ti.

Esa confesión lo atrapó por un instante, como la espina de una zarza que se engancha en el calcetín.

–¿Lo hiciste? ¿Hasta el fondo?

–¡Vamos! Ya lo sabes, solo necesité dos días.

–Cuando lo pienso, me doy cuenta de que a mí me pasó lo mismo, pero que me negué a darme cuenta.

Se sonrieron el uno al otro como dos adolescentes y se tomaron de la mano sobre los muslos de Erin. Se sentía abrumada por su proximidad, como siempre. Un breve y ardiente beso hizo que se estremeciera.

–¿Te pasa lo mismo con William? –insistió él mientras seguía buscando su cara.

–Va a pasarme. Quiero que me pase. La forma más rápida de conseguirlo es estando con él, ocupándome de él, haciendo lo que hacen las madres. Permítemelo, Alec, no me reprimas. ¿Qué sentido

tiene? Ya no está Kate. Me necesita. Yo lo quiero. Quiero ser su madre.

Cuando terminó tenía los ojos inundados de lágrimas.

–¡Dios mío! ¿De verdad? –él tenía la respiración entrecortada.

Ella asintió con la cabeza y cerró los ojos sin poder hablar. Era consciente de que William podía caerse de la lavadora, pero Alec lo agarró y lo dejó en el suelo.

–Vete a jugar un rato, William –dijo él.

–No tiene pañales –consiguió decir ella débilmente con los ojos cerrados.

–Da igual. Por el momento, esto es más importante. Tenemos que hablar. ¡Erin!

Era una conversación que podían mantener sin palabras. La abrazó durante un instante que pareció interminable, hasta que ella estuvo impregnada por el olor a recién duchado: una mezcla de jabón, champú y piel limpia cubierta por el indescriptible toque de la camisa secada al sol.

En lo más remoto de su cabeza, oyó a William jugando con los cazos y las sartenes completamente absorto, como siempre. Era un sonido delicioso, alegre y despreocupado, como los trinos de los pájaros o el rumor de un arroyo.

Alec le apoyó la barbilla en la cabeza y le recorrió la espalda con las manos hasta detenerse en la parte superior de los muslos. Puso la mejilla recién afeitada sobre le oreja de Erin y luego apoyó la frente sobre su hombro. Ella le pasó los dedos por el pelo húmedo y limpio sin apenas poder respirar. Le sucedía algo en el corazón. Le ocupaba todo el pecho y no bombeaba sangre, sino amor y deseo.

A veces, seguía sin creerse que tenía el derecho a tocarlo y que su contacto hacía que él reaccionara poderosamente, que cada músculo entrara en tensión.

Al final, él habló.

–Kate… siempre trataba a William como si fuera una carga –dijo con dificultad–. Incluso cuando decía que lo quería. Era como si le reprochara haberlo querido. No sabía… lo que podías llegar a sentir por él. No es tuyo. Te ha caído del cielo. Va en el lote. Intentaba protegerte para que no te resultara un incordio. Tienes razón. No quería agobiarte. Ya me han agobiado bastante a mí en el pasado.

–No importa –es lo único que ella pudo decir, pero fue

suficiente.

Algo había cambiado, se había aclarado para los dos y era positivo.

Durante los tres días siguientes, aparecía una ampolla nueva en la piel de William cada vez que lo miraban. En la cara, el pecho, las ingles, la espalda, los muslos y las orejas. Aparecieron incluso entre los dedos de los pies y la lengua. Daba la sensación de que él no lo había notado y seguía jugando tan contento como siempre.

Le encantaba bañarse y agradecía con entusiasmo las frecuentes visitas a la bañera. Erin había cortado una pierna de unos pantys viejos, la llenaban de avena y la exprimían en cada baño y sobre el cuerpo de William. Eso aliviaba el picor y así reducía el riesgo de infección al rascarse y la posibilidad de que le quedaran cicatrices. El jueves, las ampollas se habían hecho costra y no apareció ninguna nueva, lo que significaba que la enfermedad había remitido.

–Por fin lo ha pasado –dijo Alec a Erin con cierto placer. Estaban en la cama y él la rodeaba con el brazo y le acariciaba los pechos–. Esperemos que no recaiga, a veces ocurre cuando ha sido suave.

–Mmm… me gusta… –lo dijo tan seductora y ambiguamente que se olvidaron de William por un momento y se concentraron en otras cosas.

Durante los días siguientes, volvieron a hablar de los planes de boda y de su futuro en común. Ni Christopher ni Simon podrían asistir, como había supuesto Alec. Mel llegaría el día antes y pensaba quedarse un par de semanas. Aprovecharía para recorrer Australia.

Los padres de Alec tampoco irían. Alec se encerró una noche en su despacho para llamarlos. Salió al cabo de veinte minutos con la cara pálida y la boca fruncida.

–No vienen –fue todo lo que dijo.

Erin no preguntó nada e intentó no tomarse demasiado personalmente la decisión de sus futuros suegros. Los Rostrevor siempre habían sido amables con ella cuando los visitaba con Mel, pero estaba convencida de que en ese momento habían cambiado de actitud. Era una pareja de convicciones muy firmes y la amabilidad podía ser un arma de doble filo.

–Pero es fantástico que Mel pueda venir –dijo Alec.

Había reservado una mesa para veinte personas en un restaurante francés y una habitación para dos en un hotel de lujo cerca del Parlamento. Mel se quedaría con William.

Iría toda la familia directa de Erin y algunos amigos. Rachel le había ayudado a encontrar un vestido de seda color crema que le encantaba.

Su madre ya había hecho una tarta tradicional de fruta. Alec tenía mucho trabajo y ella se ocupó de algunas de las tareas que le correspondían a él. La verdad era que disfrutó con ellas más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Se sentía como flotando en un sueño increíblemente feliz.

La florista le había enseñado montones de fotos de ramos y le sugirió rosas o unas flores de tela color crema con muchos pétalos. Una empresa de comidas a domicilio iba a servir unas bebidas y unos aperitivos en el jardín, que arreglaría especialmente el servicio de jardinería de Alec.

A Erin ya no le importaba renunciar a la iglesia, el velo, el fotógrafo profesional, las invitaciones o la luna de miel en Hawai. Iba encantada a trabajar, se emocionaba cada vez que ayudaba a nacer a un bebé y se derretía cada vez que se cruzaba con Alec.

Casi todo estaba resuelto. Él había comprado una cómoda para el dormitorio porque los muebles de la casa de Erin estaban empotrados. Las escasas noches que ella se quedaba a dormir en su casa, después de un turno de noche, comprobaba que los zapatos que se quería poner ya no estaban allí.

Comprobó lo mismo de un jersey de algodón la mañana del miércoles previo a la boda cuando Alec la llamó por teléfono. Demasiado pronto, la verdad, ya que él sabía que había tenido turno hasta las once de la noche y todavía no eran las ocho de la mañana.

–¿Te pareció que William estaba bien ayer? –fue lo primero que le preguntó él.

Había estado cuidándolo hasta que tuvo que irse a trabajar a media tarde y llegó Alison hasta que volviera Alec.

–Sí, ¿por qué?

–Esta mañana no parece el mismo, nada más. No sé qué puede ser.

–¿Tiene fiebre?

–No, la temperatura es normal. Tampoco parece que esté echando un diente, pero está raro. Se ha caído un par de veces. Algo lo preocupa.

–Voy para allá.

–¿Quieres desayunar? Tengo el día libre.

–Muy bien.

Él había trabajado todo el fin de semana y ella había estado casi todo el tiempo con William. Todavía tenía las marcas rosadas de la varicela, pero iban desapareciendo poco a poco.

–Perdona que te llame tan pronto pero… –se calló un instante y Erin pudo oír llantos y un estrépito–. Otra vez. No sé qué le ocurre. No hace nada. Ahora mismo está sentado en el suelo llorando.

–Voy enseguida.

–Tampoco corras mucho, voy a comprar unos cruasanes.

–No quieres que entre en el vestido el sábado, ¿verdad? –le dijo en broma.

Cuando llegó a casa de Alec, él estaba mucho más tranquilo.

–Parece que ya está bien. Lo que pasa es que tengo deformación profesional –Alec la besó distraídamente y con el ceño fruncido–. Míralo, tan tranquilo escuchando música y mirando un libro. Como un angelito. A lo mejor son los zapatos nuevos. Alison se los compró ayer y los ha estrenado hoy. Ojalá pudieran decirnos lo que les pasa. Quizá añora a Kate de alguna forma…

–Supongo que sería natural –reconoció Erin con un movimiento brusco de cabeza.

Sin embargo, no era eso. Le pasaba algo.

No lo comprobaron ese día. William estuvo bastante silencioso durante la mañana y en ocasiones parecía preocupado, sobre todo cuando hacía algo. Le quitaron los zapatos nuevos y le dejaron en el suelo jugando feliz con unas construcciones.

–Perfecto, eran los zapatos –decidió Alec–. Demasiado rígidos.

Miró si tenía ampollas en los pies, pero no tenía ninguna. William comió y se acostó para la siesta. Erin se fue a trabajar.

–¿Vendrás esta noche? –le preguntó Alec.

–Llegaré tarde.

–No te preocupes.

Se acostó a las doce menos cuarto junto a él, que ya estaba desnudo aunque somnoliento.

–¿Qué tal está William? –preguntó ella.

–Dormido. Parece que está bien. Mañana lo llevaré al médico.

–¿Aunque te parezca que está bien? Alec, tú eres el médico.

–En este caso, no. Soy su padre. Voy a ver si David Kamm, del departamento de Neurología del hospital, puede hacerme el favor de verlo sin pedirle hora.

–¿Qué temes? –preguntó ella apoyada en un codo y presa de un repentino miedo.

–Ya sabes, lo peor –dijo él–. Me temo que solo necesito que me tranquilicen. Está bien, seguro. Solo ha pasado un mal día.

–Yo te tranquilizaré, Alec…

–¿Por el método habitual?

–A lo mejor por el método menos habitual…

–Suena bien.

A juzgar por los resultados le gustó más sentirlo que oírlo.

Sin embargo, por la mañana, la situación de William no era una cuestión de tranquilidad. No podía andar. Cuando ingresó en el hospital no podía mover los brazos y al final del día necesitaba respiración asistida.

Por lo menos les dieron un diagnóstico provisional: polineuritis postinfecciosa o síndrome de Guillain–Barré. A las diez y media de la mañana estaban en el despacho del doctor Kamm y lo oyeron juntos.

El sol entraba por las ventanas del edificio de consultas que estaba separado del hospital por un aparcamiento donde ya se cocían los coches. Alec se inclinó, con los hombros hundidos y los antebrazos sobre los muslos.

El neurólogo giraba de vez un cuando en la silla y jugueteaba con un bolígrafo.

–No es frecuente en un niño de su edad –les dijo el doctor Kamm–. En realidad, es bastante raro, pero puede ocurrir después de una enfermedad respiratoria o una varicela, como es el caso. No tenemos un diagnóstico definitivo, pero todo apunta en ese sentido. Yo estoy casi seguro

Alec se tapó los ojos un instante y luego separó las manos.

–Dime, David. ¿Cuales son las estadísticas?

–El setenta y cinco por ciento de los niños se recupera completamente.

–¿El resto?

Silencio.

–Dímelo claramente, David.

–¿En porcentajes?

–Sí.

–Entre el diez y el quince por ciento tendrán repercusiones neurológicas, algunas graves. Algunos tendrán secuelas menores y entre el cinco y el siete por ciento mueren.

Alec ya lo sabía. Erin pudo comprobarlo en su rostro y en el desolador gesto que hizo con la cabeza. Ella no lo sabía. Seguramente lo sabía como una vaga abstracción, pero no sabía las cifras. La información que les había dado el doctor Kamm la atravesó como una flecha.

Entre el cinco y el siete por ciento. Un niño de cada veinte.

William no, ¡seguro que no! Estaba en tratamiento y su vida no podía correr peligro.

¿Cómo podría soportarlo Alec? ¿Cómo podría soportarlo ella por Alec y por sí misma?

Hasta ese momento no se había dado cuenta del empeño que había puesto en ser la madre de William. Le había cambiado de pañales por lo menos tres docenas de veces en cuatro semanas; le habría dado cerca de un centenar de cucharadas de comida; había jugado al escondite; había troceado fruta; le había leído cuentos; había construido edificios con piezas de madera; había comprado toallitas húmedas y calcetines; le habían mojado con el agua del baño y con lágrimas.

Lo había hecho todo con tantas ganas, con tanta esperanza en su futuro como madrastra de William y mujer de Alec que estaba atrapada. Amaba a William y, en ese momento, el amor le suponía dolor.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó Alec–. ¡Maldita sea! Debería saberlo. No es mi especialidad, pero ¿han cambiado tanto las cosas desde que abrí un libro de pediatría?

–Desde luego –dijo David Kamm–. Cada día avanzamos, aunque los fundamentos son los mismos. Tiene un goteo de gammaglobulina para ayudar a que su sistema inmunológico pueda combatirlo rápida y eficazmente. Comprobamos su estado neurológico exhaustivamente y con mucha frecuencia. Evaluamos

su fuerza y su capacidad de movimiento. Comprobamos la actividad de su nervio craneal. Le asistimos la respiración. Controlamos su sistema cardiovascular para prevenir arritmias e hipotensión. Es decir, latidos del corazón descompasados y una presión de la sangre baja –dijo para que lo entendiera Erin.

–Es enfermera –intervino Alec–. No es su madre –añadió bruscamente.

–¿No es la madre de William? –dijo el doctor Kamm con un movimiento de la cabeza.

–No. Ella está en Londres. Estamos divorciados –Alec fue conciso–. Tengo que telefonearla. ¿Qué más?

No miró a Erin. Quizá su cara no reflejara lo que sentía. Él no había tenido la intención de darle ese golpe. En realidad, no era un golpe, era la verdad. No era la madre de William. Eso no cambiaba su relación con Alec, ¿no?

Se sacudió la sensación de desolación e incertidumbre que le habían producido las palabras de Alec. No podía permitir que fueran importantes en ese momento.

–Cuando supere la enfermedad, necesitará fisioterapia –decía el doctor Kamm– y habrá que practicársela con mucho cuidado porque algunos niños se hacen muy sensibles al contacto y los movimientos. Tendrá que volver a aprender a andar.

Alec asintió con la cabeza y Erin pensó en la sensación de felicidad que transmitía William cuando corría por el parque. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a hacerlo? Erin apenas podía respirar.

–Necesitará cuidado en la piel para evitar que se le produzcan llagas y también necesitará mucho apoyo, Alec.

–No hace falta que me lo digas.

–No, pero te lo digo en cualquier caso. No podemos medicarle contra el dolor porque cualquier cosa que le inhibiera la respiración o la recuperación del sistema inmunológico sería desastrosa. Necesitará toda la ayuda que puedas darle. Y su madre, si es posible.

Erin sabía que más adelante habría más preguntas sobre la situación familiar.

El doctor Kamm la miró.

–De cualquiera que tenga trato con él –rectificó–. Me ocuparé de

que tenga constantemente personal asignado a él para poder apreciar los cambios que se vayan produciendo. Estaremos en contacto, Alec, no te preocupes.

–Quiero volver a verlo –dijo Alec con un tenso hilo de voz.

–Claro. Te acompañaré y hablaremos un poco más por el camino si te apetece –el doctor Kamm se levantó y Alec y Erin le siguieron.

–¿Cuándo crees que se estabilizará? –preguntó Alec.

–Solo podemos esperar.

Abrió la puerta y los acompañó fuera del despacho hasta la recepción y la sala de espera. Olía a moqueta nueva.

–Ha sido un ataque rápido –siguió diciendo David–, lo cual es bueno. Normalmente significa que se estabilizará pronto y que remitirá antes.

–¿Qué es pronto? –preguntó Erin.

Tuvo que hacer un esfuerzo para superar la sensación de que no tenía derecho a hacer preguntas. No era su madre. Lo había dicho el propio Alec.

Tomaron el ascensor y bajaron un piso.

–Puede empezar a recuperarse dentro de una semana o dos y a partir de ese momento, la mejoría es notable de un día para otro. Espero que se estabilice dentro de los próximos días. Seguramente haya señales antes de veinticuatro horas.

–Es tan pequeño… –a Erin se le quebró la voz.

Estaban cruzando el aparcamiento. Corría una brisa fría. No hacía el calor que parecía desde el despacho del doctor Kamm.

–No os pongáis en lo peor –les instó el neurólogo–. Es preocupante, pero un niño tan pequeño es muy adaptable y lo rechazará.

El setenta y cinco por ciento de las veces.

Nadie lo mencionó.

Llegaron al edificio principal y subieron a la Unidad de Cuidados Intensivos del servicio de Pediatría, donde una enfermera especializada acababa de evaluar la capacidad respiratoria de William. El nivel de los gases en la sangre estaba empeorando. El nivel de dióxido de carbono subía y el de oxígeno bajaba.

–Le pondremos respiración asistida. Evitaremos la intubación mientras podamos. Por el momento bastará con una mascarilla. Vuelva a examinarlo. Si tiene dificultades al toser o tragar… ¿Habla

mucho, Alec?

–Muchas palabras y algunas frases de dos palabras.

–¿Te darías cuenta si empieza a decir mal las palabras?

–Creo que sí.

El neurólogo asintió con la cabeza.

–Tengo que irme, pero volveré mas tarde.

Tomó la ficha de William, volvió a ojear las cifras y las notas, le dio una palmada a Alec y salió.

William parecía muy pequeño dentro de la cama. Su aspecto externo no era malo, pero no dejó de mirar a su padre durante la hora siguiente y Alec no consiguió que hablara a pesar de que no paró de cantarle y contarle historias. Cuando le trajeron la comida, Alec se la dio en pequeñas cucharadas y lo examinó cada vez que tragaba.

Martha Johansen, la enfermera, no paró de trabajar. Cuando terminaba de evaluar y anotar todas las funciones e indicadores, volvía a empezar desde el principio. Era una mujer de unos cuarenta años con grandes huesos y algunas canas en el pelo oscuro. Su rostro era muy normal, pero tenía una voz muy musical y una sonrisa maravillosa.

–Muy bien chiquitín, tengo que ponerte otra vez esta cosa en el brazo. No te duele, ¿verdad? Te hace cosquillas y luego lo notas que se clava.

Erin habría comprendido lo que estaba haciendo si hubiera prestado atención, pero no lo hacía. No podía. Estaba concentrada en William y Alec y también intentaba, vagamente, llegar a conocer a Martha.

¿Confiaba en ella? ¿No lo hacía? ¿Hacía lo que tenía que hacer? ¿Se ocupaba de William?

Al final, cerca de la una, William se quedó dormido con la mascarilla puesta.

–Tienes que comer, Alec –le dijo Erin con delicadeza–. Los dos tenemos que comer.

–¿Cómo? Ah… No, yo… –parpadeó.

–Aprovecha –le sugirió ella–. No querrás dejarlo cuando se despierte otra vez.

–No tengo hambre.

–Pero tienes que comer –Erin podía notar que Alec se estaba

irritando, pero insistió–. ¿Qué pasaría si tú cayeras enfermo? Tienes que cuidarte, esto puede durar semanas.

–De acuerdo. Tienes razón.

No se disculpó, pero daba igual. La tomó de la mano por un instante y luego se tapó la cara.

–Pero primero tengo que conseguir un permiso. Hasta finales de la semana que viene, si puede ser. No voy a dejarlo solo ni un minuto mientras él esté despierto. No entenderá nada. ¡Dios mío! –sollozó sin lágrimas–. Para él tiene que ser aterrador.

–Yo también estoy. Puedo acompañarlo. Alison…

–Sí, pero yo soy su padre. ¿Qué hora es en Londres?

Las dos frases, una después de la otra, fueron como dardos con punta de hielo para Erin, pero ella no lo demostró. Hizo el cálculo. Tenía una imperiosa necesidad de ayudar.

–Las cuatro y media de la mañana –dijo.

–Me da igual. Voy a llamar.

A Kate.

–Claro. Debes hacerlo –asintió Erin.

–¿Nos vemos en la cafetería? –propuso él–. Pídeme algo, lo que sea. Una sopa o algo así.

–Algo más, Alec.

Él hizo un gesto con la mano.

–Me da igual. ¿Dónde hay un teléfono?

Salió sin decir nada más y sin esperar a que le dijera dónde podía encontrar un teléfono.

Erin se dejó caer en la butaca que había junto a la cama de William y lo miró durante unos minutos. Parecía tan diminuto y tan inmóvil…

–Complicado –dijo Martha para romper el silencio.

Erin se agitó.

–Ah… Sí –sabía que el personal médico y auxiliar tenía que conocer la situación–. Alec está divorciado. Alec y yo estamos… –dudó–. Prometidos. Kate es su ex mujer, la madre de William. Vive en Londres. Es Kate Gilchrist, la actriz. Quizá la haya visto recientemente en… ¿Cómo se llama? Me ha quedado en blanco. Una película de un viaje…

–Lo siento, yo… –Martha sonrió y sacudió la cabeza como disculpándose.

–No importa –¡desde luego que no importaba!–. Tiene un papel secundario. Al parecer es buena.

Rachel había visto la película y se lo había contado. Alec no lo había mencionado y ella tampoco había propuesto ir a verla.

–¿Va a venir?

–No lo sé.

–Seguramente…

–Sí. Claro que vendrá.

Silencio.

–Vaya a comer –le recordó amablemente.

Erin se levantó y fue a la cafetería. Se hizo con dos menús calientes y enormes; como si estuviesen en una dieta para ganar peso. No quería empezar hasta que llegara Alec y tapó la comida con unos platos. Sabía que se comportaba incoherentemente, pero no podía evitarlo.

Él llegó después de quince minutos.

–Tengo el permiso y ella va a venir.

Parecía nervioso y aliviado a la vez. La tomó un instante de las manos y luego la soltó. Estaban heladas.

–Brian se ha portado muy bien. Se organizarán para suplirme. Ling Farrow dice que no le importa hacer más horas –tenía la mirada distante y vidriosa–. Kate dejará un mensaje en el contestador con los datos del vuelo.

Se calló y se sentó mientras Erin levantaba las tapas de los platos.

–Cubiertos. Tazas. Té –dijo ella maquinalmente mientras lo distribuía.

–¿Qué es todo esto?

–Comida.

–Para un caballo.

–No, los caballos comen hierba –replicó ella.

–No puedo comerme todo esto –lo dijo con un tono seco e impaciente.

–Yo tampoco. ¿Crees que yo tengo hambre? ¡Por Dios, Alec! –se le quebró la voz–. No pretendo torturarte con la comida por placer.

–Erin… Erin… –la tomó de la mano con fuerza–. Perdóname. Empecemos de nuevo. Gracias por la comida. Haré lo que pueda.

–Perdóname tú también –dijo ella–. No me apetece ver a Kate –

confesó bruscamente–. No sé… dónde encaja ella. Dónde encajo yo y cómo lo llevaré.

Se sintió fatal al decirlo. Sus temores se habían hecho más reales.

–Nos apañaremos –afirmó él automáticamente.

Ella tuvo la sensación de que él no había captado el significado de lo que ella había dicho. Tampoco había sido el momento más adecuado para decirlo. Pero él se levantó, estiró el cuerpo por encima de la mesa y la besó. Separó lentamente los labios, le introdujo ligeramente la lengua y se separó. Mientras él volvía a sentarse, ella pudo comprobar que había metido la punta del faldón de la camisa en la sopa, pero era algo que no tenía importancia.

Se miraron con impotencia, empezaron a tomar la sopa y se detuvieron otra vez.

Él dijo las palabras que ella había esperado oír desde hacía unas cuatro horas.

–Habrá que cancelar la boda.

Capítulo 5

Erin asintió con la cabeza.

–Lo sé.

Él no añadió nada más. Ni disculpas ni explicaciones. Ni siquiera dijo algo sobre buscar otra fecha cuando tuvieran tiempo de pensar en ello. Ella no lo había esperado y entendía perfectamente cómo se sentía él, por lo que tampoco le dio mayor importancia. Naturalmente, volverían a programarlo cuando pudieran pensar en ello.

–En estos momentos, Mel estará en el avión –dijo ella.

–¿De verdad? Tienes razón.

–Mi turno empieza a las tres. Tengo tiempo de pasar por casa de Rachel y pedirle que telefonee a todo el mundo. Al hotel. Al servicio de comidas. A la familia, claro.

–¿Cómo va a saber los números?

–Tengo esta libreta. Bueno… verás… hace un par de semanas compré una revista de bodas, bueno, tres para ser más exactos, y decía que era una buena idea…

Se detuvo. Le pareció muy frívolo explicárselo, además, nunca le había dicho nada de las revistas. Seguían encima de la mesa de la cocina de su casa. Era algo de lo que se sentía ligeramente culpable, sobre todo por haber hecho caso del consejo sobre la libreta.

Las revistas de bodas eran para mujeres que planeaban sus bodas con meses de antelación y por todo lo alto, como Kate.

En cualquier caso, lo cierto era que tenía la libreta con los números de teléfono. Dadas las circunstancias, había sido una buena suerte, sobre todo cuando pasaban por un momento en el que la suerte no se prodigaba.

Alec no le había preguntado nada sobre la libreta. Comía un plato de pollo con arroz y daba sorbos de té de vez en cuando. Volvería con William en cuanto terminara. Era como si se hubiese encerrado en sí mismo. Ella no sabía lo que estaba pensando; seguramente, estaría dándole vueltas a lo mismo una y otra vez,

como los ratones en las ruedas fijas de las jaulas.

Erin comió lo que pudo y los dos dejaron los tenedores a la vez.

–Puedo tomarme un descanso durante el turno –dijo ella mientras se levantaba–. Iré…

–Sí. Pásate. ¡Por favor!

Tomó las manos de ella entre las suyas y juntaron las mejillas. Él la tenía caliente y áspera y ella deseó cubrirlo de besos.

–¿Dónde va a quedarse Kate? –soltó ella.

Él parpadeó e hizo un gesto. Como si fuese algo demasiado difícil de plantearse y mucho más de resolver.

–Luego lo veremos. En un hotel o lo que sea –hizo un gesto con la mano como si fuese una mosca molesta–. Será mejor que te vayas si quieres encontrar a Rachel.

–Mmm…

Él se marchó sin llevarse la bandeja. Ella lo hizo por él. Otra tarea innecesaria. Se suponía que cada uno debía llevarse su bandeja, pero si no lo hacías, el personal se encargaba de ello.

Una vez en su casa, Erin se puso el uniforme y se guardó la libreta en el bolsillo. Salió a los cinco minutos.

Rachel estaba quitando malas hierbas en el jardín mientras Archie dormía la siesta.

–¡Hola! –dijo animadamente–. ¿Tienes tiempo para tomarte una taza de té?

Erin respondió con un sollozo y un abrazo.

–Entro a trabajar dentro de diez minutos.

–¿Qué te pasa?

–William… tiene el síndrome de Guillain–Barré y…

–¿Qué es eso?

–Es un… es como si… –sacudió las manos y tragó saliva–. Tiene que sobrevivir. No puede morir. Pero no se ha estabilizado todavía. Eso es lo más importante, el momento en el que se estabilice… Kate está en camino. Tenemos que cancelar la boda. Toma la libreta. ¿Podrías llamarlos y decirles…?

–¡Erin!

–No puedo. No puedo hablar de ello. No quiero preguntas ni opiniones, Rachel.

–No. No, claro –dijo su cuñada–. No te preocupes. Yo me ocuparé de todo. Dame noticias cuando puedas.

Erin asintió con la cabeza, se montó en el coche, dio la vuelta a la esquina y se tuvo que detener para poder tranquilizarse y seguir conduciendo.

A las cuatro de esa tarde entubaron a William y le pusieron respiración asistida. Erin no estaba, pero Alec se lo contó cuando pudo subir a verlo durante la hora de la comida. Ella sabía que había tenido que ser un momento muy difícil para él.

Alec parecía agotado, como si no hubiera dormido en toda la noche, y ella no sabía cómo podía conseguir que se cuidara un poco. Tenía la sensación de no tener autoridad para insistir o para convencerlo. Tenía una expresión distante que ella no quería desafiar y su amor era demasiado reciente. Era ridículo, llevaba cuatro años amándolo, pero era así: su amor era todavía demasiado reciente.

–¿Cuándo vas a descansar, Alec? –fue todo lo que se atrevió a decir.

Él se encogió de hombros.

Tenía la mano de William entre las suyas. El niño estaba despierto y rodeado de tubos y monitores. No podía hablar ni llorar con el tubo que tenía metido en la garganta. También tenía el goteo en el brazo y permanecía inmóvil. Había perdido hasta su encantadora sonrisa.

–¿Te parece que me quede a pasar la noche? –insistió ella.

–Quiero esperar hasta que se haya estabilizado. David espera que haya algún síntoma esta noche. Ah… –hizo un gesto con la cabeza–. Estabas delante cuando lo dijo.

Ella asintió con la cabeza.

–De acuerdo.

–¿Irás mañana al aeropuerto a buscar a Mel? –preguntó él.

–Me he olvidado de la hora del vuelo.

–Nueve menos cuarto.

–¿Qué compañía?

–No me acuerdo. La información está al lado del teléfono. En el cajón de la mesilla.

–La encontraré.

–¿Vas a quedarte esta noche? –preguntó él.

–Creía que habías dicho…

–En mi casa, quiero decir.

–No había…

–¿Te importaría?, por favor –la miró un momento–. Por si llama Kate.

–Desde luego.

–Entérate de lo del alojamiento. Ofrécele el despacho –volvió a mirar a William.

–El despacho –Erin asintió con la cabeza.

No agobió a Alec preguntándole dónde se quedaría ella. En casa de Alec no, si iba Kate. Volvería a su casa.

Tomó aire entrecortadamente.

–¿Puedo darle un beso, Alec? –preguntó ella.

–¡Claro! –él hizo uno de esos gestos de sorpresa que ella empezaba a reconocer–. Ya puesta, dame un beso a mí también, por favor –añadió.

Se besaron. Dejó en la mejilla de Alec las lágrimas que le empapaban las pestañas. Él debió de notarlas porque se apartó, la miró y le apartó el pelo de la frente.

–No puedo imaginarme qué haría sin ti –dijo él con una voz quebrada por el esfuerzo y algo inexpresiva–. En estos momentos eres la única estrella en mi firmamento. Perdóname… por todo. ¿Podrás?

–No tengo nada que perdonarte, Alec –susurró ella.

Se dio la vuelta, se inclinó y posó los labios en la frente de William.

–Aguanta, cariño –dijo con suavidad.

Alec abrió los ojos y se estiró en un vano intento de desentumecer los músculos. Le ardían las vértebras del cuello, le dolía el músculo del cuello y se le había dormido una pierna.

¿Qué hora era? Miró el reloj de la mesilla y vio que eran las dos menos veinticinco. Se había dormido sin querer. Unos veinte minutos. Lo suficiente para producirle ese malestar, pero insuficiente para descansar.

Por el rabillo del ojo vio a Barbara O'Shaunessy, la enfermera de noche, que iba de puntillas para hacer las comprobaciones rutinarias. Se irguió presa del terror. ¿Cómo era posible que la hubiera dominado el sueño?

–¿Qué tal está? –le salió una voz áspera. Se aclaró la garganta–. ¿Cómo va todo?

Se levantó. No le importó ponerse en medio del camino de la bien proporcionada Barbara. Ella sabía apañarse. Quería ver cómo estaba. Ella se apartó un poco para dejarle sitio y siguió pacientemente con su trabajo.

Presión sanguínea, temperatura y pulso. Ritmo cardiaco. Saturación de oxígeno. Reflejos. Producción de orina.

–Sin cambios… no ha empeorado… durante las dos últimas horas, doctor Rostrevor.

–Muy bien. Perfecto.

Aliviado, volvió a sentarse en la butaca y agarró la fláccida mano de William. Este abrió los somnolientos ojos y lo miró fijamente desde su pequeño cuerpo inmóvil.

–No pasa nada, William. Papá está aquí –susurró él–. Duérmete otra vez.

Volvió a cerrar los ojos.

Alec notó una mano suave y conocida sobre el hombro.

–¿Se ha despertado?

Alec se dio la vuelta.

–Erin, creía que te habías ido a casa.

–Desde luego que no –dijo ella con una sonrisa–. Lo justo para hacer un té. He venido a preguntarte si querías un poco.

–He bebido unos cinco litros esta noche –contestó él–, pero está bien, dame un poco más.

Ella asintió con la cabeza y se dio la vuelta. Él estuvo a punto de llamarla otra vez; tenía la sensación de haber sido demasiado brusco con ella y que no le había agradecido lo suficiente las atenciones. Lo sentía en su interior como un ardiente horno y el corazón le palpitaba de una forma extraña por el amor de ella. Ella no sabía en lo que se estaba metiendo. ¡No tenía ni idea!

No era la primera vez que lo pensaba, pero cada vez estaba más convencido. Detestaba la idea de ser él quien la estaba arrastrando hacia eso, de ser tan avaricioso del apoyo que ella podía proporcionarle.

Unos minutos más tarde, Erin volvió con una taza grande y gruesa. Como a él le gustaba, un poco fuerte y con una gota de leche. Siempre acertaba.

Ella se sentó en otra butaca un poco más alejada de William y bebió su taza de té en silencio. Le sonrió y él respondió. No podía hablar, no sabía qué decir.

Gracias. Te quiero. Perdóname. Déjame.

Alec se volvió hacia William con la esperanza de que ella no se diera cuenta de los pensamientos tan contradictorios que le provocaba.

¿Ir hasta allí para recuperarla no habría sido un acto de egoísmo?

Superficialmente, no lo parecía. Él era quien lo había dejado todo. Eso era un signo de amor, no de egoísmo. La propia Erin lo consideraba así. Caitlin, su hermana, tenía razón.

Hacía meses, cuando hablaron por teléfono, ella insistió.

–Erin necesita ver que hablas en serio. No quiere palabras, quiere hechos. No vengas un par de semanas y esperes que se vuelva contigo. Si la amas, ven a vivir aquí. Establécete antes de ponerte en contacto con ella, de forma que no pueda mandarte de vuelta aunque quiera hacerlo.

La idea le pareció enormemente atractiva. Lo que más le gustó de Erin desde el principio, incluso antes de saberlo, fue el aura de sol y espacios abiertos que llevaba con ella. Lo contrario de la educación y la envarada elegancia de Kate.

Erin no tenía que practicar el cariño o aprender la pasión. Le salían de forma instintiva. No se reprimía, siempre estaba deseando reír, amar y entregarse. Quizá de eso fuera de lo que Caitlin había intentado proteger a su hermana mayor. De la tendencia a entregarse incluso antes de que se lo pidieran.

Caitlin quería que los sacrificios vinieran de ambas partes.

En realidad, la decisión de irse a vivir allí no había sido un sacrificio. Le gustó Australia desde el momento en que puso un pie allí y seguía gustándole. Le gustaba la sinceridad de la mayoría de la gente, su franco buen humor y su falta de pretensiones. Le gustaba el tiempo fresco y soleado de Canberra. Le gustaban los cielos azules y los complicados vuelos de los pájaros sobre los árboles. Le gustaban las afiladas hojas de los eucaliptos colgando en el aire y los troncos pálidos contra el cielo.

Sentía una libertad que no había sentido en Inglaterra. Se había liberado de las ataduras de la tradición y la familia y de la

abrumadora insistencia de sus padres en recordarle cuánto los había decepcionado. La breve y ridícula incursión en el mundillo artístico que todavía le recordaban con tono de disgusto y de bochorno y, en ese momento, su estupidez al preferir a una simple enfermera australiana a la perfecta Kate…

¡Por Dios!, había sido maravilloso no tener que volver a tener en cuenta a Kate y saber que estaba en la otra punta del mundo, muy lejos de su vida y de la vida de William, de forma que no tuviera que preocuparse del efecto que tendría su egoísta y errático amor en el corazón del niño.

Dejó escapar un suspiro que contuvo a medias al darse cuenta de la presencia de Erin, que permanecía sentada pacientemente y en silencio, compartiendo su vigilia. Sintió una punzada en el estómago al comprender el trance que iba a tener que pasar ella por su culpa durante las próximas semanas y el que había tenido que pasar desde que se conocieron.

En ese momento, Kate estaría haciendo la maleta y dentro de unas horas saldría hacia el aeropuerto. Ya no estaría en la otra punta del mundo. En el teléfono pareció consternada, como si la hubieran arrancado de la agradable sensación de que todo se había resuelto de la mejor manera.

–¡Dios mío! Yo te lo permití –dijo entre sollozos–. Permití que te lo llevaras por esa chica irrelevante y ahora su vida está en peligro. Y yo no puedo estar con él. ¡Debí de haberme vuelto loca!

«¿Qué he hecho?», pensó él con desolación. «¿Qué le he pedido a Erin que haga? Casarse conmigo. Ser la madre de William cuando ya tiene una madre. ¿Hasta qué punto he pensado en Erin?».

«Me había convencido de que venir hasta aquí era un gesto magnífico de sacrifico y compromiso. Sin embargo, no lo era. La he empujado a los preparativos de la boda sin hacer caso de la decepción que significaba para ella, aunque lo notaba cuando prestaba algo de atención. Ella pensaba que lo disimulaba, pero no podía. Ni siquiera le he dado tiempo de respirar. Ya no hay elección».

Era una conclusión amarga.

Erin tendría tiempo suficiente. Tendría muchas ocasiones para darse cuenta de lo que él le había exigido, de lo que había detrás de las alegres y anhelantes declaraciones de amor. ¿No empezaría a

planteárselo todo de forma completamente distinta?

La sensación de pánico que le produjo la idea le resultó un síntoma de egoísmo y se preguntó si él y Kate no estarían hechos de la misma pasta. Si no se merecerían el uno al otro de una forma perversa.

–Está bien cariño. No pasa nada.

Era la voz de Erin.

Por un momento, Alec pensó que le hablaba a él. Se aclaró la garganta dispuesto a darle las gracias. Hasta que comprendió que se dirigía a William.

Se había despertado y tenía lágrimas en las mejillas. Erin le acariciaba la mano. Se puso a cantar y Alec se inclinó también sobre la cama.

–Estamos aquí –dijo él con la voz ahogada.

Luego dejó que Erin consolara a William, y a él mismo, con una dulce y melodiosa nana.

–¡Erin!

Mel Rostrevor surgió de entre la muchedumbre que había en al aeropuerto de Canberra y se abalanzó en los brazos de Erin. No había cambiado mucho en dos años. Seguía siendo pequeña, vibrante y con el pelo oscuro. Al sonreír se le formaban dos hoyuelos y sus despiertos ojos marrones siempre estaban prestos para la risa y la aventura.

Consideraba ese viaje a Australia y la boda del día siguiente, la cancelada boda del día siguiente, como una aventura. Erin se dio cuenta nada más verla.

–¡Mel, qué alegría verte! –dijo Erin.

–El viaje es mortal… –gruñó Mel.

–Desde luego. Es interminable.

–¡Y hay tanto ruido! ¿Qué tal estoy? Con unas ojeras como si me hubieran dado un puñetazo, ¿no?

–Peor que eso –bromeó Erin.

Erin pensó que Mel no se había dado cuenta de que algo iba mal. ¿Cómo podría decírselo? Era maravilloso poder fingir durante treinta segundos que todo iba sobre ruedas, que al día siguiente se casaría con su hermano y que ellas seguían siendo tan frívolas como

siempre.

Sin embargo, no duró más de treinta segundos. Mel podía ser frívola si se lo proponía, pero también tenía un gran corazón y una mente perceptiva.

–¿Erin? –se había puesto rígida y miraba fijamente a su amiga–. ¿Pasa algo?

–William está enfermo. Kate viene hacia aquí. Hemos cancelado la boda.

Mel se quedó pálida y agarró a Erin del brazo.

–¿Cómo de enfermo?

–Síndrome de Guillain–Barré. Tiene respiración asistida. Por lo menos, ahora están seguros de que sobrevivirá.

–¡Dios mío!

Estaban al pie de la escalera mecánica que llevaba hacia la salida y la sala de equipajes, ajenas al gentío que pasaba a su lado.

Erin había visto a Alec y a William por última vez a las cuatro de la madrugada, cuando terminó su turno. William parecía estable. Era posible que hubiera alcanzado ese punto tan importante. A las dos y media, Erin le había llevado a Alec un poco de sopa, una taza de té y unas galletas. Él se lo tomó todo en silencio y con cierta sumisión. Permanecieron juntos durante una hora y media, cansados, tensos y sin hablar. Él, de vez en cuando, le tomaba la mano y se la apretaba. Pero estuvo casi todo el tiempo con los brazos cruzados sobre el pecho como si no quisiera tocarla, como si se sintiera impotente, inútil. Quizá hubiera preferido estar solo, pero ella prefería pensar que su presencia servía para algo.

Él le dijo varias veces que se fuera a casa. Ella no se movió y él acabó quedándose dormido en la butaca.

Tenía la mejilla apoyada en el hombro, los brazos cruzados sobre el estómago y una pierna doblada y seguramente dormida debajo de él. Ella lo habría cubierto de besos y le habría apartado el mechón de pelo que le caía sobre los ojos, pero temió despertarlo. En cambio, salió de puntillas para buscar una enfermera y pedirle una manta. Se la puso encima, pero le pareció un gesto insignificante.

Ya se habría despertado y se habría encontrado cien años más viejo.

–¿Puedo ir directamente al hospital? –preguntó Mel.

–Si no estás demasiado cansada…

–Claro que no. No podría dormir.

–Es verdad.

La propia Erin no había pasado más de unas escasas y agitadas horas en la cama. Por el momento no podía imaginarse cuándo sería capaz de disfrutar de una noche tranquila.

–Yo quiero volver al hospital también. Luego te instalaras en…

Erin se detuvo. Alec había propuesto que Kate ocupara el despacho y habitación de invitados de su casa. Esa mañana había escuchado un mensaje muy claro de Kate en el contestador automático. Había organizado el viaje y llegaría a Canberra en el mismo vuelo que había tomado Mel. Llegaría a las ocho menos cuarto de la mañana.

–Casa de Alec –terminó Erin al acordarse de que había una cama libre en la habitación de William.

–De acuerdo –dijo Mel que no parecía muy interesada en el asunto del alojamiento.

Ya habían llegado a la sala de equipajes.

–Esta es –dijo Mel mientras agarraba una pequeña maleta.

–Vas ligera de equipaje.

–Con la intención de hacer muchas compras. ¡Aunque ya…!

Erin respondió con un leve sollozo.

–¿Dónde va a alojarse Kate? –preguntó Mel al cabo de un rato.

Iban camino del aparcamiento.

–En casa de Alec. Bueno, se lo va a ofrecer cuando llegue.

–¡Ah, no! En ese caso, yo no me quedo en casa de Alec.

–Mel…

–Mira, si quiero presenciar una actuación estelar, voy al teatro. No me importa si se ofende. No me siento capaz de asistir impasible a la conmovedora actuación que tendrá preparada para la ocasión. No sé por qué Alec no se da cuenta…

–Yo creo que sí se da cuenta. Muy claramente. Creo que piensa… que sabe… que hay algo más.

¿Estaba defendiendo a Kate o a Alec?

–¿Tú serás capaz de soportarlo? ¿Todos bajo el mismo techo?

–Yo… no estaré bajo el mismo techo –respondió Erin–. Volveré a mi casa.

¿Estaba huyendo? ¿Iba a utilizar su casa como refugio?

No, era algo más que eso, algo peor. Era el reconocimiento de que la enfermedad de William no era un paréntesis temporal en su vida. Independientemente de lo que pasara con él, el equilibrio en la inestable red de relaciones que la rodeaba había cambiado irreversiblemente.

–Entonces yo voy contigo –dijo Mel.

Se hizo un breve silencio.

–¡Eh! –exclamó Mel como si se hubiese dado cuenta de algo–. No, no lo haré. Me quedaré en casa de Alec.

–Pero has dicho…

Llegaron al coche de Erin.

–Da igual. Tengo que estar por encima de esas cosas. Tengo que ser más generosa.

–¿Generosa? –Erin se rio nerviosamente–. Podías ofrecerme generosamente el consuelo de tu compañía. No pensaba ir hasta esta noche y voy a sentirme muy sola.

–Me quedaré en casa de Alec –insistió Mel–.¡Por Dios, Erin! No pensarás que voy a dejar solos a Alec y Kate, ¿verdad? Lo siento, pero cuando el niño se cure y se vuelvan a hacer planes de boda, quiero que tú seas la novia, ¡no Kate! –vio la cara de Erin–. Maldita sea, no debí haber dicho eso.

Erin sujetaba el volante sin moverse.

–Lo siento, pero no puedo conducir.

–¡Yo lo siento! Estoy equivocada. No hay ningún riesgo. Él no quiere a Kate.

–Pero has dicho…

–Fue sin pensar –pasó el brazo por el hombro de Erin–. ¡Mándame a paseo! A un hotel en Perth…

–Lo dijiste, Mel. De alguna forma, crees…

–Dios mío, tengo que afrontarlo, ¿no? –respiró profundamente–. Me imagino que… He visto poner tantos sentimientos sobre los niños… sobre todo si están enfermos. A veces separan a las parejas…

–O las unen –terminó Erin–. También yo lo he visto.

–Es verdad –Mel se encogió de hombros–. Y Kate es… impredecible en sus necesidades y deseos.

–¿También lo es Alec?

–No. Él no lo es. Tienes razón. Se necesitan dos, ¿no?

–Normalmente, sí.

–No creo que ella pueda madurar tanto, cambiar tanto, ni siquiera por algo así. Tampoco creo que él respondiera si lo hiciese. No… si estás tú.

–Es verdad –Erin estuvo de acuerdo sin pensarlo, pero empezó a preguntarse qué no haría Alec por el bien de William.

–En cualquier caso, me quedaré en casa de Alec –concluyó con firmeza Mel–. ¡No por ese motivo, Erin!, pero Alec necesitará algo de apoyo.

–Tendrá a Kate. La madre del niño. Y me tiene a mí, no voy a desaparecer del mapa.

–Claro que no –Mel sacudió la cabeza y dio un pequeño grito de impotencia por lo complicado de la situación–. Mira, lo mejor es que me quede de momento en casa de Alec, y cuando hablemos con él, volveremos a pensarlo. En este momento no podemos tomar una decisión racional.

–Dame un momento antes de irnos, ¿te importa?

–Tómate el tiempo que quieras –Mel le dio una palmada.

–Cuéntame un cotilleo de Londres, Mel. De alguien que no conozca. Un cotilleo de los buenos, de los que son un verdadero escándalo.

–Un cotilleo… Bueno…

Le contó una historia muy larga y complicada. Cuando terminó, Erin podía conducir.

Llegaron al hospital y subieron a la habitación.

Alec se levantó de un salto cuando vio a Mel. Estaba tan rígido que casi se oyó un crujido.

No le interesaban los saludos ni los tópicos; pasó directamente a una exposición de la desordenada y dolorosa situación.

Erin se quedó paralizada, como William. Incapaz de hacer nada por ese hombre al que amaba tan reciente y penosamente.

–Está despierto. Estable. Lloroso. Pero tan quieto… Los niños pequeños no suelen llorar en silencio. Es insoportable. Nunca me pude imaginar que echaría de menos esos ensordecedores llantos. Ya sabéis cómo lloran con toda su alma a esta edad.

Esbozó una sonrisa, pero se calló y se cubrió el rostro con las manos. Erin se acercó y lo abrazó, con cierto egoísmo, seguramente. Mel también habría querido un abrazo de su hermano, pero tendría

que esperar.

Erin notó que temblaba entre sus brazos. Le había traído un cepillo de dientes, una muda, un poco de fruta, el peine y la cuchilla de afeitar. Cada cosa en una pequeña bolsa de viaje, cada cosa decía «te quiero», pero quizá ella fuera la única que oía esas palabras.

Los tres pasaron la siguiente hora junto a la cama de William. Fue una de esas situaciones en las que nadie dice nada en el momento adecuado y alguien contesta algo que no tiene nada que ver.

No sabían si William recordaría a Mel. Hacía casi dos meses que no la veía. Ella estudió la ficha y se la pasó a Erin. Alec les explicó lo que no entendían y tuvieron algo de lo que hablar.

–Seguramente esté estabilizado y haya pasado el peligro –resumió Mel.

–Pero no podemos bajar la guardia –dijo Alec–. Sigue siendo vulnerable a todo tipo de peligros. Su sistema inmunológico apenas funciona.

–¿Cuánto tardará en recuperar algo de movimiento?

–Una semana o dos –respondió Alec–. Empezará las sesiones intensivas de fisioterapia dentro de un par de días. Primero debería recuperar la capacidad de respirar solo. No dejo de pensar que si se hubiera estabilizado antes, por lo menos se habría ahorrado eso.

Señaló el aparato de respiración asistida que zumbaba lenta y rítmicamente y el tubo que impedía que William pudiera hablar o llorar.

–¿Una semana o dos así y luego más semanas de recuperación gradual? Va a ser bastante aburrido, ¿no? –dijo Mel frívolamente.

El comentario pareció cruel, pero Alec lo entendió.

–Sí –contestó–. Una combinación horrible. Sufrimiento mezclado con aburrimiento –se rio–. Hay que reírse de ello, ¿no? Estoy hecho un lío, Mel. No sé si te habías dado cuenta.

–Algo he notado.

William se durmió y ella insistió en que Erin y Alec se fueran un rato del hospital. Fueron a casa de Alec y se dieron cuenta de que se habían dejado en el hospital la bolsa que había llevado Erin. No podría afeitarse.

–Tampoco me importa –dijo él sin mencionar siquiera el detalle

de haberle llevado las cosas–. ¿Qué hacemos? –añadió vagamente.

–Comer y luego dormir –propuso ella.

Le habría gustado hablar, pero sabía que sería un error.

Hicieron té y tomaron unas tostadas con queso fundido y tomate. Él puso la radio. Se oían noticias que a ninguno de los dos les importaba. Erin volvió a apagarla cuando Alec fue al cuarto de baño. Él ni se dio cuenta.

Se acostaron a la intempestiva hora de las doce menos cuarto del mediodía. Erin no esperaba que fuera a pasar nada. Seguramente, ni siquiera dormirían. De lo demás…

Pero cuando él la tomó por la espalda, hundió la cara en la melena de ella y dijo su nombre, Erin se volvió y lo besó con una apasionada ternura. Acabaron haciendo el amor en silencio.

Erin apenas se atrevía a mirarlo a la cara mientras él le quitaba la ropa interior. Tenía los ojos entrecerrados y centelleantes. Los cerró cuando estuvieron desnudos. Normalmente, le encantaba ver los sensuales párpados y las pestañas, tan sedosas y negras que parecían pintadas con el pincel más delicado, pero esa vez era como si la excluyeran.

Hasta los besos la excluían. Las manos la acariciaban con ansia y los embates de sus caderas contra el interior de sus muslos tenía un ritmo lleno de impaciencia. Alcanzaron juntos el clímax con la misma intensidad que siempre, pero no había comunicación.

Ella se sentía aislada en su cuerpo. Capaz de gozar físicamente, pero no emocionalmente. Podía notar que a él le pasaba lo mismo. Quizá fuera lo normal en esas circunstancias, pero era una sensación desagradable. No era culpa de ninguno. Sencillamente, era muy triste.

Una vez saciado, se durmió dominado por el cansancio. Necesitaba tanto dormir que ella no podía desear que se quedara despierto. Lo abrazó hasta que se quedó dormido e intentó no molestarlo cuando se puso a llorar.

Luego fueron al hospital cada uno por su cuenta.

Alec se fue primero y Erin, que no trabajaba ese día, se quedó para ordenar la casa hasta un punto obsesivo. Luego llamó a Alison para darle noticias de William. De camino al hospital paró en casa

de Rachel.

Rachel la recibió en la puerta con un lloroso Archie que acababa de despertarse de la siesta. A Erin le dio un vuelco el corazón por la diferencia con William. Como Alec había dicho, había algo realmente tranquilizador en el llanto de un niño.

–Entra –dijo Rachel.

Erin aceptó la oferta de un té. Rachel, en contra de su costumbre, no fue directamente al grano.

–Mira, he pensado… –se detuvo. Era una habilidad maternal que Erin había empezado a adquirir. Quizá la perdiera. No sabía cuándo volvería a necesitarla–. Archie, no te metas eso en la boca, cariño. ¿Quieres Earl Grey?

–Muy bien.

–¿Dónde va a vivir Kate?

–En casa de Alec.

–Ya… ¿Por qué no en mi casa?

–Rachel, ni siquiera la conoces.

–Da igual. Archie, que no te lo metas en la boca. No se trata de quién es ella, sino de lo que significa. Es su ex mujer, Erin. No puede quedarse en su casa.

Erin se derrumbó.

–¿Por qué todo el mundo esta convencido… –subió la voz– de que mi… –se detuvo para elegir las palabras– mi unión con Alec es tan frágil que un par de noches con su ex mujer bajo el mismo techo serán suficientes para que se vaya con ella?

–No van a ser un par de noches, Erin –indicó amablemente Rachel–. Van a ser semanas, ¿no?

–Semanas…

¡Semanas!

–Además, no estaba pensando en eso. ¡Ni remotamente! En realidad, estaba pensando lo contrario, que acabarían tirándose a la yugular.

–Bendita seas, Rachel –dijo Erin nerviosamente.

–¿Por qué? ¿Quién ha dicho otra cosa?

–Yo. Fundamentalmente, yo. Bueno, y Mel, pero el verdadero temor es mío.

–¡Bobadas!

–La última vez que los vi juntos… –la voz se le desvanecía–.

Estaban en una boda maravillosa. No puedo quitarme la imagen de la cabeza, a pesar de todo lo que ha pasado desde entonces. Tienen un hijo en común, un hijo que está gravemente enfermo. Ese es el mayor vínculo emocional, ¿no?

Rachel asintió lentamente con la cabeza.

–Sí. Lo que dices tiene sentido. Pobrecita. Bébete eso.

Mientras tomaban el té hablaron de la cancelación de la boda. Los padres de Erin iban a ir a visitar a William, pero Caitlin y Angus no podían. Caitlin tenía una especie de gripe, según Angus.

–Está embarazada –dijo Rachel–. Sin duda. No quiere decir nada todavía.

Erin tuvo que reconocer que era una teoría posible. Esperaba sinceramente, con la escasa energía sentimental que le quedaba, que fuese verdad. Veinte minutos después, estaba camino del hospital.

La mañana del día que debía ser el de su boda, Erin se despertó con tortícolis y dolor de cabeza. Supo al instante dónde estaba. Junto a la cama de William. A medianoche, había conseguido convencer a Alec de que se fuera, después de que hubiese salido a cenar algo rápido con Mel.

No había sido la mejor bienvenida para su hermana. Estaba agotada por el viaje y quería irse a la cama. Él primero la llevó a su casa y luego volvió a recogerla para llevarla a casa de Erin. Ante la insistencia de Rachel para que Kate se alojara en su casa, Mel podía dejar su papel de carabina. Todo el mundo sabía que Alec apenas pisaría su casa, de modo que no tenía mucho sentido que nadie se quedara con él.

–¿Por qué no te quedas también en mi casa? –le propuso Erin a Alec–. Así Mel tendrá alguien con quien hablar cuando se despierte.

Él aceptó y a ella le complació también que a él le pareciera que William se sentiría consolado por su presencia si se despertaba por la noche. En ese momento, el niño dormía. Dormía mucho y eso era un buen síntoma.

Erin fue al cuarto de baño para mojarse la cara y refrescarse. Cuando volvió, se encontró con Martha Johansen ocupándose de William.

Puso una bolsa nueva en el gota a gota, lo acomodó en la cama, hizo las comprobaciones habituales y las anotó.

De repente, unos quince minutos antes de que Erin los esperara, aparecieron Alec y Kate.

Debieron de haber ido directamente desde el aeropuerto. Alec tenía mejor aspecto después de una noche en la que había dormido algo, aunque estaba pálido y tenía unas bolsas enormes debajo de los ojos. Llevaba unos vaqueros y una camisa gris con el cuello abierto. Había algo diferente en él. Volvía a aparecer en él la reserva habitual, que Erin no notaba desde hacía algún tiempo. Era como si ocultara las emociones detrás de una máscara de cortesía y condescendencia para no reventar.

Kate Gilchrist, naturalmente, resultó mucho más impresionante. Se quedó un momento en el umbral de la puerta, como si temiera entrar, y miró como un potrillo asustadizo a las otras tres camas y a sus pequeños ocupantes que estaban separados entre sí por mamparas que iban del suelo al techo. Alec le pasaba la mano por la parte inferior de la espalda. ¿La animaba? ¿La empujaba? ¿La acariciaba? Erin no lo sabía.

La ropa oscura y ceñida resaltaba su esbelta figura y sus vivos colores. El pelo rojo y brillante y los ojos marrones y resplandecientes. Parecía absurdamente inocente y juvenil para los treinta y dos años que tenía.

Sin embargo, estaba pálida. Al principio, Erin pensó que no llevaba maquillaje, pero, en realidad, tenía algo de color alrededor de los ojos y un brillo transparente en los labios. Agarró a Alec del brazo hasta arrugarle la camisa sobre el bíceps; no lo miraba, pero apoyaba gran parte del peso en él, como si fuera un poste. Él seguía con la mano en la espalda de Kate, aunque un poco más alta.

Por fin avanzó con la mirada fija en la cama.

–¿Es él? –susurró–. ¡Oh, William!

No hizo el menor caso a Erin, se arrodilló junto a la cama y alargó las manos para acariciarle delicadamente las mejillas. Erin seguía sentada rígidamente en la butaca, le hervía la sangre y se sentía tan fuera de lugar como una estatua de mármol.

–Ayúdame, Alec, no sé qué hacer –dijo Kate mientras se le quebraba la voz con un gran efecto teatral.

–Háblale –dijo Alec–. No lo toques demasiado.

–¿No…? –ella lo miró con las cejas ligeramente fruncidas.

Toda la cara le pedía ayuda. La silenciosa petición le daba una expresión que recordaba a una *madonna* de un cuadro renacentista.

–Nos han dicho que por el momento puede ser muy sensible –le explicó Alec como si fuera un gran esfuerzo. Se acercó con los ojos clavados en los de su hijo–. Que puede hacerle daño. Afortunadamente, duerme mucho. Ahora mismo parece como si fuera a quedarse dormido dentro de unos minutos.

–Lo noto…

–No esperes ninguna reacción porque apenas puede mover ningún músculo.

Ella movió la cabeza en silencio y con los ojos muy abiertos.

–Ha crecido mucho.

–Claro. Han pasado cuatro meses, Kate. Tú no estabas cuando nos fuimos de Inglaterra.

¿Había sido una acusación? Si lo había sido, la había expresado muy suavemente.

–Me había olvidado de lo guapo que era –dijo ella–. La forma de la cabeza, el pelo tan sedoso. ¿Ya era guapo o ha mejorado?

Hablaba en voz baja, como si lo hiciera para sí misma. Alec lo aprovechaba para no contestar. Miró a Erin. Él estaba en el extremo de la cama opuesto a Kate. Erin seguía sentada en la butaca en la que ella y Alec habían pasado la noche.

Erin se encontró preguntándose, con un recelo inclasificable, qué habría habido entre ellos en el aeropuerto y en el coche y si la mano en la espalda de Kate no habría sido nada más que un gesto de consuelo y apoyo.

Le aterró pensar que sentía esos celos y, lo que era peor, que no podía interpretar a Alec. Ella no sabía todavía hasta qué punto él podía encerrarse en el hermetismo en el que lo habían educado. Era verdad que lo había visto antes, pero no con tanta fuerza, por lo menos últimamente.

Era como si el sol de Australia y ella, eso esperaba, lo hubieran suavizado, lo hubieran abierto como una flor en primavera. En ese momento, parecía cerrado otra vez. ¿Cerrado para todo el mundo? ¿Hasta cuándo?

–¿Qué quieres hacer, Kate? –lo preguntó con una voz ronca y cansada.

Ella lo miró con una sonrisa triste y encantadora.

–Quedarme y pensar –dijo ella–. ¿Podría quedarme sola un rato?

Miró fugazmente a Erin y frunció ligeramente el ceño con un gesto de irritación.

–¡Erin!, perdona que no te haya saludado –dijo amablemente–. Alec me ha contado todo lo que has hecho últimamente por William. Te lo agradezco. Es… –se calló y sacudió la cabeza.

–No te preocupes. No ha sido ninguna molestia –Erin se dio cuenta de que había contestado con demasiada ligereza.

Habían sido unas palabras muy poco apropiadas dadas las circunstancias, pero el agradecimiento de Kate también había sido bastante incongruente. Como si le agradeciera haber cuidado un perrito enfermo mientras ella estaba de vacaciones.

Quizá fuera que ninguna de las dos sabía qué hacer en una situación como esa. ¿Debían seguir sus instintos más puros o mostrarse educadas?

De fondo, podía oír las respuestas de Alec a las preguntas de Kate.

–Claro que puedes quedarte sola un rato. Nunca he intentado separarte de su vida, ¿no? Nunca lo haré.

–Es verdad, nunca lo has hecho. Te lo agradezco, Alec –ella se levantó y alargó la mano para tomar la de Alec–. Te lo agradezco más de lo que puedo expresar.

Lo dijo con una voz baja, dulce y sincera, pero Erin no podía olvidarse de lo que había dicho Mel: «Si quiero presenciar una actuación estelar voy al teatro».

Si eso era una actuación, era perfecta. No había notas discordantes ni se le caía la máscara. Erin se encontró a sí misma creyendo que Kate se preocupaba por William más de lo que ella había esperado. Era lo normal. ¿Hasta qué punto se acordaría William de ella? De su madre biológica; de su olor; de su tacto; de su voz.

Si su presencia servía para ayudar al niño, se lo agradecía, pero la asustaba la nueva fuente de temores que ella no había sabido que existían hasta ese momento. También estaba molesta por Alec. Él era quien había hecho todo por el niño.

Pensó que volvía a ser egoísta; que había deseado mucho construir una relación con William; que se había entregado sin

mirar hacia atrás y que, de repente, nadie la tendría en cuenta. En las fichas del hospital aparecería el nombre de Kate. Las enfermeras se preocuparían por Kate. Era lo normal, pero para ella no era fácil soportarlo. Antes de llegar a odiarla, tendría que retirarse, encerrarse en sí misma, protegerse.

Se encontró con una breve mirada de Alec por encima del hombro de Kate. Parecía perplejo e intranquilo y ella se dio cuenta de lo tensa, hostil y recelosa que debía de parecer.

Una vez más, se vio invadida por las preguntas angustiosas. Cuando todo terminara, cuando William se curara ¿qué querría Kate?, ¿qué querría Alec?, ¿de qué sería capaz ella?

La esperaban unas semanas llenas de miedos.

Capítulo 6

Pasaron dos semanas de pesadilla.

Durante toda la estancia de Mel, William siguió con respiración asistida, pero el día antes de que se fuera, quedó claro que la parálisis había pasado el punto álgido y que podía respirar por su cuenta. Le retirarían la máquina poco a poco. Pasarían algunos días antes de que le pudieran quitar el tubo e incluso entonces, le pondrían una mascarilla de oxígeno durante algún tiempo.

Mel se marchó, llorosa, el lunes por la mañana. Había sido una ayuda vital para Erin. Había renunciado a unas vacaciones para estar a disposición de ella y Alec siempre que lo necesitaran. Incluso había ido de compras varias veces con Kate para liberar un poco a Rachel de la carga que se había echado a las espaldas.

A Rachel no le disgustaba Kate pero, «¿cómo voy a quererla, Erin, si es la ex mujer de Alec? Evidentemente, es muy educada y tiene muchos detalles de agradecimiento. Me cuenta cotilleos muy divertidos de gente que he visto muchas veces en la televisión. No ha metido la pata ni una vez, pero estoy de tu lado».

Erin quiso decirle que no era una cuestión de «lados», pero se calló porque quizá fueran cruciales en algún momento.

A ella también la apenó mucho la marcha de Mel. Habían tenido algunas conversaciones y habían renovado la amistad. Mel estaba preocupada por Alec; por su reserva, su meticulosa educación con todo el mundo y su tenso e inexpresivo rostro. Para Erin había sido una gran ayuda saber que había alguien que se preocupaba sinceramente por él.

–Os echaré de menos. ¿Por qué no venís a vivir a Inglaterra? –propuso Mel mientras tomaban un café con Alec en la cafetería del aeropuerto.

–No podemos –dijo automáticamente Erin sin pensárselo dos veces.

Por el momento, detestaba cualquier mención del futuro. Alec no había dicho nada sobre fijar otra fecha de boda ni había

manifestado ninguna pena por haber deshecho los planes, y ella no iba a abrumarlo. Sabía cuánto le costaba soportar el paso de los días. Los dos habían vuelto a trabajar y procuraban pasar todo el tiempo posible con William. Había días en los que Alec apenas salía del hospital.

Inevitablemente, Kate había empezado a pasar más tiempo por las noches junto a la cama de William. A veces leía revistas o estudiaba guiones, pero casi siempre permanecía al pie de la cama mirándolo fijamente. A menudo, con Alec a su lado.

También había habido ocasiones en las que Erin se la había encontrado dormida y no pudo evitar maravillarse de la belleza de la imagen que formaban los dos juntos. Uno tan pequeño y frágil y la otra tan vibrante y hermosa como una *madonna*.

Algunas revistas se habían hecho eco de la historia de la actriz que había ido corriendo junto a la cama de su hijo con fotos de Kate en el aeropuerto de Londres. Fotos de hacía muchos meses que no tenían nada que ver con la realidad, pero nadie lo decía. Tampoco comentaban que el hijo de Kate había estado al cuidado de su padre en todo momento. Kate era una estrella menor y relativamente nueva en el firmamento cinematográfico, así que el interés se desvaneció pronto y sus vigilias fueron un acto íntimo.

–¿No? –dijo Mel sobre la pregunta de vivir en Inglaterra–. ¿Ni siquiera de visita?

—Bueno, iremos de visita –concedió Erin–. En… algún momento. Pero no… no puedo hacer planes… no me hagas preguntas, ¿vale? –lo dijo con una agresividad que no sentía–. No… no sé lo que quiero.

Era un momento extraño. Alec la miraba con el ceño fruncido. Su cara tenía la misma expresión de sufrimiento inescrutable que adquirió cuando llegó Kate. O desde antes. La expresión que preocupaba a Mel. Mel se excusó atropelladamente, aunque no tenía por qué. Se detuvo para tomar aire y se lanzó a otra parrafada.

–¡Eh! Hay algo que quería deciros, pero no he encontrado el momento adecuado. Podrías soportar una buena noticia, ¿no?

–Claro, Mel –dijo Alec sin ninguna seguridad.

Lo dijo sin sentirlo. Erin lo notó.

–Me encuentro en un buen aprieto. Me parece que dentro de

poco vais a encontraros con una factura de teléfono un poco elevada…

–No hay nada que te impida pagarla, ¿verdad, Melusine? –gruñó su hermano.

–Claro que lo hay –interrumpió Erin–. Yo no voy a dejar que lo haga.

–Sí lo harás –dijo Mel–. Porque él es muy rico. No me acuséis de casarme por dinero porque no lo sabía hasta que estuve metida hasta las cejas.

Erin se acercó y estrujó la mano de su amiga.

–¿Hasta las cejas? ¿Matrimonio? ¿Lo dices ahora? –Erin esbozó una sonrisa incierta.

–No pude hacerlo antes –respondió Mel–. He esperado un momento propicio, pero no ha sido fácil. Él es maravilloso. Os va a encantar –los miró con el ceño fruncido–. Cuando lo conozcáis. Es increíble. Aunque nadie piensa lo mismo, ni siquiera su madre. Pero yo sí. Se pasa el día en una casa inmensa que me encanta, aunque es gélida. Tiene negocios en seis cosas distintas, casi todas de ordenadores. Tiene coleta. Tiene cabras. Diseña cosas. Estoy aterrada de que me haya olvidado.

–¿A pesar de las llamadas telefónicas? –dijo Alec haciendo un esfuerzo.

–A pesar de todo –Mel sacudió la mano–. Lo siento, pero tenía que decíroslo. Acordaos de mí. Ya sé que por el momento no tenéis mucho tiempo pero…

–Cállate un rato, Melusine –dijo su hermano cariñosa pero sombríamente–. Claro que nos acordaremos de ti.

–¿Es hora de embarcar?

–Casi.

Mel se fue y Erin volvió a quedarse sola en su mundo.

Tampoco pasaba mucho tiempo en ese mundo. Esa tarde empezaba su turno a las tres y estuvo una hora con William antes de entrar. Kate fue a la peluquería y Alec sacó veinte minutos antes de acudir a una reunión. Tenía guardia y no saldría del hospital hasta el día siguiente por la noche.

Kate apareció a las tres menos cinco oliendo a tratamiento de belleza y disculpándose por el retraso. Erin besó a William, que estaba dormido, y se fue a ayudar a que nacieran bebés.

Alec fue a examinar a una de las pacientes. Erin y él hablaron un rato, aunque no tenían nada especial que decirse.

Erin le dijo que la paciente no avanzaba.

–Eso es. Pula bien el suelo – dijo Alec alegremente a la paciente cuando esta pasó a su lado. Le miró los gruesos calcetines–. Veo que hay una esquina que no está muy limpia. ¿Podría darle unas pasadas con sus calcetines?

La paciente se rio y tuvo la primera contracción desde hacía diez minutos. Luego fueron cada cuatro minutos, cada dos y acabó dando a luz una niña de tres kilos y medio después de una hora de arduos esfuerzos.

Alec estaba presente.

–Para agarrar al bebé y llevarse el mérito –bromeó Erin.

Aunque sabía que según él solo lo hacía para matar el rato.

Él esbozó una leve sonrisa.

Leve. En esos momentos, todo era leve entre ellos. El tiempo que pasaban juntos, las sonrisas, las risas, los gestos de afecto, todo era tan leve que Erin tenía la sensación de estar llena de agujeros. Lo único que no era leve era el deseo y la necesidad que tenía de Alec, que seguía siendo tan poderosa como siempre.

Terminó el turno a las once. Alec estaba ocupado y fue sola a ver a William. Cuando entró vio a Kate y a William…

¡William estaba riéndose!

¡Era el sonido más maravilloso que había oído desde hacía semanas! No tenía nada de leve.

Erin permaneció un rato en silencio escuchándolo. Ni él ni Kate la habían visto. Kate estaba absorta jugando con él. Escondía la cabeza detrás de una revista y la sacaba de repente para darle un susto. De esa forma tuvo entretenido al niño durante un buen rato.

Erin se había olvidado de lo que era oír la risa de William. Era un gorjeo feliz y despreocupado. Había temido no volver a oírlo, que aunque se recuperara hubiese cambiado por culpa de la enfermedad.

Ella se rio también, aunque le rodaran unas lágrimas por las mejillas. Se acercó; estaba tan feliz que se olvidó de la cautela que siempre tenía cuando se trataba de Kate.

–¡Kate!, ¿has visto? ¡Hola, William! ¡Hola, cariño!

Los abrazó impetuosamente. Iba de los rígidos brazos de Kate a

los miembros todavía inmóviles de William. Le hizo una pedorreta en la mejilla y William volvió a reírse. Ella se sintió como si hubiese pedido la luna y alguien se la hubiese dado en una bandeja de plata.

Kate le quitó importancia inmediatamente. Era algo que Kate solía hacer y que Erin trataba de pasar por alto. Debía de ser una pose; si a todo el mundo le gustaba algo, ella lo detestaba; si todo el mundo consideraba que algo era interesante, ella bostezaba.

–Solo era un juego –dijo ella–. Pero tiene una sonrisa deliciosa, ¿no? ¿Verdad, cariño? Muy bien, una sonrisa para mamá…

Él hizo algo más. Volvió a reírse en el momento en que apareció Alec y dijo «papá» con toda claridad.

Alec sintió un escalofrío y sollozó. Luego se arrodilló junto a la cama de William y le tomó la mano. Si no llega a estar Kate, Erin se habría arrodillado junto a él y lo habría abrazado, porque sabía que estaba a punto de derrumbarse.

Pero Kate estaba; seguía sentada en la butaca con una sonrisa de satisfacción y Erin había comprobado que si rozaba a Alec en su presencia el ambiente se hacía gélido.

Ni Alec ni ella necesitaban esa tensión.

Además, si planteaba una batalla abierta, ¿podría ganarla?

–Solo he jugado a esconderme, Alec –dijo Kate–. No pretendía que fuese un momento especial.

Se encogió de hombros, soltó una leve risa, levantó la barbilla y los miró con ojos soñadores.

En ese momento, entró Wendy Keeler, la enfermera de noche. Era una mujer delgada de unos cuarenta años con el pelo oscuro y unos chispeantes ojos azules. Erin había coincidido con ella un par de veces en la cafetería y le había parecido que su conversación era un poco irritante, pero cuando estaba de servicio era concienzuda y alegre.

–Estamos de fiesta, Wendy –le dijo Kate–. He jugado un poco con él y se ha reído.

–¡Fantástico! Bill, has recuperado el sentido del humor –dijo Wendy.

–Por favor, no lo llames Bill –dijo Kate inmediatamente.

–Por supuesto –replicó Wendy–. Si no le gusta…

–Me espanta.

–Es el nombre de mi marido.

Kate no se dejó impresionar.

–Creo que corresponde a los padres decidir cómo llamar a sus hijos.

–Claro, naturalmente, tiene razón –asintió Wendy–. Les tomamos tanto cariño cuando pasamos un tiempo con ellos…

–¡Por favor, evítelo! –dijo secamente Kate–. Ya tengo suficiente con pensar en que volverá a Inglaterra con acento australiano.

–Bueno, seguramente no le dé tiempo –dijo Wendy–. Esta noche dijo que se lo llevará una semana o dos después de que le den el alta, ¿no?

–Todavía no estoy segura –Kate se pasó los dedos por el pelo–. Primero tengo que resolver algunas cosas. Dentro de dos semanas vuelvo a Inglaterra para rodar otra película. Esta noche he hablado tres horas por teléfono con mi representante. Pero volveré en cuanto termine y me lo llevaré conmigo. Alec, tendremos que hablar.

Lo dijo con la misma rotundidad con la que seguramente había hablado a su representante.

Él había levantado el rostro y tenía los ojos abiertos de par en par. Estaba pálido y crispado, pero controlado. No había contestado a su ex mujer. Para Erin estaba claro que no podía. Ella tenía las mandíbulas apretadas. Le habría gustado explotar. ¿En llanto? ¿Acusaciones?

Seguramente, de todo un poco.

Pero con la enfermera… No, en realidad no era por la enfermera. Se habría mordido la lengua aunque hubiesen estado solos. No le correspondía a ella hablar. Ella era la intrusa. Debería ser Alec quien…

–Sí, tendremos que hablar –dijo él por fin–. Es más, a la vista de lo que acabas de decir, tenemos que hacerlo inmediatamente.

Kate le puso la mano en el hombro con una seguridad y una confianza que ella no habría podido reunir en esa situación. Luego le pasó la mano por el mentón hasta que la retiró lentamente, ¿contra su voluntad?

–Siempre has dicho –le recordó Kate con delicadeza– que yo sería su madre pasara lo que pasase. Que nunca me cerrarías esa puerta.

–Y lo mantengo.

–Bueno, pues tenías razón. Lo entendiste mejor que yo. La enfermedad me ha abierto los ojos. Te lo agradezco, Alec. Más de lo que te imaginas.

Otro hombre habría discutido. Ella había tenido su oportunidad y le había dado la custodia a él. Él se había ocupado constantemente de William. Un tribunal podría darle la razón. Pero Alec no lo haría. Kate lo sabía y Erin también.

William cantaba, feliz de poder hacer ruidos otra vez. No tenía ni idea de que su futuro estaba en juego.

¿Y que pasaría con el suyo?, pensó Erin. ¿Qué sería capaz de sacrificar Alec? ¿La consultaría?

–¿Erin, serías tan amable de llevarme a casa de Rachel? –le preguntó Kate después de un rato–. Tú vas a quedarte, ¿verdad, Alec?

–Sí –él asintió lacónicamente–. No es el momento de…

Kate bostezó, se estiró como un gato y sonrió.

–Estoy agotada.

Se levantó para marcharse. Erin dudó. Quería mandar a Kate en un taxi y quedarse con Alec, pero tampoco se fiaba de sí misma. Estaba segura de que la emprendería con Alec en cuanto Kate estuviera en el ascensor. Pero no tenía sentido. Sabía que él nunca le negaría a William esa relación. Volvería a Inglaterra antes de privarle a William la posibilidad de estar con su madre y de perderlo si Kate se lo llevaba.

¿Qué pasaba con ella? Quizá, en el fondo, eso era lo que había hecho que Alec fuese a Australia. Necesitaba una madre para William, pero si Kate estaba dispuesta…

¿Qué pasaría con ella? Se lo habría preguntado. Las palabras le abrasaban la lengua. Como la aterraba una posible discusión y poder decir algo imperdonable o que él dijera algo demasiado cruel, aceptó el secuestro de Kate y salieron de la habitación.

Una vez en el coche, Kate se dedicó a exponer los sentimientos que se le habían despertado durante las dos semanas pasadas.

–Sabes, creo que es uno de esos mitos tan peligrosos que no inculcan a las mujeres –se rio brevemente–. Soy un poco feminista, ¡tendrás que perdonarme! Creo que es un mito eso de que el amor maternal aparece automáticamente en el momento del nacimiento.

–Hay gente que dice que aparece antes –dijo Erin en voz baja.

–Creo que esa «epifanía», lo llamaría yo, puede ocurrir en tantos momentos y de tantas maneras como distintas madres haya. Alec te habrá contado las dudas que tuvimos… sobre William. Que no estaba planeado y que al principio no sabíamos qué hacer. Creo que yo estaba en un mar de dudas… –se detuvo.

–De rechazo –sugirió Erin.

Kate se rio.

–Ya te lo sabes.

–Sí, lo siento.

–De rechazo, como tú dices. Hasta mucho tiempo después de que Alec se ocupara plenamente de William. Me sentía abrumada. No podía imaginarme en esa situación. Todo me resultaba tan complicado con el trabajo… Hasta que no he venido y he estado tanto tiempo a su lado…

–Entiendo…

–He tenido la oportunidad de meditar. En realidad, creo que es lo que ha tenido de positivo la enfermedad de William para todos nosotros, a pesar de lo espantosa que ha sido. Nos ha dado la oportunidad, la segunda oportunidad, de pensar lo que queremos. Ahora sé que lo que quiero es que William vuelva conmigo a Inglaterra. ¡Es fantástico tener esa seguridad por fin!

No volvió a decir nada más sobre ese asunto. No mostró ninguna preocupación por lo profundamente que esa «epifanía» podía afectarla a ella. Quizá tuviera razón. Quizá lo único importante fuese que la madre y el hijo volverían a reunirse.

Caitlin y Angus pasaron el fin de semana siguiente con Erin.

Para ella era evidente que Caitlin estaba embarazada. No tomaba ni té ni café ni alcohol y de vez en cuando salía corriendo al cuarto de baño. Angus fruncía el ceño y se limitaba a decir que no se había quitado la gripe del todo.

Nadie decía nada del embarazo y Erin respetaba el silencio y fingía no haber notado nada especial. Podía entender perfectamente lo difícil que era para ellos después de lo que habían pasado.

Quizá Kate tuviera razón. Quizá Erin hubiera tenido su «epifanía» a raíz de la enfermedad de William.

La mejoría del pequeño era cada vez más visible. Podía mover

un poco los brazos y le habían dado unos juguetes especiales para estimular el uso de las manos y los brazos. Volvía a comer por la boca, pero seguía rechazando algunos sabores.

Erin y Alec apenas se había visto. Él había tenido unos días con mucho trabajo y parecía más retraído. Erin quería hablar con él, que le contara lo que le pasaba, pero se obligó a sí misma a respetar esa aparente necesidad de silencio, como hacía con Caitlin y Angus. También reprimió el anhelo de llevarlo a la cama y grabarle en la mente la forma de hacer el amor con ella para que nunca pudiera hacerlo de otra forma.

¿Cómo podía pedir respuestas sobre su futuro si a él no se le ocurrirían en ese estado? ¿Cómo iba a aprovecharse de la sensualidad para sacar el tema? Qué egoísta sería obligarle a decirle qué iba a pasar con ella.

No era solo imaginación suya. Kate estaba cada vez más posesiva con Alec y cada vez tenía más contacto con él. Cuando estaban cerca, ella lo tocaba de mil maneras diferentes y sacaba a relucir algún recuerdo. «¿Te acuerdas cuando fuimos a remar a Cambridge?» «¿Te acuerdas de los tres días que pasamos en Roma?»

Alec parecía responder cortésmente a todo lo que decía o hacía Kate y resultaba tan hermético como en todo lo demás. ¿Deseaba que ella lo agarrara del antebrazo? ¿Que lo rozara con la cadera cuando pasaba por detrás de él? ¿Que usara el «nosotros» con esa intimidad? ¿O sencillamente lo toleraba?

Hacía tiempo que no tenían un momento de intimidad. Erin suponía que él estaba demasiado cansado por el trabajo y la enfermedad de William. Casi se sentía culpable porque ella seguía notando con fuerza la necesidad de tenerlo.

Rachel organizó otra reunión para celebrar la visita de Caitlin y Angus. La previsión del tiempo no era buena y la hicieron dentro de la casa con pizza y helado.

–Bochornosamente sencilla –había dicho Rachel.

Sin embargo, era la primera vez que Erin y Alec coincidían en una reunión vagamente social desde la enfermedad de William y ella tenía muchas esperanzas, aunque también fuera a estar Kate.

Las esperanzas se reflejaron en la falda con vuelo y la ceñida camiseta que se puso, así como en el maquillaje y en el hecho de obligar a Caitlin y a Angus a salir corriendo y llegar quince minutos

pronto.

–Para echar una mano –dijo ella.

–¿A qué? ¿A elegir las pizzas? –le preguntó Rachel.

–¿A ordenar? –propuso Erin al ver los juguetes de Archie tirados por la sala.

–La verdad es que me da igual. Peter y Lisa vienen con sus hijos, y otros amigos también. Si recogemos ahora, volverán a tirarlo todo dentro de un rato.

Erin no tuvo otro remedio que esperar veinte minutos hasta que empezó a llegar la gente. Mientras, Caitlin y Angus fueron a ver el jardín, un eufemismo para que Caitlin pudiera tener arcadas discretamente, como sabían Erin y Rachel.

–¿Cuándo crees que nos lo dirán? –preguntó Rachel en la cocina.

–Cuando esté en el segundo trimestre –vaticinó Erin.

–Eso espero. Cruzaré los dedos.

–Y ellos. Me imagino que será un alivio para ellos poder comentarlo abiertamente –dijo sinceramente Erin.

Ella ansiaba el mismo alivio. El alivio de hablar de su futuro con Alec, de verlo sin la máscara de la distancia y de oír lo que quería oír. Sin embargo, no quería provocar la conversación porque la tensión que veía en el rostro de Alec le decía que no era el momento apropiado.

Tanya, la otra amiga de Rachel, fue la primera en llegar con su familia. Los niños se fueron a jugar con Archie, y Michael, su marido, aceptó una cerveza de Gordon. Luego llegaron Lisa y Peter con sus hijos y por fin llegaron Alec y Kate. Entraron como una pareja, enfrascados en una conversación.

Iban directamente del hospital y Rachel estaba ansiosa por recibir noticias.

–Puede sujetar un vaso –dijo Alec–. Débilmente, pero puede.

–Rechaza el zumo de naranja –intervino Kate–. Me preocupa que no tome vitaminas –frunció el ceño y entrecerró los ojos.

Tanya se interesó por William.

Fue todo lo que necesitó Kate para acaparar el protagonismo y hacer una serie de afirmaciones que hicieron que Erin pusiera mala cara al darse cuenta de que Caitlin y Angus habían vuelto y estaban escuchándola.

–Quedarme embarazada ha sido una de las cosas que menos me

han costado en mi vida… Hay mujeres que se toman los embarazos de forma totalmente desproporcionada. Debo decir… que no creo que alguien pueda saber lo que es la maternidad o la paternidad, el placer y el esfuerzo, hasta que ha pasado un año.

Erin se acercó a Rachel.

–¿No le has dicho nada a tu amiga? –le preguntó.

Rachel se encogió de hombros.

–No. No le he dicho nada de ti, Alec y William. Ni de la boda. Todo fue tan rápido y tan complicado…

Después de un rato quedó claro que Tanya y su marido daban por supuesto que Kate y Alec seguían casados y que Erin era la hermana soltera de Gordon. Las conversaciones fueron cambiando de tema y ya no hubo ocasión de explicar la situación.

Kate pudo haber dicho algo si hubiera querido, pero no lo hizo. Erin prefirió no reivindicar su papel en la vida de Alec y él seguía oculto tras la distante máscara de cortesía.

Erin comprendió que ya no sabía cómo calificarse. ¿Su prometida? Hacía seis semanas él le había regalado una pulsera de oro con unos diamantes, pero no había alianza. Si habías cancelado la boda un día y medio antes y no habías fijado otra fecha, ¿seguías prometida?

Al parecer, Kate pensaba que no.

Seguramente, Alec tendría la alianza en casa, pero no había vuelto a acordarse de ella.

Llegaron las pizzas y todo el mundo empezó a comer. Erin era consciente en todo momento de dónde estaba Alec. Lo oía cuando se reía, y cuando notó que él no comía mucho, ella se quedó sin apetito también. El ambiente se hizo un poco espeso con el olor del queso fundido y Erin no se sorprendió al ver que Caitlin se ponía pálida.

–¿Quieres dar una vuelta? –le propuso Erin a su hermana pequeña.

–Sí, por favor.

El aire puro llegó un poco tarde y Caitlin vomitó toda la comida en la cuneta.

–Esta gripe… –consiguió decir.

–Parece que este año ha pegado con fuerza –contestó amablemente Erin.

Se hizo un silencio.

–Lo has adivinado, ¿no?

–Sí, lo siento –no le dijo que otros cuatro familiares también lo sabían–. ¿Quieres descansar un rato?

–Creo que va a ser lo mejor. No estoy segura de haber terminado.

Se sentaron en una piedra plana que había a la entrada del jardín. Había oscurecido y refrescado, pero era una situación muy tranquila y placentera.

–Ya he pasado de las diez semanas –dijo Caitlin–. Lo cual es todo un récord –hizo un esfuerzo para decirlo con sentido del humor.

–¡Fantástico, Caitlin!

–Me siento tan mal… Ya sé que es un buen síntoma.

–Un buen nivel de hormonas. Esta vez, todo irá sobre ruedas.

–Empiezo a tener esperanzas. A la tercera va la vencida. Conozco muchas parejas que lo han pasado peor.

–Aunque no es consuelo –Erin lo sabía.

–Tú tampoco estás pasándolo bien, ¿verdad?

–William está mejorando. Eso es lo único que importa.

Ella empezaba a hablar como Alec. Ocultaba los sentimientos tras tópicos corteses.

–¿Seguís con la idea de la boda?

–No lo sé.

–Quiero decir… claro que seguís, pero sabéis…

–A lo mejor no seguimos –dijo Erin con tranquilidad.

–¿Ha dicho Alec…?

–Alec no ha dicho nada. Eso indica algo, ¿no crees?

–Dale tiempo.

–Lo hago. Lo he hecho, pero no es fácil. Empiezo a pensar que lo único que he conseguido es darle tiempo para pensar que él y Kate necesitan una segunda oportunidad.

–¡No! –Caitlin parecía asustada–. No la mira de esa manera.

–Pero, dímelo sinceramente, Caitlin, ¿me mira a mí de esa manera?

–Yo… bueno, no he visto… quiero decir, claro…

–No contestes. No hace falta. Puedo verlo por mí misma. No lo hace. Ya no. ¿Te importa si volvemos?

–Claro que no.

Caminaron por la acera hacia casa de Rachel hasta que Caitlin, de repente, dio un grito desgarrador.

–¡Estoy sangrando! ¿Qué ocurre? ¡Estoy sangrando!

Cuando llegaron a casa de Rachel tenía los pantalones empapados. Fue al armario de ropa blanca y sacó dos toallas que puso sobre la cama de matrimonio donde se tumbó.

–¡Llama a Angus! ¿Están bien puestas las toallas? No quiero echar a perder la colcha.

–¡Caitlin, no te preocupes por eso!

–La hizo mi suegra –le castañeteaban los dientes–. No quiero echarla a perder –repitió.

–Llamaré también a Alec –dijo Erin.

Angus palideció cuando Erin se lo dijo y salió corriendo en medio de una conversación con Alec y Gordon.

Alec salió detrás con Kate pegada a sus talones, aunque nadie le había pedido su presencia.

–¿Sangre? –dijo ella con una voz conmovedora–. ¿Un aborto? ¿No va a acabar nunca? ¡Qué cantidad de pruebas estamos pasando!

–Te llevaremos al hospital, cariño –le decía Angus a Caitlin cuando Erin volvió a entrar en la habitación de Rachel–. Te harán un escáner para saber qué te pasa. Has estado tan enferma… Es completamente distinto de la otra vez. ¡No puedo creérmelo! ¡No puedo!

–¿Tienes dolores? –preguntó Alec.

Estaba en el extremo más alejado de la cama y la cabeza de Kate asomaba por encima de su hombro.

–No, ninguno –consiguió decir Caitlin.

–Eso está bien. Aguanta así, Caitlin. La sangre es espesa, pero no es un signo concluyente.

–Tengo que ir al cuarto de baño.

–Dime si hay tejidos o solo es sangre.

Ella asintió con la cabeza y entró en el cuarto de baño de Rachel y Gordon. Reapareció a los pocos minutos.

–Coágulos –dijo ella–. Espesos como cuando el aborto.

–¿Pero no hay tejidos? ¿Ni dolores?

–Solo sangre.

–Dios mío, Caitlin –Kate estaba al pie de la cama con las manos en el pecho y sacudiendo lentamente la cabeza–. Después de lo que

he pasado estas semanas con William, quiero decirte que seguramente sea mejor así. La mitad de las veces, la maternidad es algo que no desearía a mi peor enemigo –dejó escapar una risa breve y amarga–. Da las gracias, si puedes.

–¿Podría sacarla alguien de aquí? ¡Ahora! –dijo Angus con la mandíbula apretada.

Kate lo oyó y se ruborizó.

–Pero no pretendía… –sacudió la cabeza–. No sabía…

–¡Ahora! –repitió Angus con más aspereza.

Erin estaba junto a Alec en la cabecera de la cama y sintió como si le volaran la cabeza después de haber conseguido mantener a raya los sentimientos a fuerza de voluntad. Se volvió hacia él con los ojos echando chispas.

–¿No podríamos ahorrárselo a mi hermana? ¿No podemos, Alec? Estoy preparada para aguantar muchas cosas de Kate, aunque no sé hasta cuando, pero que hiera de esa forma a mi hermana es demasiado.

Estaba temblando de ira y tensión acumulada y no se preocupó por disimular la mirada furibunda que le dirigió a Kate. Transmitía todos los sentimientos sombríos e inciertos que había intentado no sentir durante cuatro años.

Alec fue donde estaba su ex mujer.

–Muy bien, Kate –dijo inexpresivamente–. Me imagino que querrás volver al hospital.

–No, quiero tumbarme. Estoy completamente destrozada. Llévame a tu casa, Alec.

Él la sacó sin decir ni una palabra más. Erin y Angus pudieron soltar el aire que estaban reteniendo y ayudaron a Caitlin a llegar al coche. La tumbaron en el asiento trasero con una toalla debajo. Estaba demasiado impresionada como para ponerse a llorar.

Angus se puso al volante y se dirigió rápida pero tranquilamente hacia la oscuridad.

Todo el mundo comprendió que la fiesta había terminado. Peter y Lisa montaron a los niños en el coche y se despidieron.

–¡Dinos que ha pasado, Rachel! –dijo Lisa–. Me imagino que Angus te llamará cuando sepa algo.

Rachel asintió con la cabeza.

–Claro. Os llamaré inmediatamente.

–Ya nos veremos –dijo Tanya con su hijo de un año apoyado en la cadera–. Gracias. Lo siento por Caitlin.

Diez minutos más tarde, la casa estaba en silencio.

–¿Quieres quedarte, Erin? –le propuso Rachel.

–No… debería haberme ido con Peter y Lisa.

–Gordon puede llevarte a casa.

–Lo agradecería. Me apetece estar sola un rato.

–Te llamaré cuando Angus nos diga algo.

Se dieron un ligero abrazo y se montó en el coche.

–Esto también pasará –Gordon no era de los que malgastan las palabras–. O, si lo prefieres, puedo matarlo –terminó jocosamente.

–¿Matarlo? ¿A Alec?

–En ciertas culturas eso es lo que hacen los hermanos –era científico y a veces no podía disimularlo.

–No estoy tan enfadada como para querer matarlo –dijo sinceramente–. ¡Espera! Eso suena como si… –rectificó para decirlo más claramente–. Estoy enfadada de que tú pienses que tengo un motivo para querer matarlo.

–Tú dirás. Él es el responsable de esa tal Kate que merodea por todos lados como un moscardón en medio de un rebaño de ovejas. ¿Tienes algún motivo mejor que ese?

–¡Gordon! –Erin se rio–. Te tendré informado, pero, por favor, no lo mates.

–¿No? La verdad es que me quitas un peso de encima.

Para Erin el único alivio estaba en la soledad.

Capítulo 7

Erin no pasó sola mucho tiempo.

Alec llamó a la puerta una hora más tarde.

–Erin… ¿estás en casa? Volví a casa de Rachel y me dijo…

Erin abrió la puerta.

–Pasa –dijo ella tranquilamente aunque el corazón se le salía del pecho.

–¿Puedo? –a él le faltaba la respiración.

–Claro –dijo ella.

–He hablado con Kate –dijo sin rodeos mientras atravesaba el pequeño vestíbulo y entraba en la cocina.

Erin puso agua a calentar. ¿Sería una costumbre adquirida por ser seis hermanos? Se preguntó. Cada vez que había una situación complicada, preparaba un té para todos los involucrados.

Alec no tenía aspecto de tener tiempo para quedarse a beberlo. Ella, con una punzada de espanto, miró más allá de la respiración entrecortada y comprobó que estaba despeinado, que tenía tres botones de la camisa desabrochados y que se la había metido de cualquier manera dentro de los vaqueros.

Como si se hubiese vestido deprisa y corriendo.

–¿Hablado? –repitió ella con un tono de escepticismo que él no captó al estar yendo de un lado a otro inquietamente.

–Se ha disculpado –dijo él rápidamente–. Aunque, es… irrelevante.

Erin frunció el ceño. ¿Lo era? A lo mejor a Caitlin le importaba.

Una parte de ella deseaba con toda su alma tirar cosas, ponerse a gritar, exigir respuestas, pero él empezó a hablar.

–Hemos hablado de William y su futuro y está decidido –se calló un instante–. Seguramente sepas que solo hay una solución.

Por fin se estuvo quieto y la miró con los ojos como dos brasas azules. Estaban a dos metros el uno del otro. Detrás de Alec, el agua empezó a hervir.

–Sí, eso creo –replicó ella–. Kate volverá a Inglaterra con

William y tú la seguirás en cuanto puedas.

Era difícil decir esas palabras. Le salieron a trompicones. Ella se cruzó los brazos sobre el pecho para intentar no perder el control y arrojarse en brazos de él gritando: «¿qué pasa conmigo?» con el tono egoísta que habría empleado Kate. No lo haría, aunque la pregunta le ardía en su interior.

Él asintió con la cabeza. Hubo un silencio.

–No es lo que… te dije qué podrías esperar de Kate hace dos semanas.

–No –confirmó ella.

–Había sido tan inflexible que no contaba con ella.

–Ha sido la enfermedad de William –dijo Erin para facilitarle las cosas.

–¿Qué pretendías? ¿Que no la llamara? –preguntó él que había malinterpretado las palabras de Erin.

–¡Claro que tenías que llamarla! –intervino Erin–. No estoy diciendo… solo digo que nadie podía prever la enfermedad de William. Que no ha sido culpa tuya.

–Ahora dice que habría pasado de todas maneras; que ha terminado por darse cuenta de que lo necesita en su vida.

Erin quiso preguntarle si la creía, pero no lo hizo.

–William es lo más importante, Erin –dijo él con calma.

–Lo sé.

–Lo que significa que pueda estar habitualmente con su madre.

–Naturalmente –ella asintió con la cabeza con demasiada energía–. Alec, lo sé y lo entiendo. No lo digas como si yo fuera tonta o insensible o una egoísta patológica.

–¡No he dicho nada de eso!

–Entonces, ¿qué dices?

–Nada –respondió él–. Expongo los hechos. Solo me alegro de que todo haya pasado antes de la boda.

–¿De verdad? Claro, tienes razón.

Él asintió levemente con la cabeza.

–Para que tengas, tengamos… una salida, fácil, más fácil –corrigió.

Ella intentó contenerse.

–¿Tú y Kate… vais a casaros otra vez?

Él pareció sorprenderse.

–¡No! ¿De dónde has sacado esa idea?

–Quizá sea por cómo llevas la camisa o el pelo –dijo Erin con un sarcasmo sombrío.

Él se ruborizó.

–Ella intentó…

–No busques excusas –soltó ella.

Fue como si él hubiera recibido una bofetada. Apretó la mandíbula y le brillaron los ojos. Se notaba la tensión y el intenso e inevitable atractivo físico que había entre ellos fue como un chispazo de electricidad sin control. Los dos se contuvieron, era una sensación muy frágil, muy alejada del amor que habían sentido.

–No busco excusas, Erin –respondió él con una voz extrañamente amable–. No se me ocurriría buscar excusas para nada. Kate se ha metido en medio, ¿no? No pensaba que pudiera cuando ella estaba en Londres y nosotros aquí, pero la enfermedad de William ha cambiado muchas cosas y esa ha sido una de ellas. Le ha dado a Kate la posibilidad de meterse en medio. ¿Cuánto la odias? –añadió él con un tono familiar.

–¿Odiar? –dijo Erin con sorpresa–. Es una palabra muy fuerte. No la odio, Alec. Ella tiene prioridad, eso es todo. Sobre William y sobre ti.

–Ella no me interesa –insistió él–. No de la forma que ella piensa –aclaró.

–Entonces, ¿cómo?

¿Realmente quería saber la respuesta?, se preguntó con el estómago revuelto.

–A Kate… –él suspiró y buscó las palabras precisas–. Le gusta pensar que todo el mundo la adora. Esta noche se le ha derrumbado parte de esa sensación. Ha quedado en evidencia. La criaron para que creyera que era insensible. Ahora está decidida a demostrar que no es así. Yo… –volvió a suspirar– tengo que intentar que haga el menor daño posible.

–La entiendes muy bien, ¿no?

–No lo he hecho siempre –reconoció él–. Tan solo es su estrategia para sobrevivir. Todos la tenemos. A lo mejor no hay que culparla porque la suya sea bastante agotadora para todos.

–¿Cuál es tu es… estrategia para sobrevivir, Alec? –se le quebró la voz.

Quizá fuera parte del problema entre ellos. A lo mejor no se conocían lo suficiente. Pronto tendrían que llegar los obstáculos en su relación.

–¿Mi estrategia para sobrevivir? –se encogió de hombros–. Intentar por todos los medios hacer lo que se espera de mí. Hacer lo que hay que hacer en cada situación concreta.

–¿Y en esta situación?

–Ya lo hemos hablado. Volveré a Londres cuando William pueda viajar. Kate cree que va a volver para llevárselo ella, pero en eso se equivoca.

«¿Qué pasa conmigo?»

–¿Y… yo? –fue una versión débil y suavizada de la pregunta.

–Te has portado maravillosamente, Erin –la tranquilizó con amabilidad–. Le has dedicado mucho tiempo y cariño a William y me has ayudado mucho a mí. No tienes la culpa de nada. En realidad, me culpo yo de haberte empujado a esos planes de boda.

–Eso tampoco es justo –dijo ella sin poder evitar el instinto de defenderlo.

Él se rio.

–Gracias, pero creo que puedo asimilarlo.

–Las cosas han salido así, Alec. Las complicaciones del mundo moderno, supongo.

–¿Debemos tomarlo así? De acuerdo.

Alec echó el brazo hacia atrás y se quemó con el recipiente donde se calentaba el agua.

–El té –dijo Erin–. Iba a hacer té.

Él negó con la cabeza y ella se sintió aliviada.

–Tengo que irme –dijo él–. William conoce perfectamente a las enfermeras, pero no me gusta dejarlo solo.

El hecho de tener que explicarle algo tan evidente resaltó la distancia entre ellos más que cualquier palabra hostil.

Después de que Alec se fuera, ella lloró desconsoladamente hasta que sonó el teléfono.

–¿Erin? –era Angus y podía adivinar que tenía buenas noticias–. El bebé sigue en su sitio y está bien. En el escáner hemos podido verlo haciendo ejercicio como un atleta olímpico. El técnico no podía creerse que fuera tan activo. Era como si quisiera demostrarnos lo bien que estaba. ¡Ha sido maravilloso!

–¡Angus! Cómo me alegro. ¿Venís a casa?

–Sí. Caitlin está vistiéndose. Ya no sangra casi.

–¿Qué crees que ha pasado?

–¿Un rasguño en la placenta? A veces es por el aborto de un gemelo, pero no hay pruebas. Por si acaso, Caitlin va a tomarse dos semanas de baja, aunque seguramente sea una exageración.

Cuando llegaron a su casa veinte minutos más tarde estaban tan felices que Erin hizo un esfuerzo heroico para ocultar sus sentimientos.

Estaba previsto que Kate se fuera a finales de la semana siguiente.

Le dijo a Rachel que no quería abusar de su hospitalidad y se llevó las maletas a casa de Alec. Rachel estaba indignada y asustada por Erin y esta tuvo que volver a adoptar el papel de defender una situación que le dolía mucho más de lo que se imaginaba su cuñada.

–Alec no pasa mucho tiempo en casa –le dijo a Rachel.

–No se necesita mucho tiempo –replico sombríamente Rachel.

Erin dejó de fingir.

–No importa si pasa algo. Todo ha terminado entre nosotros.

–¡Erin! ¿Cómo? ¿Por qué?

No pudo hablar durante unos minutos; solo podía sollozar desesperadamente en brazos de Rachel con el cuerpo tembloroso. Hasta que se tranquilizó lo suficiente como para poder dar una ligera explicación.

–Ha resultado ser una flor muy frágil que se ha marchitado ante tanta tensión. No me pidas una explicación detallada.

–¡Algún día lo haré! –amenazó sinceramente Rachel–. Pero no ahora. Dime solo cuánto te ha herido.

–¿Cuánto? ¿No te lo imaginas? Pero no es culpa de Alec.

Silencio.

–Excepto en la medida en que él era el único que tenía trabas.

–¿Ex mujer e hijo?

–Exactamente.

–Estás amargada.

–Por mí misma. Por haber creído que podía haber sido fácil. Debería haberlo sabido… Lo sabía… al principio. Me dejé arrastrar.

Caí.

–¿Caíste?

–Como una manzana madura. En su mano. Aunque le aseguré que no lo haría.

–¿Quieres que le diga a Gordon que le tire un ladrillo a sus ventanas y le pinche las ruedas del coche?

–¡Qué dos! –hizo un esfuerzo por reírse–. ¡Qué violentos! Gordon ya se ha ofrecido para matarlo.

–Lo sé, pero le dije que era ir un poco lejos, que a lo mejor aceptabas lo del ladrillo.

–Estás de broma, ¿verdad?

–Claro que estoy de broma, pero a veces viene bien, ¿no crees?

–¿El ladrillo?

–Las bromas, aunque no sean muy consistentes.

–Vosotros sois la ayuda –dijo Erin–. Todos. Gordon, Caitlin, Angus, Mel.

¡Mel! Alec debía de habérselo dicho.

Había recibido un correo electrónico a través del ordenador de Gordon:

> *No contestas el teléfono. ¿Filtras las llamadas o no estás en casa? ¡Por favor, llámame! ¿Qué es todo eso de que Alec y William vuelven sin ti? No entiendo nada.*

Erin no se fiaba de lo que podía pasar si llamaba a Mel. Sabía que lloraría. Por eso utilizaba el contestador automático para filtrar las llamadas. Le mandó otro correo electrónico en el que evitaba reconocer que ella tampoco entendía nada, pero que estaba lleno de los razonamientos que se daba sí misma constantemente y a todo el que se lo preguntaba.

Que ella y Alec habían sido demasiado impetuosos; que haber estado separados para reunirse al cabo del tiempo había hecho que pensaran que su amor era imposible. La realidad era mucho más prosaica: lo que sentían el uno por el otro, expresado en medio de la pasión abrasadora del anhelo y la liberación, no había sido capaz de soportar el embate de la enfermedad de William y la reaparición de Kate.

Eso era lo que había pasado. Era difícil entrar en una familia

nueva. Era difícil la intromisión de una ex mujer. No todas las relaciones aguantan la distancia. Era mejor que hubiese pasado antes de la boda.

Kate le dijo lo mismo, muy amablemente, el día antes de marcharse. Erin tenía turno de noche y aprovechó el rato de la cena para ir a ver a William.

La incertidumbre que le producía ese asunto era otra fuente de dolor. Ya era mayo y se habían cumplido dos meses desde que había decidido conscientemente amar al hijo de Alec.

Eso no había sido difícil. Era como si hubiera tenido un interruptor en la espalda que al encenderlo hubiera dado paso a la corriente de amor maternal. Lo que no parecía tan fácil, por desgracia, era volver a apagar el maldito cacharro. Naturalmente, podría haber dejado de ir a verlo. Podría haber dado un corte limpio al cordón umbilical de los sentimientos, pero le habría parecido una traición para el maravilloso niño de ojos marrones.

Por el bien de ambos había decidido que lo mejor era una separación gradual, como se desintoxica a los bebés recién nacidos con síndrome de abstinencia por las drogas que han tomado sus madres durante el embarazo.

No se lo había dicho a Alec. Intentaba no visitarlo cuando estaba él. Por eso había ido durante el rato que tenía para cenar. Sabía que él estaba en el quirófano haciendo una cesárea.

Sin embargo, no había contado con la presencia de Kate.

William ya no estaba en la Unidad de Cuidados Intensivos. Estaba en la planta de Pediatría, donde el ambiente era mucho más relajado. Había mejorado mucho su capacidad de comunicación y de movimiento y ya no necesitaba una atención constante.

Cuando Erin miró en la habitación que William compartía con otros cuatro niños, Kate no estaba y ella sintió cierto remordimiento por el alivio que sintió al ver la silla vacía.

–¡«Ennin»! –exclamó él al verla mientras señalaba el camión con el que jugaba un niño en la cuna de al lado–. ¡«Amión»! ¡Brrrr!

–Sí, el camión hace ¡brrr!

¿A quién quería engañar con lo del alejamiento gradual? Quizá les hiciera más daño a largo plazo.

Le pidió al niño de al lado un camión y estuvo un rato jugando con William.

Kate apareció de repente con un paquete de fideos chinos y verduras. Se quedó helada un segundo al ver a Erin, pero enseguida se recompuso y adoptó el aire preciso.

–¡Oh, Erin!, eres tan amable al pasar un rato con él… –el tono transmitía cierta sorpresa–. Sinceramente, nadie se lo espera.

–Yo creo que William sí lo espera –replicó Erin con brusquedad.

Deseó una vez más tener el tono desenfadado de Kate.

–No se daría cuenta. Recibe mucha atención, quizá demasiada.

–¿Te parece?

–Me espantaría que estas semanas lo malcriaran. Le he dicho a Alec que no debe mimarlo –se rio–. Le he hecho una lista enorme con lo que puede hacer y lo que no.

–¿De verdad?

–Lo ayudará hasta que yo vuelva.

–¿Sabes cuándo volverás?

–Dentro de dos semanas. Tres como mucho. Este nuevo papel es fantástico y, afortunadamente, el plan del rodaje está muy bien ajustado. Tengo escenas con tres nominados al Oscar, ¿no te parece increíble?

El tono indolente no engañó a Erin.

–Es maravilloso, Kate.

Intentó que sonara todo lo sincero que fue capaz y no lo hizo mal. No tenía celos por el éxito profesional de Kate, pero no siempre era fácil distinguir cuando se sentía tanto dolor.

No obstante, Kate había pensado que no sentía animadversión hacia ella.

–Todo esto te habrá resultado penoso, ¿verdad? –dijo Kate.

La compasión rezumaba como la miel de un panal.

–Sí. Un poco.

¿Por qué en esas ocasiones solo podía asentir lacónicamente? ¿Por qué no podía dar una respuesta cortante, elaborada y maravillosa? Sabía que habría podido hacerlo.

–Imagínate cuánto peor habría sido que pasara después de la boda –dijo amablemente Kate–. Sé que Alec se siente fatal…

–¿En serio?

–¡Sí, claro! –lo dijo con una autoridad y condescendencia que pudo ser inconsciente–. Por confundirte acerca de sus sentimientos. Por hacerte esta faena.

–¿Estáis… juntos otra vez?

Kate se rio.

–Depende de a quién hagas la pregunta –dijo ella.

–Te lo pregunto a ti.

–Ya, me he dado cuenta. No, no estamos *juntos*. Le he dicho a Alec que no creía que fuese a funcionar. No estoy segura de que él… –frunció el ceño–. Bueno, sí, creo que sí lo aceptará. Tendrá que hacerlo. Me imagino que para mí habría sido más fácil si estuvierais casados, pero no siempre puede anteponerse uno, ¿verdad?

–Desde luego.

Fin de la conversación.

Erin no podía quedarse ni un minuto más. No por la delicada falta de sinceridad de Kate, sino porque sus respuestas eran burdas como trozos de cemento. Se le había terminado el tiempo para cenar y no había probado bocado, pero no tenía hambre.

Erin volvió a su puesto, terminó el turno sin ver a Alec, durmió fatal y llamó a Caitlin al día siguiente. Entonces se le ocurrieron todas las frases brillantes e ingeniosas que debía haber empleado con Kate pero que no le salieron.

Caitlin no se ofreció para asesinar a nadie ni para tirar ladrillos ni para pinchar ruedas, pero la escuchó como si fuese especialista en ese arte y eso la ayudó. Un poco.

Capítulo 8

Si dos meses antes Erin sintió una mezcla deliciosa de extrañeza y hechizo al tener que contar a todo el mundo en el trabajo que estaba prometida, en ese momento le pareció muy doloroso tener que explicarles que había sido un error.

Sabía que Alec se lo contaría a los compañeros más cercanos; lo habían comentado brevemente por teléfono, pero Erin tenía que decírselo al resto de personal del servicio de Maternidad.

Aprovechó el cambio de turno del lunes, justo después de que se marchara Kate, para dar una explicación breve y realista.

–Alec volverá a Inglaterra con William antes de seis meses. Kate y él han acordado compartir la custodia y eso implica que hay que tener en cuenta las necesidades de muchas personas. Nosotros nos hemos dado cuenta de que lo que sentíamos el uno por el otro no bastaba para superarlo.

Perfecto. Una auténtica versión oficial. Además, había conseguido no soltar ni una lágrima. Si hubiera sido Kate podría haber hablado con un publicista y dar una conferencia de prensa. No les había pedido a Siobhan, Tricia, Leigh y los demás que difundieran la noticia, pero sabía que lo harían. Un par de ellos lo comentarían sin más, algunos lo harían amablemente y uno o dos plantearían diversas conjeturas. ¿Quién rompió? ¿Su ex mujer quiere volver con él? ¿Qué nos oculta Erin?

A ella no le gustaban esas preguntas y era peor cuando tenía que responderlas directamente, aunque las plantearan con delicadeza. Se había enamorado de Alec sin que nadie dijera nada y habría preferido, necesitado más bien, solventar la ruptura de la misma manera.

Sin embargo, parecía que no iba a ser así.

Durante los días siguientes se dio cuenta de que la gente intentaba no herir su posible susceptibilidad. A veces resultaba amargamente cómico. Tricia Gallant tuvo que hacer un ejercicio de malabarismo verbal para narrar un parto sin mencionar el nombre

de Alec delante de ella.

Siobhan se dio un tortazo al intentar adelantar a Erin para que no entrara en la pequeña cocina donde acababa de entrar Alec a prepararse un té. Erin se volvió a su trabajo mientras de la cocina salía la amigable conversación entre Alec y Kelly Norman, una comadrona en prácticas.

Ella tuvo la sensación de que ya había pasado por eso. Volvía a *La Sirenita*. Volvía a andar sobre cuchillos, como hacía dos años y medio. Solo que esa vez era mucho peor.

Entonces, en Londres, solo podía imaginarse lo que sería abrazar su cuerpo, despertarse junto a él y mirarlo a los ojos a través de una mesa mientras hacían planes. En ese momento sabía lo que era eso. Se había deleitado con la dulzura de su amor, como si fuera un vino maravilloso. En cambio, estar sin él era como beber un agua fétida.

–Erin, te he traído el té –dijo Kelly.

–Gracias.

Levantó la cabeza para agarrar la taza y vio a Alec por encima del hombro de Kelly.

–Siobhan, tenías razón sobre Cathy Colder –dijo él–. No hay señales de dilatación cervical y ya han pasado catorce días. He repasado su historial y ella parece segura de las fechas.

–Las pruebas de tensión no muestran complicaciones –replicó Siobhan.

–Pero a mí siempre me preocupan estos casos. Espero que el doctor Blake quiera que le ponga un goteo a primera hora de la mañana si no ha pasado nada esta noche. ¿Qué tienes tú, Erin?

Soltó la pregunta al final del comentario sobre otra paciente y la sorprendió, aunque no había motivo. Alec, como cualquier residente deseoso de llegar a ser ginecólogo, quería estar disponible para atender la mayor cantidad de partos posibles, sobre todo los que se salieran de lo corriente. Además, no era del tipo de hombre que se comportaría de forma distinta porque pasaba por una situación personal complicada. Es más, haría cualquier cosa para evitarlo.

Ella hizo un esfuerzo por hacer lo mismo.

–Primi –dijo ella refiriéndose a una madre primeriza–. Treinta y dos años; treinta y ocho semanas y dos días de gestación. Sin problemas durante el embarazo. Llegó en el momento previsto con

su marido y todo parece controlado.

–¿Le has hecho un reconocimiento?

–No. Ella no quería.

La política del hospital era dar margen a las pacientes para decidir si se hacían un reconocimiento de la dilatación cervical, ya que era muy molesta y había muchas mujeres que no querían hacérselo.

–Entonces, ¿no tiene problemas? –dijo Alec.

Curiosamente, esa era la sensación que ella quería transmitir: ¡lárgate de mi sala de partos, Alec! ¡Es un parto fácil y no quiero que estés ni te necesito!

Llamaron a Alec para que asistiera a una paciente muy embarazada y con asma y Erin pudo terminarse el té en paz.

La tarde estaba pasando con tranquilidad. Eran las siete y ella, Siobhan y Tricia tenían un paciente cada una. Erin seguramente pasaría a Donna, la primeriza, al turno de noche. Un examen externo manual indicaba que el bebé estaba alto y que a Donna le quedaba todavía un buen rato. Después de una hora de avances muy lentos, la probabilidad se confirmaba.

–Creo que me haré el reconocimiento –dijo Donna a las ocho y media–. Incluso me pondré una epidural si me queda mucho todavía.

Empezaba a sentirse desanimada. Había empezado a tener síntomas esa mañana en su casa, hasta que las contracciones alcanzaron una frecuencia que hizo que fuera al hospital. Tomó la mano de su marido con fuerza mientras Erin se ponía los guantes para palpar el cuello del útero.

–Todo está bien, pero me temo que la dilatación no pasa de tres centímetros. Puede ponerse una epidural si quiere. Tiene tiempo de sobra para pensarlo.

–Entonces, todavía no. Ya veremos cómo evoluciona.

–¿Quieres dar un paseo? –le preguntó su marido.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Puedes ayudarme a levantarme, cariño?

En ese momento, todo dejó de ser rutinario y lento para ser todo lo contrario. Donna rompió aguas, la mitad en la cama y la otra mitad en el suelo.

–¡Está naciendo! ¡El bebé está naciendo! –gritó ella

terriblemente asustada.

No era el bebé, era un bucle del cordón umbilical. Se asomó en cuanto ella se tumbó en la cama y Erin tuvo que pensar a toda velocidad.

–Algo va mal, ¿no? –dijo Donna.

–Me temo que sí –Erin apretó el botón de emergencia mientras hablaba–. ¿Puedes ponerte a gatas? Caderas en alto y cabeza baja.

Tuvo una contracción y Donna se quedó paralizada de dolor.

–No pasa nada, no pasa nada –repetía su marido, que estaba verde de pánico.

Tricia entro para decirles que Alec y otro médico veterano estaban llegando.

–Intenta hacer un esfuerzo durante la contracción, Donna –la animaba Erin–. Te necesitamos en esta posición.

Lo que no necesitaban era que el bebé asomara la cabeza y presionara el cordón hasta cortar el suministro de sangre. Sería fatal para el bebé. Tricia presionaba externamente sobre el bebé y lo empujaba todo lo alto que podía contra las costillas y los pulmones de Donna.

–¿Qué va a pasar? –preguntó John, el marido.

–Todo va bien, John –lo tranquilizó Tricia automáticamente.

Otra contracción. Había roto aguas y cada vez eran más frecuentes. Tricia y Erin luchaban contra la naturaleza para mantener al bebé lo más alto posible.

–No puedo respirar, me siento fatal –jadeó Donna.

–Lo sé –replicó Erin–, pero no podemos hacer otra cosa. Tenemos que evitar que el bebé presione el cordón con la cabeza.

–Vamos a prepararte para el quirófano –dijo Tricia–. Te vamos a hacer una cesárea. Hay que sacar al bebé cuanto antes.

–¿Pasará algo? –preguntó John.

–Nada. Hay quirófanos por todas partes y hemos actuado con rapidez –Tricia le dio una palmada en la espalda.

–Quédate en esa posición, Donna –intervino Erin.

Alec y el ginecólogo Perry O'Hare llegaron a toda velocidad. El doctor confirmó lo que Tricia y Erin ya sabían. La única solución era una cesárea de urgencia.

Llevaron a Donna al quirófano en medio de una gran agitación. Alec sería el ayudante y el doctor O'Hare realizaría la operación.

Erin se ocuparía del cuidado del bebé si nacía saludable.

El pobre John tendría que esperar fuera porque una operación de esa naturaleza exigía una anestesia general de efecto rápido.

Donna tuvo un trayecto complicado hasta el quirófano. Seguía de rodillas con la cabeza hacia abajo. Estaba muy incómoda y nerviosa. Además, apenas podía respirar por la presión del bebé. Antes de salir de la habitación, habían comprobado el ritmo cardiaco del feto y era fuerte.

Erin avanzaba junto a Donna para tranquilizarla y se chocaba constantemente con Alec, que había sustituido a Tricia intentando mantener al feto lo más alto posible. Él le pisó un pie y ella le golpeó el hombro; se pidieron disculpas. Hasta que dejaron de hacerlo porque era algo constante. Pero ¿se pedían disculpas solo por los pisotones o los empujones? Naturalmente, no…

Donna tuvo una náusea y oyeron el sonido de una salpicadura en el suelo. Todos siguieron avanzando sin prestarle atención.

El quirófano. Un resplandor blanco. Todo el mundo concentrado. La mesa inclinada para que el bebé se mantuviera en la parte alta del útero por su propio peso. El anestesista le puso el goteo y calculó la dosis en el monitor.

Erin se mantuvo apartada.

–¿Qué ha pasado? ¿Estaba en la habitación? –le preguntó la pediatra Anna Parker.

–Sí. Yo estaba con ella. Cuando rompió aguas, ella dijo que sentía como si el bebé estuviera saliendo. Yo sabía que no podía ser porque dos minutos antes solo había dilatado tres centímetros después de un día de parto.

–Entonces, no ha presionado el cordón mucho tiempo.

–Creo que nada en absoluto. Actuamos rápidamente y ella se ha portado muy bien.

–Perfecto. Espero que no me necesiten.

El doctor O’Hare estaba preparado para hacer la incisión. Alec estaba a su lado y le habría gustado hacerlo a él, pero Perry O’Hare no iba a permitir que lo hiciera un médico con tan poca experiencia.

Erin observaba a Alec. Miraba hacia abajo y solo podía verle los párpados y las pestañas. El corazón le dio una sacudida y el amor y el deseo se convirtieron en algo físico, real y apremiante, como

siempre. No era fácil tener que trabajar con él en un ambiente tan emotivo.

–Aquí está. Es un niño –dijo el doctor O'Hare mientras sacaba el bebé.

Hubo una serie de murmullos y de sonrisas que expresaban el alivio y la felicidad del momento.

Alec sonrió brevemente y volvió a concentrarse cuando el doctor le encargó que terminara él. Tendría que retirar el cordón, extraer y analizar la placenta, suturar el útero y cerrar la incisión.

Erin ayudó a la pediatra con el bebé. Pesó casi tres kilos y pudieron llevarlo a la Unidad de Recién Nacidos mientras Alec terminaba su trabajo con Donna.

Él no la miró, aunque ella había estado observándolo con la esperanza de que lo hiciera. Erin comprendió que tenía que dejar de hacerlo. No podía estar todo el rato esperando momentos especiales entre ellos. No ocurrirían, y si lo hacían, serían más dolorosos.

Alec sabía seguir adelante sin volver la mirada. Si hubiera sido el hijo a quien le hubiera correspondido ir al ejercito habría afrontado su futuro con la misma expresión firme y concentrada que le veía de vez en cuando. Ella estaba segura de que le tenía cariño; quizá como amiga. O como algo más. Pero no era suficiente.

No era suficiente como para que ella pasase a formar parte de su complicada vida. Sería una carga emocional más. Una segunda mujer con la incómoda costumbre de preguntarle qué pasaba con ella cuando tenía que poner por delante a William, a Kate en segundo lugar y, además, debía tener en cuenta las necesidades que los dos anteriores tenían de cada uno.

Tenía que renunciar a algo y sucedió que fue ella.

Erin no había esperado verlo esa noche, pero sencillamente ocurrió. Llevó el bebé a la habitación donde estaba su padre con una taza de té frío en la mano.

John giró la cabeza al oírla entrar. Primero, el gesto era de terror, pero pronto se transformó en felicidad.

–¿Es…?

–Su maravilloso hijo –dijo Erin alegremente–. Está perfecto, John. Lo sacamos antes de que dañara el cordón.

–¿Lo sabe Donna?

–Todavía no. Todavía está anestesiada. Pronto irá a la Unidad de

Recuperación y podrá ir a verla, pero me imagino que querrá saber que lo ha tenido en brazos.

–¿Puedo…?

–Claro.

Ella le entregó el pequeño bulto. El niño tenía todavía la cara un poco congestionada y unas patillas oscuras como si fuese un Elvis Presley en miniatura. En cualquier caso, estaba vivo y era una preciosidad. El regordete John estaba tan desbordado por la felicidad que la escena tenía la intensidad, calidez y belleza de un cuadro clásico. Erin no tenía prisa en deshacer la magia y respondió a todas las preguntas sobre la salud de Donna, la operación y lo que pasaría en los próximos días.

Llevaron al bebé a la sala posparto y lo dejaron en su cuna.

–¿Tiene nombre? –preguntó Erin cuando todo estuvo preparado y había contestado a las preguntas de John.

Él parecía haberse quedado en blanco.

–Mmm… habíamos pensado en un nombre cuando veníamos hacia el hospital –recordó vagamente–. Pero se me ha olvidado –pensó un poco más–. ¡Ya lo sé! Benjamin o Christopher.

Sin embargo, cuando apareció Alec a los pocos minutos el asunto se complicó un poco.

–¿Qué te parece Richard James, John?

–¿Richard…? ¿Es lo que habíamos decidido? –frunció el ceño y pareció desconcertado.

–Según su mujer, sí, pero tengo que decir que acababa de salir de la anestesia.

–No –John sacudió la cabeza–. Estoy seguro de que no era Richard.

–¿Quiere bajar a verla y aclararlo?

–¡Si, por favor!

Salió corriendo y Alec y Erin se quedaron solos en la habitación con el recién nacido. Unas semanas antes se habrían reído del lío del nombre, pero en esa ocasión Alec se limitó a mascullar algo incomprensible.

Alec salió al poco rato con la mano en la nuca como si le doliera la cabeza. La torpeza de sus movimientos denotaba la tensión y la incomodidad que sentía cuando estaba con ella.

Erin suspiró y recompuso el rostro cuando entró la comadrona.

–¿Quién es este hombrecito?

–Todavía no está muy claro –contestó Erin con un tono forzadamente jocoso–. Por el momento es el pequeño Moss.

Volvió al quirófano para ordenarlo, luego terminó una serie de asuntos administrativos y cuando se quiso dar cuenta eran las diez. Estaba deseando terminar el turno.

De repente oyó la voz de Alec que salía de la habitación número tres y se dio cuenta de que él también estaba allí. ¿Podrían evitarse el uno al otro? Era improbable.

En ese momento había mucho ruido. Había dos madres a punto de dar a luz y una tercera acababa de ingresar. El ginecólogo Larry Cotterill entró en la habitación de pacientes privados gritando:

–¿¡Dónde está el equipo de reanimación que había pedido!?

Kelly salió corriendo por él.

–Siento decirte que es una madre toxicómana –le dijo Tricia a Erin mientras salía de la habitación tres.

Erin recordó cuando un par de meses antes había ayudado a Alec en un caso parecido.

–Voy a asignártela durante tu última hora de turno, mala suerte –le dijo Tricia a Erin.

–Podré soportarlo –Erin apretó la mandíbula y contuvo el instintivo rechazo.

–Voy a llamar a otro médico porque me parece que la de la habitación número uno necesita una cesárea –añadió Tricia.

Erin entró en la habitación tres y esquivó por poco a Alec que estaba en la puerta. Se agarraron de los brazos, se separaron inmediatamente, se pidieron disculpas con torpeza y entraron en la habitación.

«Maldita sea», se dijo Erin para sí misma.

–Lo siento –dijo él por encima del hombro–. Volveré cuando esté más avanzado. Creo que es una historia muy sincera. Su pareja ha colaborado mucho.

A Erin le agradó comprobar que Paul, la pareja de la futura madre, estaba con ella. Parecía intranquilo, pero estaba centrado en que ella, Marla Driscoll, se sintiera bien. Tenía un vaso con hielo picado en la mano y le animaba a que se duchara.

–De acuerdo –aceptó la joven.

Paul la ayudó a desvestirse y a meterse debajo del chorro de

agua humeante que Erin había abierto en el cuarto de baño privado.

Marla tenía señales en los brazos, la piel en mal estado, la vista nublada y los dientes estropeados, pero estaba claro que quería a su pareja.

–Siento mucho todo lo que estás pasando –oyó Erin que decía ella–. No te mojes, cariño…

La ducha fue breve.

–¡Tengo que empujar! –dijo Marla.

Alec debía de estar cerca porque apareció al instante.

Los dos ayudaron a Marla a encontrar una postura cómoda. Alec le dio las instrucciones con la tranquilidad y calidez habituales en él. Ella empujó y después tres contracciones y unas leves interrupciones para respirar dio a luz a un pequeño bebé.

–¿Una niña? –dijo Marla antes de dejarse caer extenuada.

–Lo has hecho muy bien, Marla –dijo Paul–. ¡Es preciosa! ¡Tiene un montón de pelo!

Pero a los pocos minutos de nacer, el bebé empezó a temblar y a llorar desesperadamente por el síndrome de abstinencia. Erin la dejó sobre el vientre de su madre con la esperanza de que el calor la aliviara.

–¡Caray! –dijo Marla–. ¡Cómo llora! Supongo que eso quiere decir que está sana y fuerte.

Pero de repente, el bebé se quedó rígido. La imagen era espantosa. Los diminutos miembros le daban sacudidas y tenía la cabeza hacia atrás. Alec dejó lo que estaba haciendo y salió disparado al botiquín. Volvió enseguida con una jeringuilla y una dosis de phenobarbitona que terminó rápidamente con la rigidez.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Marla entre sollozos.

Alec respiró profundamente. Erin podía leer en su cara que estaba luchando contra el impulso de ponerse furioso. No podía permitírselo. Se trataba de conseguir que las madres drogodependientes se sintieran los suficientemente cómodas como para que pidieran un tratamiento y se mantuvieran en contacto con ellos.

–Marla, tu hija tiene un grave síndrome de abstinencia –dijo amablemente–. Vamos a tratarlo para que sufra lo menos posible. La llevaremos a la Unidad de Cuidados Intensivos de Pediatría donde le aplicarán dosis mínimas de morfina hasta que pierda la

dependencia y sea una niña sana y feliz.

–¿Cuánto durara eso?

–Depende de los bebés. La tendremos vigilada y te ayudaremos a que hagas todo lo posible por ella.

–Había decidido que lo dejaría cuando naciera –dijo un poco a la defensiva–. Voy a meterme en un programa de metadona.

–Parece una buena decisión.

–Alguien… un asistente social… me ha dicho que podría darle el pecho.

–Con metadona, sí. Con heroína, no.

–No sabía que fueran tan distintas.

–Ya te dije que lo eran –intervino Paul.

–Paul ya lo ha dejado –les explicó Marla como si fuese un gran logro en su vida. Lo cual era cierto–. Lo dejó antes de conocernos, ¿verdad, Paul? No para de decirme que vaya a grupos de apoyo y todo eso. Le dije que poco a poco; que cuando naciera el bebé.

Empezó a temblar. Erin no sabía si era por la emoción o por algo físico.

Ya eran las once de la noche. Emily Anderson, la comadrona fija del turno de noche, entró a hacer el relevo mientras Alec examinaba la placenta. Erin le puso al día de toda la situación, garabateó unas notas y dejó la habitación.

No era fácil dejar a una paciente en esa situación, pero pasaría más de una hora antes de que Marla y su hija estuvieran situadas definitivamente. Una en la Unidad de Posparto y la otra en la Unidad de Cuidados Intensivos, donde estuvo William tanto tiempo.

William.

Erin seguía visitándolo al principio y al final de cada turno. Si estaba Alec, ella se retiraba de puntillas, pero sabía que esa noche él estaría bastante ocupado con Marla y su hija.

William estaba dormido. Quizá no tuviera sentido ir a visitarlo, pero, por algún motivo, no podía evitarlo. Como le pasaba a Marla Driscoll con su dependencia de la heroína.

¿Su hábito era igual de destructivo? Imposible. Pero ella ya no sabía por quién lo hacía. ¿Era por William o era por ella?

William parecía muy pequeño dentro de la cuna y cubierto por la colcha, pero estaba recuperándose. Sería uno del setenta y cinco por ciento que se recuperaban de esa enfermedad tan rara y

aterradora.

Erin pensó que no estaría con él cuando eso ocurriera. Si Kate se lo llevaba, ella no lo vería correr y subirse a los árboles.

Era muy doloroso.

Alec había dicho que no permitiría que Kate se lo llevara hasta que los dos estuvieran preparados, pero Erin no sabía hasta que punto lo mantendría. Podría cambiar de opinión, quizá ya lo hubiera hecho. Ella ya no participaba en sus tomas de decisiones y en sus planes.

Estaba sentada junto a la cuna de William e hizo un esfuerzo para dejarse llevar un rato, para disfrutar de su sueño tranquilo sin que los problemas le empañaran la visión. Podía oír la respiración rítmica, casi hipnótica, de William. Notó que la tensión la abandonaba.

Una mano en el hombro la despertó. No sabía cuánto tiempo había estado dormida, pero antes de abrir los ojos sabía que esa mano era de Alec.

–¿Qué haces aquí? –susurró él.

Ella parpadeó y se tapó un bostezo con la mano.

–Pasar la noche –bromeó Erin que sentía profundamente la calidez y el aroma de Alec y notaba todavía la huella de la mano sobre su hombro–. Lo siento, no pretendía quedarme dormida.

–¿Por qué lo has visitado? –Alec tenía el ceño fruncido–. Espero que no haya pasado nada. No he recibido ningún aviso.

–No, no ha pasado nada –contestó ella mientras Alec se sentaba junto a la cuna y se agarraba a la barra como si fuese la mano de su hijo–. Yo… siempre vengo a darle un beso de buenas noches.

Alec parecía sorprendido.

–No lo sabía.

–¿Por qué iba a ser tan sorprendente? –preguntó ella a la defensiva–. ¿Creías que fingía lo que sentía cuando venía a verlo durante la enfermedad y las semanas antes?

–No, claro que no –respondió él inmediatamente.

Era el tipo de respuesta educada que habría dado si alguien le hubiese preguntado si le importaba que se comiera el último emparedado y él tenía el estómago vacío. Erin se dio cuenta de que en cierto sentido eso era exactamente lo que él pensaba: que las preocupaciones de ella hacia William eran meramente parte de sus

obligaciones como futura madrastra. Idea que se vio confirmada enseguida.

–Solo pensaba –aclaró él eligiendo cuidadosamente las palabras– que a lo mejor te había alegrado poder liberarte. Yo me alegro de que no fuese así.

–¿Por qué? –ella misma se sorprendió del tono agresivo de la pregunta.

–Porque el hecho de que te preocupes por él significa algo.

–No hagas que me sienta así, Alec –dijo con la voz entrecortada–. ¡No quiero!

Se levantó bruscamente y se dirigió a la ventana para ocultar las lágrimas. A pesar de tener la visión nublada, podía distinguir las luces de los coches que circulaban por una carretera medio desierta que discurría entre los eucaliptos.

Unos segundos más tarde, pudo notar los hombros y el pecho de él contra la espalda. Él no dijo nada, tan solo la abrazó. Él debía de notar cómo le temblaba todo el cuerpo por el llanto y ella solo deseaba que dijera cualquier cosa. No le importaba qué, solo quería oír algo pronunciado por esa voz que adoraba. Algo que pudiera terminar de forma aceptable con esa situación.

Ella oía la respiración de Alec, notaba el calor de su cuerpo y ansiaba darse la vuelta para enterrar la cara en la camisa de él, pero no lo hizo. Lo reclamaba con cada terminación nerviosa del cuerpo. Estaba aterrada solo de pensar que podía notársele la necesidad que tenía de él.

Él hizo un leve sonido de pena e impotencia y ella notó que se le tensaban los músculos. Estaba luchando contra algo. ¿Contra la necesidad física que tenía de ella? Solo podía ser eso. Era lo mismo que estaba haciendo ella.

El cuerpo de Erin se había acostumbrado a esperar ciertas cosas de él. El contacto de sus labios, de sus manos, el delicado olor a ropa limpia y jabón. El cuerpo de Erin no había asimilado todavía que no debía esperar esas cosas.

–¿Qué puedo decir? –susurró Alec por fin–. ¡Nada! No tengo derecho a decir nada.

–En efecto, nada –confirmó ella inmediatamente–. Nada, Alec, ¿de acuerdo? No compliques más las cosas.

–Hace un par de días me llamó Kate –dijo él con un tono distinto

mientras seguía abrazándola.

–¿Y?

–Han hecho una versión nueva del guión o no sé qué. No va a terminar el rodaje tan pronto como pensaba.

–¿Eso es bueno?

«Dame instrucciones, Alec. Dime qué debo sentir».

–William no habría podido irse con ella si hubiese venido aquí cuando tenía pensado. Todavía le falta tiempo hasta que pueda andar o gatear siquiera, y eso es solo la parte física. En ese sentido, sí. Es bueno.

–Mmm.

Ella podía notar la vibración de la voz de Alec en la espalda. Tenía una intimidad que le recordaba a cuando habían estado tumbados en la cama hablando tranquilamente en la noche.

–Por otro lado, Kate había vuelto a restablecer la relación con William y ahora la interrupción va a ser más larga. Cuando ella estaba aquí, yo esperaba que ella rechazara la película y que tuviera en cuenta el coste que iba a suponerle en otros aspectos, pero…

–¿Tú nunca le pediste que rechazara la película?

Él se puso rígido.

–Yo no suplico –lo dijo con tono firme y severo–. Si no podía verlo por sí misma yo no iba a chantajearla.

–¡Por Dios!, Alec. No he dicho nada de chantajes, ¿no? –lo dijo con más ira de la que sentía.

–La gente debe tomar sus decisiones incluso en un nivel muy sutil. Como hice yo cuando dejé el mundo de las finanzas. O como ha hecho la madre toxicómana esta noche –lo dijo de corrido, como si no quisiera volver sobre su pasado–. Una parte de ti quiere agarrarlas del hombro y sacudirlas, pero son ellas las que tienen que decidir; si lo hacen los demás, la cosa no funciona. Cualquier presión tiene el efecto contrario. Yo me retiro si creo que tengo que ejercer presión.

–¿Seguimos hablando de Marla Driscoll? –preguntó Erin.

Alec tenía un gesto sombrío y ella sabía que estaba abrumado por los recuerdos y las emociones.

–Sí –volvió a mirarla–, pero también de Kate –se detuvo–. Y de paso, de ti también, Erin.

–¿De mí? ¿Qué presión me has hecho?

–Ninguna. De eso se trata, ¿no? Es lo que acabo de decir –la miró fijamente a los ojos–. No lo he hecho y no voy a hacerlo. Al principio lo hice y fue un error. Te arrastré a esos planes de boda. Te pido disculpas.

–No, Alec. Yo…

–De acuerdo. Es agua pasada. Pero tú decides el tiempo que pasas con William. Tú decides tus prioridades.

Ella frunció el ceño. ¿Qué se callaba?

El rictus era levemente serio y había cierta tensión alrededor de los ojos. Estaba segura de que pensaba lo que decía, pero sabía que le costaba decirlo y que se estaba librando una batalla en su interior.

Dieron por terminada la conversación y ella fue hasta el ascensor. Mientras esperaba, apoyó la mano en la puerta metálica y se preguntó qué batalla sería esa. Sus visitas a William habían sido el principio y el final de la conversación, de modo que debía ser eso. Quizá el corazón le decía a Alec que ella no debía reclamar una conexión con su hijo, a pesar de lo que había dicho y de lo que claramente pensaba que debía sentir.

Erin fue aceptándolo poco a poco mientras conducía hacia su casa y comprendió que había vivido la ruptura del último vínculo emocional que la unía con Alec.

Capítulo 9

Alec y Erin apenas se vieron durante una semana.

Erin había cambiado de equipo y pasaba un día a la semana en el servicio de prenatal para mantener al día sus conocimientos en ese campo. En general, era un trabajo muy agradable. Casi todas las madres estaban muy contentas por sus embarazos y deseosas de saber cómo evolucionaban.

También había pacientes con problemas: mujeres que no se cuidaban como debían y mujeres con un historial personal que exigía atención y ayuda.

El resto de los días seguía en el servicio de posparto, donde se podía predecir mejor las apariciones de Alec o de los demás médicos.

Erin se acostumbró a revisar la lista de pacientes en la sala de enfermeras para detectar cualquier signo de complicaciones en una paciente, lo cual aumentaba las posibilidades de que Alec estuviera en la habitación de esa paciente.

Sin embargo, en esa parte de la unidad podía evitarlo mejor que en la sala de partos, donde todo era más urgente. Allí su función principal con la mayoría de las madres era educativa: cómo bañar a los bebés, cómo darles el pecho o el biberón o cómo cambiar unos pañales.

Si entraba en alguna habitación y lo veía ocupado con alguna paciente o con una comadrona podía dar alguna excusa creíble para volver más tarde. Si él se percataba hacía un gesto con la cabeza o esbozaba una somera sonrisa. A veces, ni siquiera levantaba la cabeza y ella creía que no la había oído.

Un viernes por la mañana, justo dos semanas después de que Kate se fuera, Erin reunió todo el valor o control o probablemente ambos que fue capaz y buscó a Alec durante un momento de tranquilidad para devolverle la llave de su casa. Ya había recogido todas sus cosas y no tendría que volver por allí.

Debería resultarle más fácil que devolverle el anillo de

compromiso que nunca le regaló, pero por algún motivo no era así. A ella le parecía que la llave era más íntima que el anillo.

Un anillo representaba el futuro, era el símbolo de una promesa; algo que se deseaba, pero que no era real. Una llave simbolizaba todo lo que había sucedido, esos momentos maravillosos junto a él que volverían a repetirse. Simbolizaba el derecho a entrar y salir libremente, de compartir su espacio en un plano de igualdad.

–Mmm, ¿puedo verte un momento en la sala de espera? –le dijo Erin.

–¿En la sala de espera? –preguntó él perplejo.

–No hay nadie… ahora –explicó torpemente ella.

Entraron en la sala de espera donde había una anciana medio sorda que acababa de ser abuela.

–¡Toma! –exclamó ella con satisfacción mientras sacaba cuidadosamente la llave–. Tengo que darte esto.

Le dio la llave con dos dedos.

–Oh, gracias.

La reconoció inmediatamente, asintió con la cabeza y alargó la mano. Los dedos se rozaron y ella se preguntó cómo era posible que un contacto tan leve pudiera despertar en ella un deseo tan profundo y punzante. Él no metió la llave en el llavero, simplemente la dejó caer en el bolsillo como si no quisiera perder el tiempo. Quizá fuera que para él no tenía ninguna importancia.

Todo había pasado y el corazón de Erin latía desbocado. Ella se sintió fatal y se preguntó qué había esperado que pasase. ¿Alguna escena? No debería haberlo sacado del trabajo para eso. Podía haber metido la llave en un sobre y dejarlo en recepción para que lo recogiera cuando quisiera. Ahí estaban los dos mirándose sin saber qué decir.

–Eh… he encontrado un calcetín tuyo detrás de la cesta de la ropa sucia –¡hablaba de calcetines!–. Tiene unos loros.

–Ah, sí –ella fingió haberse dado cuenta–. Déjalos en mi…

Ella se calló y él se giró para mirar en la dirección que apuntaba la boca abierta de Erin.

No podía ser Kate. No podía haber visto a Kate caminando enérgicamente por el pasillo. La visión había durado lo que tardó en pasar por delante de la puerta abierta y la verdad era que Erin creía ver a Kate en cualquier pelirroja que se le cruzase.

–Casillero –terminó de decir Erin.

–¿Pasa algo?

–No. Nada, nada –sacudió la cabeza vigorosamente.

–Entonces, gracias por la llave.

–Había pensado que a lo mejor la necesitabas.

–Te traeré el calcetín un día de estos.

–No tengo prisa.

–Está lavado.

–Gracias.

¡Otra vez! Ahí estaba ella por el pasillo en dirección contraria. Fueron dos elegantes zancadas. Unas esbeltas piernas dentro de unos ajustados pantalones negros. Una mata de pelo brillante. Un aire de satisfacción, importancia y prisa.

Esa vez Erin estuvo segura.

–¡Kate! –grito bruscamente–. ¡Kate ha vuelto! ¡Está aquí!

–¿¡Qué!? –Alec se dio la vuelta.

Erin pasó a su lado a toda velocidad.

–He visto a Kate. Estoy segura de que era ella y que está buscándote.

–Se supone que está rodando en Escocia.

–Pues está aquí.

–¿Alec?

Era la voz de Kate. Los dos salieron al pasillo. Erin delante y Alec pegado a sus talones.

–¡Kate! –él la adelantó golpeando ligeramente el hombro de Erin–. ¿Qué demonios haces aquí?

Ella le tomó ambas manos y se apartó un poco.

–¡Qué cara! Estaba segura de que te sorprenderías. Como han cambiado la programación del rodaje, he podido tomarme una semana. He venido directamente del aeropuerto en taxi. He venido para llevar a William a casa.

Se le quebró la voz de la emoción.

–¿A casa? –repitió él.

–Y espero que tú puedas venir también. Por lo menos dentro de unas semanas.

–¡No!

–¿Tan indispensable eres para las embarazadas australianas? –dijo con un tono desenfadado.

–Kate, hablo de William –dijo él con impaciencia–. No está preparado para recorrer medio mundo con una mujer que apenas conoce.

–¡Ah! –dio un gritito y un paso atrás con las manos en la cara como si le hubiese dado una bofetada–. Dios mío –susurró–. No me merezco esto. Sé que no he sido la mejor…

–No se trata de lo que mereces. ¡Ni siquiera se trata de ti! –dijo con la mandíbula apretada–. Se trata de William. Solo expongo los hechos.

–Yo creía que tú querías que fuese su madre, Alec.

Lo dijo con frialdad y con enojo. Su voz ya no mostraba emoción. Erin estaba clavada en el suelo con el absurdo deseo de protegerlos de los oídos de la gente que pasaba.

–Lo quiero –dijo Alec–. Eso es lo que quiero, ¡pero no según tus condiciones, Kate!

–Creo que te equivocas, ¡creo que está preparado! –se volvió hacia Erin–. Es por ti, estúpida e irrelevante australiana. No dejas que se vaya, ¿verdad?.

Alec intervino antes de que Erin pudiera contestar.

–No tiene nada que ver con Erin, maldita sea, ojalá fuera así.

Él la miró y ella quedó atrapada en la mirada como un animalillo aterrado.

–Pero, Alec… fuiste tú… –balbució Erin.

Kate no esperó a que Erin encontrara las palabras.

–¿Podemos dejar a Erin al margen, Alec? En tu correo electrónico de hace unos días dijiste que estaba casi arrastrándose –había recuperado la confianza en sí misma–. Además, creo que el viaje sería mucho más fácil con un niño que apenas puede moverse.

–No hablo del viaje. Hablo de la continuidad del cariño y las atenciones y…

–Por favor –interrumpió Erin por fin–. ¡Un poco de intimidad!

Alec la miró inexpresivamente.

–Perdona, yo…

–No te disculpes, me refería a…

–Sí, sí, tienes razón –dijo Alec con impaciencia–. Ven Kate…

La agarró del hombro y la llevó a la sala de espera. Cerró la puerta y Erin se quedó sola en el pasillo. Sola, aparte de dos visitantes que miraron con curiosidad sus mejillas encendidas y sus

ojos centelleantes antes de volver a ocuparse de sus asuntos.

Ella, temblorosa, volvió a la sala de enfermeras e intentó ordenar sus ideas para saber lo que debería estar haciendo. Sandy Owen quería que le enseñara a bañar al bebé. Annette Carpenter estaba agotada después de un parto largo y difícil y de que el bebé no la dejara dormir en toda la noche.

Erin puso un cartel de «No molestar» en la puerta de la habitación y se llevó al bebé. Cuando el niño empezó a dar muestras de que tenía hambre lo devolvió a la señora Carpenter y ella entró en la habitación contigua para bañar a la pequeña Alicia Owen.

Durante el resto del turno, levantó la cabeza cada vez que alguien entraba en la unidad con la esperanza de que pudiera ser Alec.

Él no apareció y ella no fue a ver a William antes de volver a casa. No podía soportar la idea de encontrarse con Kate.

Una vez en casa, a las seis y veinte, mientras pensaba en la cena e intentaba hacerse a la idea de que podían pasar días antes de que conociera el resultado de la trifulca de Alec con su ex mujer, oyó unos golpes impacientes en la puerta y supo que era él.

–¿Ha ganado ella?

Se le escapó la pregunta antes de que pudiera pensarlo. Él estaba en el umbral. Había refrescado y llevaba una chaqueta impermeable gris encima de la ropa del hospital.

–¿Ganar ella? –repitió Alec–. No, ¡claro que no ha ganado! ¿Puedo entrar?

¡Ni hablar! No quería tener que luchar contra el efecto que tenía sobre ella en el reducido espacio de su casa.

–No. Si quieres hablar me pondré una chaqueta e iremos a dar un paseo.

–¿Un paseo?

–Sí.

Se pondría a gritar si se quedaban en casa. No lo dijo, pero, seguramente, él pudo leerlo en su rostro.

–De acuerdo.

Parecía resignado. Quizá algo más que eso.

Se puso la chaqueta verde de cuero, comprobó que llevaba las llaves, salió y cerró la puerta. Su pusieron a andar con decisión pero

sin rumbo calle abajo. Pasaron un rato en silencio.

–¡Por supuesto que no ha ganado, Erin! –dijo él repentinamente.

Si no hubiera gritado, ella habría pensado que hablaba consigo mismo.

Él caminaba por delante, como si la inquietud le impidiera seguir el paso más lento de ella. Llevaba los puños cerrados y metidos en los bolsillos de la chaqueta.

–Sé que últimamente ha tenido mucha influencia en la vida de todos nosotros –siguió diciendo–, pero en lo que se refiere a William, no voy a ceder. No está preparado para viajar y puedo demostrarlo con el informe del médico.

–¿Para qué has venido? –le preguntó ella–. Había pensado que ella podía haber provocado una crisis. Pareces…

–Estoy aquí porque he roto –la interrumpió él–. He roto las amarras, Erin.

Se detuvo bruscamente y se dio la vuelta con los brazos abiertos como una trampa… en la que ella cayó sin dudarlo. Ocurrió en un segundo. Estaba caminando con el aire fresco en la cara y de repente estaba en brazos de él debajo de un eucalipto.

Se vio invadida por una ola de ansiedad. Se quedó sin aire y jadeaba para poder respirar al borde de las lágrimas. Tampoco ayudaba el hecho de que él intentara besarla.

Se odió por ser tan débil con él y lo apartó antes de que fuese demasiado tarde.

–¡Erin! –dijo él desesperadamente.

–¡No, Alec Rostrevor! –replicó ella–. No estoy aquí solo para cuando te conviene o cuando me necesitas o cuando no hay nadie más. ¿No tienes a Kate para eso?

–¡No! ¿Kate? –dio un paso atrás como espantado–. Como mi amor…

–Sí. Ella lo quiere, ¿no?

–No, ella no lo quiere ¿He dicho algo de eso? Quiere el poder de tenerme pendiente de un hilo. Necesita creer que fue ella quien acabó con nuestro matrimonio y que si se lo propusiera yo la seguiría al fin del mundo, pero no lo hará porque no me quiere.

–¿Ella es así realmente?

Él extendió las manos.

–¡Sí! En el fondo sabe que no podemos hacernos felices el uno al

otro. Sin embargo, le encanta tirar de la cuerda a la que cree que estoy atado. Eso es todo lo que hay entre Kate y yo, Erin, así que ¿podríamos eliminarla como barrera entre tú y yo?

–De acuerdo –concedió ella mientras abría los brazos con cierta exageración–. Eliminado.

–Sin embargo, eso no es todo, ¿no?

–Lo dices como si el haber… como si nuestra ruptura fuese por mi culpa.

–¿Culpa? ¿Quién habla de culpas?

–¿Lo dices porque siempre intervienen dos?

–Es verdad, ¿no?

Ella se dio la vuelta y empezó a caminar imitando inconscientemente la postura que llevaba él hacía un rato.

–En este caso –le dijo como si se lo arrojara–. Me parece que han intervenido cuatro.

–Tú, yo, William y Kate –concedió él–. Además de un hemisferio. ¿No te parece algo esencial?

–¿Un hemisferio?

–Es lo que he venido a decirte esta noche –tomó aire con dificultad–. No puedo, Erin. No puedo estar sin ti y he venido a decírtelo. Sé lo que te pido. No solo que me quieras a mí sino que también quieras a William y toleres a Kate. Comprendo que quizá sea pedirte demasiado que vivas a medio mundo de distancia de tu familia y tu hogar. Tú lo dijiste el día que se fue Mel y entonces pensé que todo se había terminado. Pero no puedo, Dios mío, la idea de perderte… Te dije que no suplico, pero tengo que hacerlo. Por favor, ¿podrías… amarme… lo suficiente como para… soportar a Kate y… vivir en Londres conmigo?

Estaba pálido y tenía los labios rígidos. Apenas había podido decir las palabras.

–¿Quieres… quieres decir que me quieres? Que me deseas… –soltó ella.

–¿Lo has dudado alguna vez? –el dolor le ensombrecía el rostro.

–Sí, Alec, sí –respondió ella–. Yo pensé. El día que creíamos que Caitlin iba a perder el hijo y tuvimos esa conversación y decidimos romper, yo pensé que venía de ti. Que tú pensabas que había demasiadas cargas y demasiadas necesidades enfrentadas. ¡Nunca me pediste que fuera a Inglaterra contigo!

–Le dijiste a Mel que no lo harías. Lo dijiste muy claramente.

–Lo dije llevada por la situación. Estaba demasiado asustada como para pensar en el futuro. ¡No sabía que Kate querría llevarse a William con ella!

–Me dijiste que no ibas a soportar a Kate nunca más. Kate estará en Inglaterra, formará parte de nuestras vidas y…

–No hagas demasiado caso de lo que dije –Erin reía y lloraba y temblaba de pies a cabeza. Él la rodeó con los brazos besándola en el pelo–. Haz caso solo de lo que siento, Alec, ¡por favor!

–¿Qué sientes? –susurró él–. Aclarémoslo de una vez.

–Te quiero, quiero a William y toleraría a Kate aunque fueran trillizas que vivieran en el piso de encima si eso permite que os tenga a los dos. Me he enfrentado con ella. La conozco y puedo soportarla. ¡Claro que iré a Inglaterra!

–No lo digas tan a la ligera. Estoy pidiéndote que dejes tu hogar.

–Tú dejaste el tuyo cuando viniste aquí.

–No me importó. No era importante si se comparaba con vivir lejos de ti. Tú eres mi hogar, Erin.

–A mí me pasa lo mismo, Alec, si hubiera sabido lo que pensabas… ¿Por qué los dos nos equivocábamos tan fácilmente sobre el otro?

–Por las cargas –respondió él sencillamente–. Por todo lo que estaba pasando y por todos los errores que cometí al principio.

–¿Qué errores?

–No confiar en lo rápida y profundamente que querrías a mi hijo. Apremiarte con la boda. No permitirte que lo hicieras como querías.

–Pero tenías razón. Lo importante no es la boda sino el matrimonio.

–Piensa un poco en ti misma, ¿te importaría? –le dijo medio en broma–. Vi las revistas de bodas en la mesa de la cocina.

Alec le pasó un dedo por el mentón y luego por el cuello hasta que la chaqueta le cortó el paso.

–¿Las viste?

Las palabras se fundieron en un delicado y provocativo beso.

–La noche que me quedé con Mel –dijo él rozando los labios de ella–. Justo antes de que llegara Kate. Esta vez nos tomaremos nuestro tiempo y terminaremos con una luna de miel para tres

cuando William se haya puesto bien.

–Mmm… me gusta –reconoció ella.

–¿Lo ves? Me ayuda saber lo que quieres de verdad.

–¡Un momento! ¡Mira quién fue a hablar! Tú tampoco me has dicho muchas cosas.

–Es verdad –reconoció.

Se calló mientras pensaba. Erin hizo lo mismo y se recostó en su hombro. ¿Qué había dicho en la habitación de William la noche del parto de Marla Driscoll? Que el no suplicaba.

–¿Por qué no suplicas, Alec?

–¿Cómo dices?

–La semana pasada me dijiste que no suplicabas, que no ejercías presión emocional. Hablabas de mí y de ir a Inglaterra. No lo entendí. ¿Por qué es tan difícil?

–Yo seguía creyendo que si hubieras querido ir, me lo habrías dicho. Hasta ahora, había pasado la vida sabiendo exactamente lo que querían los demás. Lo que querían para ellos y para mí.

–Te lo habría dicho si hubiese sabido… hubiese creído… que me querías tanto.

Él suspiró.

–Parece que a los dos nos cuesta hablar de lo que queremos. He comprendido que a ti te cuesta porque te preocupas de la gente que te rodea.

–Y a ti porque tus padres nunca lo consideraron importante –Erin lo comprendió de repente–. Para ti es una norma, ¿no? Tú sigues adelante encadenado a tus deberes y a lo que los demás esperan…

–Hasta que exploto –reconoció jocosamente–. Tengo que decirte que ha sido la explosión más agradable que he tenido desde hace mucho tiempo.

–Espero que sea la mejor y la última.

–Debería serlo. A los treinta y un años tengo mucho más de lo que la mayoría consigue en toda su vida y no voy a dejarlo escapar. Si me prometes que vivir en Inglaterra no va a ser un sacrificio para ti…

–¿No te acuerdas de lo que dijiste hace un rato? Tú eres mi hogar.

–Erin… –se besaron hasta que se mezclaron las dulzuras de sus

bocas.

–Esto es lo que quiero –susurró Erin–. Amarte de esta manera. Independientemente de dónde sea o de las necesidades de los otros que intervienen en nuestras vidas.

–Entonces, ¿te casarás conmigo?

–Cuando me acuerdo… –dijo Caitlin Ferguson–. Fue muy amable que me mantuvierais como madrina cuando parecía un hipopótamo.

–¿Un hipopótamo? ¡Qué cosas dices! –intervino Angus mirando por encima del hombro de Caitlin el álbum de fotos de la boda.

Los tres estaban en la sala de la casa de campo en Kent que habían comprado Erin y Alec el año anterior.

–Gracias, cariño –contestó Caitlin.

–De nada. En ese momento estabas de seis meses, parecías más bien una foca. No llegaste a hipopótamo hasta los ocho meses.

–Ya. Eso es lo que querías decir. Gracias, cariño –repitió con otro tono.

Aunque se notaba claramente que le gustaban esas bromas.

–El álbum es precioso, Erin –siguió Caitlin–. Solo había visto las fotos de Gordon y no son precisamente profesionales. ¡Eh! Ahí va Emma.

Caitlin salió corriendo detrás de su hija de año y medio antes de que despertara al otro niño de la casa: el hijo de Erin.

Thomas acababa de cumplir dos meses, todavía no dormía muy bien y Erin había amenazado con echarse a llorar si alguien lo despertaba antes de las tres y media.

Por desgracia, Kate Gilchrist no estaba por allí cuando se hizo tan sombría amenaza. Caitlin estaba en el piso de arriba con su hija, Erin seguía hojeando el álbum de fotos con una cansina sonrisa y Angus, aburrido, había salido al jardín para buscar a William y Alec, que estaban plantando hortalizas.

En ese momento, el pequeño coche deportivo de Kate dio un frenazo en la rotonda de ladrillos y el sonido del freno de mano fue como un chasquido en medio del silencio.

Saltó fuera del coche antes de que Erin pudiera dejar el álbum y llegar a la puerta, subió los escalones de dos en dos y tocó impacientemente la campanilla mientras daba gritos para anunciar

su llegada. Fue como la señal de entrada para que se oyera un llanto. Erin suspiró.

–Pasa, Kate –dijo intentando disimular su enojo–. Thomas acaba de despertarse, pero William está en el jardín con Alec.

–Lo siento, llego tarde.

–Él no se ha dado cuenta todavía.

–Me tendrás que prestar la silla de niños para el coche.

–Alec te la traerá.

–Eres una santa –dijo ella con ligereza.

Erin se rio mientras iba a ver a Thomas. Ya había oído esa encubierta acusación otras veces. Estaba claro que a la ex mujer de Alec le gustaba pensar que era una china en el zapato de Erin, pero no lo era. En realidad, la veían demasiado poco, lo cual demostraba la razón que tenía Alec al no insistir en que se formalizara la custodia compartida.

Cuando Kate supo que podría tener a William siempre que quisiera, empezó a distanciar las visitas y el niño, que ya tenía tres años y estaba completamente recuperado de la enfermedad, se sentía lo suficientemente satisfecho con el amor de Erin y Alec como para apreciar las visitas de su madre biológica como una inesperada sorpresa. Es más, llamaba «mamá» a Erin.

Agradecía mucho esas visitas, pero no eran fundamentales para su bienestar.

«Ha venido Kate», decía muy nervioso. Luego se marchaba para pasar una tarde con todo tipo de mimos entre los que no faltaban los helados, las hamburguesas y los juguetes nuevos.

Volvía cansado y algo gruñón. A veces se ponía un poco pesado durante un par de días, pero solo ocurría una vez cada tres meses, aproximadamente, por lo que no era un problema grave. Para él, Kate era como otra abuela, solo que más joven y extravagante.

Hablando de abuelas…

Esa noche iban a cenar los padres de Alec para conocer a la familia australiana. Alec también la calificó de santa, pero en ese caso también era un apelativo que no merecía.

Durante los últimos veintiún meses había comprendido que un matrimonio feliz era como una fortaleza sentimental. La protección que le ofrecían las sólidas y cálidas murallas le permitían ser ecuánime con las manías de los demás.

Cada vez que la señora Rostrevor dejaba caer una de sus elaboradas pullas sobre la falta de ambición de Alec, él y Erin se miraban con complicidad y hacían caso omiso.

–¿Cuántos puntos le habrías dado? –solía preguntarle él al cabo de unos minutos.

–Siete sobre diez. Fue bastante original, pero falló un poco con la exposición.

Mel se había enterado por casualidad de esa costumbre de puntuar los comentarios de su madre, por lo que tenían que tener cierto cuidado porque no podía evitar echarse a reír cuando los oía.

El junio pasado, Mel se había casado con su novio rico, aristócrata y carente de atractivo. La ceremonia fue una locura con una pequeña barca, pavos reales y nenúfares. En ese momento estaban intentando conseguir un heredero. Como había anunciado desde hacía mucho tiempo, Mel había dejado la enfermería para escribir una novela.

–Una autobiografía muy velada –solía decir–. Tanto que apenas se trata de mí.

El hecho de que fuera Lady Mel y que tuviese millones de libras en el banco implicaba que los Rostrevor no decían nada que pudiera obligarla a tener su propio sistema de puntuación.

–La vida no es justa, ¿verdad, Alec? –le dijo Erin cuando él apareció en su dormitorio con las manos recién lavadas y los vaqueros manchados de barro.

Él tomó al lloroso Thomas de los brazos de Erin.

–Lo he oído desde el jardín. Va a volverte loca.

–En absoluto. La verdad es que me siento completamente feliz –dijo ella con toda sinceridad.

–Entonces, es que ya estás loca de remate. Llevas dos meses sin dormir y estás feliz…

–A rebosar.

–Yo también… –la besó delicadamente en los labios–. Mira, lo mejor será que te tumbes con él, que te olvides de lo que dicen los libros y que le des de comer. Luego, los dos dormís un rato. Está claro que es lo que él quiere, con toda la razón. Dormir en tus brazos es una de las actividades favoritas de su padre. Kate se ha llevado a William; Angus se ha llevado a Emma de paseo y Caitlin y yo vamos a hacer un costillar de cordero y tarta de chocolate para

mis remilgados padres.

–¿Te das cuenta? Por eso estoy rebosante de felicidad, porque tengo un marido que sabe lo que quiero sin tener que pedírselo.

–Esta vez no era muy difícil –dijo él mientras sujetaba a Thomas con un brazo y atraía a Erin contra sí con el otro–. Quieres dormir.

–Mmm, dormir…

–Hace dos años resolvimos todas las dificultades. Ahora solo nos queda…

–Dormir… –repitió ella con un bostezo.

–Entonces, a la cama, mi amor.